

22^o

CONCURSO NACIONAL
de Cuento Preuniversitario

JUAN RULFO



UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

22° Concurso Nacional de Cuento
Preuniversitario Juan Rulfo

22° Concurso Nacional de Cuento
Preuniversitario Juan Rulfo

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

22° Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo

D.R. © Universidad Iberoamericana, A.C.

Prol. Paseo de la Reforma 880

Col. Lomas de Santa Fe

Ciudad de México

01219

publica@ibero.mx

Primera edición: 2022

Todos los derechos reservados. Cualquier reproducción hecha sin consentimiento del editor se considerará ilícita. El infractor se hará acreedor a las sanciones establecidas en las leyes sobre la materia. Si desea reproducir contenido de la presente obra escriba a: publica@ibero.mx, en el asunto anote el título de la obra y deje el contenido en blanco.

Hecho en México.

Índice

Presentación / <i>Silvia Ruiz Otero</i>	9
Desde mis ojos / <i>María Magdalena Rico Hernández</i>	23
El pasajero / <i>Isabela Hernández Gutiérrez</i>	41
A diez pasos / <i>Ulises Rojas Delgadillo</i>	53
La niña que inspiró a Víctor Hugo / <i>Nicole Mendoza Mora</i>	59
El poema de Stinney / <i>Karen Hernández González</i>	65
Murales / <i>Hansel Jared Villeda Velasco</i>	83
El reloj “Espacio-Tiempo 3.60” / <i>Udelí Morales Romero</i>	93
Super... ¿man? / <i>Paola Guadarrama Magdaleno</i>	129

Fontana di Trevi / <i>Renata Rodríguez Oteiza</i>	149
Natalia / <i>Isamara Arámburo Martínez</i>	155

Presentación

Silvia Ruiz Otero

Esta antología corresponde al 22° Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario Juan Rulfo, convocado por la Universidad Iberoamericana a través de su Departamento de Letras y la Fundación Juan Rulfo, en la que se incluyen los que, por decisión del jurado, fueron los diez mejores cuentos. Los dictaminadores seleccionaron tres primeros lugares y siete menciones honoríficas, cuyos autores, estudiantes preparatorianos del país, comparten sus creaciones y, así, nos prestan su mirada para comprender la realidad que perciben y recrean.

Esos diez mejores cuentos fueron seleccionados por su originalidad, consistencia, plasmación lingüística, estructura interna y el conjunto de cualidades literarias que los conforman. Los jóvenes autores ganadores recrean su mundo desde su perspectiva histórica, con la variedad y los claroscuros que los envuelven. Estos jóvenes creadores echan mano de la imaginación poética que brota de su fresca sensibilidad y su mirada crítica.

En estas líneas, se les reconoce, felicita y se agradece sinceramente la oportunidad de conocer y recrear los mundos representados que pusieron en existencia. El jurado estuvo integrado por Silvia Ruiz Otero (presidente), Tarik

Torres Mojica, Panagiotis Deligiannakis y Ana Cecilia Durán Pacheco, egresada del Departamento de Letras, y los representantes de los alumnos de licenciatura: Nicolás Torres y Esteban Romero, quienes disfrutaron la oportunidad de acercarse a la novísima escritura mexicana.

El jurado cumplió con la difícil tarea de elegir lo mejor de esta entrega y seleccionó las obras que consideró las mejores, por su manejo del lenguaje, fuerza narrativa, consistencia de los personajes y entretejido de la trama, además de su originalidad. Su dictamen fue el que presento en las siguientes líneas.

María Magdalena Rico Hernández, con su cuento “Desde mis ojos”, fue la ganadora del primer lugar. La narración es un modelo de originalidad y creatividad al construir un narrador protagonista, cuya perspectiva fresca, objetiva e inocente recrea el mundo que lo rodea, su capacidad para adaptarse a unas difíciles circunstancias y su infinita capacidad de amar con esa solidaridad propia de quienes conocen el sufrimiento. Vamos a escucharlo:

Todo se complica cuando llueve, no se puede buscar la comida tan fácilmente y la que se encuentra dentro de las bolsas de basura se aguada y se deshace en cuanto la lluvia comienza a tocarla... ni modo, tenía que aguantar otro par de horas más, como siempre, o tal vez un día o dos, no importaba. Lo cierto es que, por muy loca que suene la idea, no puedes morir de hambre solamente porque no hayas comido algo durante algunos días... he visto que los perros amortiguan el hambre bebiendo agua, aunque, siendo sincero, no sé si considerar esa acción muy valiente o muy miserable.

Más adelante, describe hasta dónde puede llegar la amistad:

Miguel tenía muchísimo gusto de verme, pero el patrón para quien trabajaba no parecía contento. Es por eso por lo que, con una patada, me despegó de su lado; sin embargo, ignorando su presencia por completo, volví a acercarme a él, recibiendo así un golpe mucho más fuerte que el anterior que provocó que mi vista comenzara a nublarse y mi sentido de orientación empeorara.

Créanme, vale mucho la pena leerlo y releerlo.

En otra línea completamente diferente se encuentra el cuento ganador del segundo lugar, “El pasajero”, de Isabela Hernández Gutiérrez, cuento apegado a la más pura tradición de aquellas historias de fantasmas o aparecidos que hemos oído desde niños. ¿Quién no ha escuchado relatos de los aparecidos en las carreteras? Pues prepárense a leer uno muy bueno en el que la tensión se mantiene de principio a fin, los personajes están bien delineados y la atmósfera es más que apropiada, sin dejar de lado el notable entretejido argumental y la armonía orgánica de la obra en su totalidad. Les comparto unos fragmentos:

Estoy manejando de noche, el reloj acaba de marcar las tres y cuarto de la madrugada. Voy en camino al trabajo, estoy a tiempo, pero aun así voy rápido, el auto deslizándose suavemente por la carretera, ni una sola alma a mi alrededor o, al menos, eso creí.

Un poco más adelante, dice:

Un auto se acerca por detrás, creo que va a rebasarme, miro por el retrovisor para evitarlo y es cuando lo veo: un hombre sentado en la parte de atrás de mi coche viéndose tranquilamente por la ventana. Debe de tener cerca de cuarenta años, aunque parece de cincuenta por la barba; está vestido elegantemente, creo que tiene una gabardina y un sombrero, aunque no puedo distinguir muy bien con las ocasionales luces de la calle. Regreso mi vista al frente, estoy conduciendo y no puedo distraerme con cosas como éstas, no quiero tener un accidente.

Habría que leerlo, ¿o no?

Al cuento “A diez pasos”, de Ulises Rojas Delgadillo, le correspondió muy merecidamente el tercer lugar; su narración tiene el sabor agridulce de la nostalgia, del sano apego que brota del amor, en este caso, del amor que existe entre un nieto y un abuelo, quienes mantienen un estrecho lazo a pesar de los años, se reconocen uno en otro y son amigos, cómplices y compañeros de vida.

Desde un narrador protagonista que nos describe, con riqueza lingüística y sencillez en su expresión, la casa de los abuelos, con su barrio y sus personajes, llevándonos con él a la ensoñación de la infancia, que es tan fuerte y tan profunda que, recordando a Gastón Bachelard, al llegar a la casa de la infancia, y a pesar del paso del tiempo y las ausencias, no tropezamos con aquel escalón que es ligeramente más alto...

Escuchemos al narrador protagonista hablando de su abuelo:

Me encanta hablar con mi abuelo, es amante de la música tradicional mexicana, como yo, es un fanático de la guitarra de José Alfredo Jiménez y Javier Solís; al primer acorde, flexiona el brazo derecho para llevar su puño al borde de la barbilla, con el izquierdo, rodea su vientre, aprieta los labios en señal de quien disfruta algo muy sabroso y baila, lo hace con la espalda recta, con ese espíritu de torero que, a pesar de los años, le acompaña todavía; hombre fuerte, valiente, sin miedo de lo que pueda pasar, pero que con canciones como “El novillero” o “Serrana” que suenan al ritmo de “paso doble” se convierte en un joven romántico, como yo. Ya quiero verlo, proponerle ir al pueblo, llevo mi guitarra, sé que lo haré feliz si toco para él, en una de esas, nos ponemos más modernos con Los Panchos, Los Dandys, o Los Tres Ases; quiero imaginarlo de mi edad, partiendo plaza, gallardo, orgulloso y vestido de luces, fuerte, hombre de raíces en esta tierra sólo para valientes.

Y también nosotros queremos cantar para un abuelo gracias a Ulises Rojas.

Además de estos magníficos cuentos merecedores de los tres primeros lugares, hubo otros siete que, a juicio del jurado, merecen una mención honorífica por la alta calidad de los textos y su originalidad. A continuación, me permito hacer un comentario sobre cada uno de ellos.

“La niña que inspiró a Víctor Hugo”, de Nicole Mendoza Mora, es un cuento ubicado en un parque del París del siglo XIX, digno homenaje al célebre autor francés.

En primavera de 1885, a la edad de 83 años, el escritor Víctor Marie Hugo caminaba por las doradas calles de

París rumbo al parque que se encontraba en los Campos Elíseos.

Así comienza el relato de cómo una pequeña niña llorosa conoce a un señor que se encarga de aliviar su pena gracias a su oficio de escritor, un oficio que despierta la imaginación de la niña y, así, crea anécdotas emocionantes y heroicas cuya protagonista es María, la muñeca extraviada de la pequeña, motivo de su tristeza. Escuchemos:

Cientos de historias se crearon sobre cómo María había ayudado a la Revolución Francesa: la vez en que la muñeca peleó contra una momia en Egipto; cómo una vez tomó té con la reina de Inglaterra...

Hasta que, un día, apareció la muñeca perdida y la niña compartió su alegría con su amigo Víctor Hugo, quien entendió que había que cerrar el ciclo de venturas de la muñeca.

Ese mismo día en la noche, Víctor Hugo falleció dejando un gran pesar en el pueblo francés y en la niña que, años más tarde, encontró un periódico con la noticia que contenía una foto del famoso autor que tiempo atrás fue el director de una compañía secreta de muñecas espías y un gran amigo que iba todos los días a contarle historias sobre su muñeca desaparecida.

“El poema de Stinney”, de Karen Hernández González, también merece una mención honorífica. Este texto nos golpea mostrando hasta dónde llega la injusticia que se

ensaña con lo más débiles, con corderos que, sin saber, son arbitrariamente conducidos al sacrificio sólo por tener un color de piel diferente. Se trata de la realidad de la discriminación racial que campeaba en los años cuarenta del siglo pasado en los Estados Unidos de Norteamérica.

La historia es narrada por el protagonista que, desde sus ojos de niño, descubre un mundo cruel, insensible e incomprensible. Demasiado tarde descubre el pequeño los alcances del veneno de la injusticia en manos de personas crueles y sin escrúpulos. Así abre el relato:

Todo eso cambió tan pronto como llegaron las vacaciones de verano. Exactamente el 26 de agosto de 1944, a sólo días de mi cumpleaños número diez, unos hombres uniformados llegaron a mi casa. Después de hablar algunas horas con mis papás, me llevaron con ellos. Cuando voltee a ver a mi familia, estaban tristes. Mi madre se cubría el rostro con las manos mientras sollozaba y mi padre la abrazaba fuertemente y yo no entendía por qué.

¿Qué podía hacer una familia negra y pobre ante un hombre blanco y poderoso que controlaba al poder judicial a su antojo, al grado de condenar injustamente a uno de sus miembros?, ¿qué podía hacer un defensor honesto y de buena voluntad ante un sistema legal frente al que no hay posibilidad de evitar una sentencia más que injusta para un inocente negro de diez años? Así descubre, poco a poco, la realidad, el pequeño a quien el señor Tate, un hombre que está en el mismo lugar, decidió llamar Scout.

— Scout, ¿sabes por qué no puedo regresar con mi familia?

— La verdad es que no lo sé, señor Tate.

— No estoy de vacaciones Scout, hice algunas acciones de las cuales no me arrepiento pero que lamentablemente me dejaron varado en este lugar. Las personas que se encuentran aquí se encuentran prisioneras, sin poder salir y sin ver a sus familias.

Léanlo, llénense de indignación y piensen en el mundo de hoy. ¿En serio es muy diferente?

“Murales”, de Hansel Jared Villeda Velasco, es otro relato digno de mención especial. Si Lovecraft viviera, estaría tan contento que, tal vez, hasta dejaría de escribir sus cuentos de terror y ciencia ficción, porque el cuento de Villeda está inmerso en el terror causado por lo siniestro, y no olvidemos que lo siniestro nace en donde lo familiar se torna desconocido porque no es lo que creíamos que era, según decía Freud.

La atmósfera del cuento baña el mundo representado de oscuridad, desolación y angustia:

No crece ninguna flor por este lugar, pareciera que no hay vida, aquí no existe el sonido del viento. Sólo una presencia se hacía notar entre los colores y las grietas insípidas de las calles: un mural rosa. La pintura estaba pintada al fondo de una calle muerta junto a un altar de la virgen de Guadalupe. Luces navideñas y colores adornaban el altar e iluminaban con un poste de luz amarilla al mural, su color tenía tanta vida que las otras paredes acaparaban un poco de luz para hacerse presentes o para no morir de olvido.

En aquel mural había un personaje muy extraño de ojos verdes detrás de una máscara, un machete ensangrentado y el poder de atrapar todo el color existente a su alrededor; necesitaba la luz y sus colores para vivir, y en aquel sitio había que buscarla a toda costa, atraer la vida con sus colores para conservar la propia. Sólo escuchen este fragmento:

Unos ojos curiosos de esmeralda se asomaron de una cloaca en busca de colores, posaron su mirada en la sangre blanca, fría y fresca del mural que escurría del machete, anhelaban comer de su color...

Léanlo, si se atreven...

En la línea de la ciencia ficción más pura, se encuentra “El reloj Espacio-Tiempo 3.60”, de Udelí Morales Romero, dentro de las menciones honoríficas de esta edición del concurso. No necesito insistir en este punto, basta con que conozcan uno de los párrafos iniciales.

Año 2050, tenemos autos voladores y robots como choferes, no me explico qué más anhelan... aparte de tener una nana robot que les lleve el desayuno a la cama junto con su ropa recién lavada. Me llamo Enosi Winston y hoy tengo que ir a visitar a mi mejor amigo que está a punto de arruinar la industria en la que ha trabajado tanto. Así es, mi amigo es el dueño de Industrias Atómicas y ha estado tras el sueño del reloj Espacio-Tiempo desde que éramos niños. Sin embargo, se ha obsesionado con la idea de regresar al pasado con aquel reloj. Desde aquel entonces, la industria ha perdido mucho dinero y él ha enloquecido.

El eterno sueño, viajar en el tiempo, es el tema del relato de Morales Romero, quien crea una narradora protagonista que nos lleva por mundos y tiempos diversos gracias a los saltos en el tiempo que ella y sus amigos se ven obligados a hacer, convirtiéndose en héroes que bien podrían protagonizar una serie, película o un videojuego actual de Marvel.

Los asientos del coche salieron volando y nosotros tuvimos una larga caída... o eso se suponía que era... porque, en lo que yo gritaba, vi el reloj Espacio-Tiempo 3.60 pasar frente a mis ojos. Sin pensarlo, lo tomé justo antes de caer y presioné sus botones alocadamente sin detenerme...

Otra de las menciones es el cuento de Paola Guadarrama Magdaleno, “Super... ¿man?”, al que podemos describir como neogótico, pues sigue la escuela de Bram Stoker, con su *Drácula*, de Mary Shelley y *Frankenstein o el moderno Prometeo*, y de Stevenson, con *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, creadores de la literatura gótica en el siglo XIX.

Compartamos un poco:

Por otro lado, sigo en mi tarea de recolectar vísceras de animales y considero que mi progreso es bastante fructífero. Es decir, he conseguido relativamente pocas especies, pero tampoco puedo apresurar el paso o levantaré sospechas. Confieso que el otro día que entré a robar vísceras y partes de animales a un taxidermista ubicado en las orillas del pueblo, por poco y soy descubierto, pero gracias a mi

astucia y mi mente superior, logré salir sin siquiera ser reconocido. A pesar de que tal acción representó un peligro potencial para el desarrollo exitoso de mi plan, fue un riesgo que valió la pena correr porque de ahí logré sacar un corazón de lobo, garras de oso, piel de camaleón, estómagos de vaca, riñones de puerco, patas de jaguar..., entre muchas otras partes que no enlistaré por mantener la confidencialidad de mi plan.

Si están imaginando que el protagonista desea construir un animal inspirado en Frankenstein, mejor lean el cuento.

“Fontana di Trevi”, de Renata Rodríguez Oteiza, asimismo cuento de mención honorífica, es un deleite para los amantes de Roma, del arte y de Bernini, aunque cualquier lector quedaría atrapado en este relato romántico-renacentista.

La Fontana di Trevi es el marco, motivo, protagonista y el alma de esta narración cuya delicadeza lingüística crea imágenes también delicadas y bellas que provocan fácilmente el gozo estético del lector. Los otros dos personajes centrales son un pretexto para mostrar, con recursos que rozan lo siniestro sin desagradar, la fuerza de aquella fuente que lo llena todo y que envuelve con su magia casi mística a quien se deje cautivar.

Una muestra:

Me aproximé con cautela a la orilla, rocé el agua cristalina con la punta de los dedos y vislumbré una figura. La figura reflejada en la diáfana agua era equiparable a una efigie de biblioteca, inamovible y estática, casi humana, con aires de grandeza pretérita tallada *post mortem*; tenía

ojos dorados como monedas encantadas en el fondo de un estanque, manos largas de pianista y tez que se asemejaba a los dioses albos de roca.

Empero, en las entrañas del cuento hay más, algo que bordea la línea de lo irreal que vamos descubriendo de la mano de la protagonista, al mismo tiempo que ella. Oigámosla:

Quedé atónita por los sucesos y las revelaciones que estaban ocurriendo. Las historias infantiles que previamente había dejado que guiaran mis acciones y deseos tenían verdades ocultas en sus palabras: la magia hechiza, seduce y lleva a un destino horrorosamente extraordinario.

Por último, comento la última mención honorífica, la que ganó el cuento “Natalia”, de Isamara Arámburo Martínez, un relato que no puede ser más actual puesto que aborda uno de los grandes temas que ocupan y preocupan a las nuevas generaciones: el tema de los géneros, su sexualidad y la tolerancia. Así lo aborda el primer narrador protagonista:

Naty era transgénero, nació en el cuerpo erróneo y decidió cambiarlo, su nombre pasó de ser Armando a Natalia y no le molestaba ser así, pero los comentarios homofóbicos se hacían presentes día a día, y esos hombres que le hacían tan repugnantes comentarios eran los mismos que solicitaban sus servicios. Recuerdo muy bien un día en que decidí salir con mi novia, estábamos en una plaza pequeña que quedaba cerca de donde vivía ella, vi a Naty entrar en un carro e irse, “ojalá que le vaya bien”, pensé.

El joven protagonista entabla una relación de amistad con su vecina transgénero, aunque su familia, su novia y sus amistades fueran homofóbicos. Sin embargo, esa relación, desde la perspectiva del muchacho, va cambiando y lo lleva a un conflicto interior del que no lograba salir.

Los días pasaban y el sentimiento que tenía hacia Naty sólo crecía y no había poder humano que lo detuviera. Durante su ausencia me puse a pensar en lo que me hacía sentir y las consecuencias que esto podría tener, era claro, no había forma de que ella sintiera lo mismo, ¿eso me convertía en *gay*?, ¿bisexual?, ¿importa? En cuanto mi madre se entere, es seguro que me corre y, ¿qué pensará Natalia?, seguro dirá que estoy demente y no me corresponderá... Me vuelve loco aceptar lo que siento y creer que es buena idea gritarlo a los cuatro vientos.

Y, mientras el protagonista se encuentra en estos pensamientos, Natalia (antes Armando) se torna narradora protagonista y nos adentra en su doloroso mundo de prostitución poblado de crueles clientes homosexuales con actitudes y comportamientos homofóbicos, de noches de sexo por dinero que la llevan a vivir una inevitable soledad acallada por la vergüenza y la incompreensión.

En el contexto de la literatura urbana, es difícil encontrar a una autora con una creatividad y un manejo de lenguaje capaces de crear un personaje transgénero y el conflicto de un muchacho que duda de su propia identidad sexual, tan definida al principio del cuento como heterosexual. Si, a las dificultades naturales ante este tipo de

personajes, sumamos la juventud de Isamara Arámburo, la calidad de este cuento es mayor todavía.

Espero que estos breves comentarios de los cuentos ganadores les permitan hacerse una idea de la riqueza y la diversidad de los cuentos de esta antología. Creo que, después de este recorrido, podemos afirmar, sin mentir, que nuestros jóvenes narradores indudablemente tienen madera de escritores; sus originales recreaciones de eso que llamamos “realidad”, generosamente nos las han ofrecido con sencillez y honestidad.

Es sumamente reconfortante saber que tenemos escritores interesados en representar sus pensamientos y emociones a través de la creación literaria, escritores que son promesas esperanzadoras en el horizonte cultural de México y el mundo.

Gracias a cada uno de los ganadores, gracias a sus familias por impulsarlos, gracias a sus colegios por alentarlos y gracias a los miembros del jurado por su tiempo y dedicación. Todos deseamos que la literatura siga de fiesta y nos invite, como hoy, a festejar con ella. ¡Jóvenes, sigan amando la literatura!

Cuajimalpa, diciembre de 2021

Desde mis ojos

María Magdalena Rico Hernández

Mi viaje inició durante una noche lluviosa de enero.

Un viento infernal recorría las calles de la ciudad y el frío dispersaba a las pocas personas que se encontraban paseando por allí.

Nadie con el suficiente ingenio elegiría, por voluntad propia, salir del calor de su hogar para caminar debajo de esa espesa lluvia y, sin embargo, allí estaba yo.

Sólo que... siendo sincero, la gran diferencia es que yo nunca tuve un hogar para tener el lujo de tomar esa decisión, un hogar en donde quedarme dormido, abrigado y cómodo mientras esperara a que la noche terminara. Lo único bueno que había abandonado al inicio de ese día fue un viejo costal de fertilizante sobre el cual me encontraba recostado horas antes de adentrarme en la ciudad.

Algo que no les he dicho todavía es que tipos como yo no caben en lugares como el de allá.

¡Sí! ¡Exacto! Hablo precisamente de sitios en donde el calor sobra y el amor no hace falta. Sí, como la casa que está por allá en donde se puede apreciar a través de la ventana a un niño jugando con su mascota y a su madre leyendo un libro sentada en el sofá... o como en el burdel que queda a la vuelta de la esquina.

No obstante, estoy acostumbrado.

Estoy acostumbrado, ¡en verdad!

Uno termina por acostumbrarse a cualquier cosa que la vida le ponga enfrente, incluso si se tratase de la mismísima vida de un perro.

Pese a esto, mi caso es como el de muchos otros; uno no nace eligiendo la vida que quieres vivir, en realidad, es ésta la que decide por sí misma a quién sorprender.

Y, en todo caso, si hubiese tenido la más mínima posibilidad de poder elegir, tal vez hubiera elegido vivir en una casa de ricos. Sí, ya sabes, en éstas en donde se come tres veces al día y en donde cada quien tiene su propia cama, su propio cuarto e, incluso, su propia ropa; en donde todo parece ser más fácil y en donde no hay preocupaciones.

Nunca me he considerado alguien quisquilloso y, si por desear vivir en un lugar como éstos lo fuese, entonces, me conformaría simplemente con tener un lugar al cual regresar y en donde permanecer recostado sin la necesidad de estar pensando cuánto tiempo pasará antes de que me echen de allí.

A medida que las horas iban avanzando, la lluvia se iba convirtiendo en un verdadero aguacero y cada vez más se me hacía difícil encontrar un sitio en donde pasar la noche, hasta que, de repente, lo vi. En el final de un callejón, debajo de una plataforma de metal que se encontraba pegada a la pared de un edificio y que terminaba en una escalera, había un lugarcito que aún se veía lo suficientemente seco y angosto como para que pudiese entrar en él. Al lado de ese agujero, que también resguardaba a un par de ratas grises de la espantosa lluvia que

caía por toda la ciudad, había grandes botes de basura que venían del edificio de al lado y que estaban a reventar de porquerías liberando un espantoso olor a putrefacción y atrayendo a algunas cucarachas que aprovechaban las inmundicias que brotaban del basurero como fuente de alimentación, a pesar de estar al borde de ahogarse gracias al agua que escurría por el plástico de las bolsas.

Tenía tanta hambre que podría haber vomitado lo que comí hacía tres días sólo para volverlo a engullir y, así, engañar a mi estómago de que comimos algo nuevo.

Todo se complica cuando llueve, no se puede buscar la comida tan fácilmente y la que se encuentra dentro de las bolsas de basura se aguada y se deshace en cuanto la lluvia comienza a tocarla... ni modo, tenía que aguantar otro par de horas más, como siempre, o tal vez un día o dos, no importaba. Lo cierto es que, por muy loca que suene la idea, no puedes morir de hambre solamente porque no hayas comido algo durante algunos días... he visto que los perros amortiguan el hambre bebiendo agua, aunque, siendo sincero, no sé si considerar esa acción muy valiente o muy miserable.

En todo caso, en el lugar en el que me encontraba tenía a mi disposición una serie de pequeños “manantiales de agua” a los que podía acceder con tan sólo estirar la cabeza fuera del agujero.

Siempre he creído que las calles de México se verían mucho más bonitas sin la cantidad de baches que poseen. Y, a veces, pienso que dentro de esos grandes orificios podría caber la cabeza completa de una persona sin chistarlo dos veces; en realidad, es impresionante lo bien que los baches funcionan, ¿no lo creen? Sólo basta con que llueva

unos minutos al día para que esos huecos se llenen hasta su máxima capacidad y se ocupen como excelentes bebederos improvisados... Ahora no me vendría mal tener uno de éstos.

A la mañana siguiente, la lluvia cesó. Sabía que tenía que seguir caminando, sin embargo, el ambiente aún se encontraba tan húmedo que no me dieron ganas de despegarme ni un centímetro de donde me encontraba por miedo a que alguien más en las mismas condiciones que yo, o peor aún, lo viese vacío y aprovechara la oportunidad para apropiarse de él.

“La comida puede esperar”, me dije a mí mismo mientras me acurrucaba en la esquina de aquel sitio encogiendo las piernas y escondiendo la cabeza entre mi pecho para que el frío no me tomara tan por sorpresa.

Hay veces en que el clima helado te hace temblar tanto que llega un momento en el que comienzas a sentir que, al final de cada vibración, se queda una sensación tibia en tu cuerpo. Y es espantoso, debo admitir, porque parecería que formamos parte de un círculo vicioso en el que las dos realidades que experimentamos son completamente desgarradoras.

Por un momento alcé el rostro al percibir un delicioso aroma que provenía de algún lugar cercano a mí y no tardé mucho en darme cuenta de que se trataba de un restaurante de comida corrida ubicado en la acera contraria frente al callejón y en el que, a esa hora, estarían sirviendo cientos de desayunos diferentes para las personas que se encontraban en él; sin embargo, para mi mala suerte, ni siquiera tenía un centavo que me hiciera arrastrar mi propia existencia hacia un banquito dentro del

establecimiento y comer allí. Así que era caso perdido siquiera intentarlo.

Siempre me he considerado una criatura muy observadora y nunca sabré si ésa es una de mis virtudes o de mis bajezas. Pero, lo cierto es que sabía esperar el momento adecuado para cada cosa y, así como un perro sabe en qué momento arrojarle sobre su víctima antes de morderla, así me quedé esperando el momento indicado en el que la pareja que se había detenido para arrancar su coche que estaba estacionado al inicio del callejón se descuidara un instante para saltar sobre ellos y arrebatarles la bolsa de sobras que traía el hombre en la mano y después darme a la fuga antes de que éstos se percataran conscientemente de lo que había sucedido y llamasen a la policía.

... Faltaba poco para que la mujer se inclinara hacia el frente e introdujera la llave del auto en la cerradura cuando, de repente, la puerta de metal del edificio de al lado se abrió de golpe dando un terrible chirrido y por donde se asomó una espantosa cabeza.

— ¡Agh! —gruñó con la característica voz ronca de las prostitutas de la ciudad gracias al exceso de alcohol en su vida—. ¿Qué haces aquí? No me digas que tú también vienes por mis servicios.

Cuando pude percatarme de mi insignificante falta de atención ya era demasiado tarde, pues en el eco del callejón rezumbó fuertemente el motor del carro encendido que indicaba que aquella pareja se alejaba, llevándose mi única oportunidad de conseguir comida ese día. Enojado, dirigí hacia la prostituta la más rencorosa mirada que pude mientras ella me observaba fijamente exhalando el humo de su cigarrillo por sus delgados labios color salmón.

— No me mires así —repuso con una mano al aire y la otra en la cintura—. No fue mi culpa. Ahora vete. No tengo tiempo para lidiar con tipos como tú el día de hoy, aunque, claro... a estas alturas sería capaz de entregarme a cualquiera que tuviese el dinero necesario para sacarme de este lugar... en fin, lárgate antes de que alguien más venga y te obligue a irte.

Al terminar de decir la frase, se dio media vuelta y volvió a desaparecer dentro del edificio mientras se alejaba meneando sus enormes nalgas flácidas a las que me hubiese gustado plantar una buena mordida.

Después de ese terrible encuentro, y obligado a levantarme del único sitio acogedor que había encontrado, decidí seguir caminando por la ciudad prestando atención a cualquier indicio que me dijera que Miguel se encontraba cerca.

No tardé mucho en toparme con una escena que me dejó profundamente impresionado, pues consistía, simplemente, en un vagabundo que se encontraba consiguiendo comida mientras todas las personas a su alrededor no hacían más que criticarlo con la mirada.

En realidad, él no era tan diferente a mí. Vestía con un conjunto negro que consistía en un pantalón y una camisa, ambos viejos y hechos tirones; las uñas de sus manos y de sus pies eran terriblemente largas y llenas de tierra; sus talones estaban callosos y agrietados; tenía la barba crecida hasta el pecho y el pelo alborotado, grasoso y reseco por el sol; su piel era de color café tostado y la suciedad se marcaba más notablemente en sus brazos, sus manos, sus pies y su rostro.

Era impresionante cómo él se encontraba, con cierta desesperación, sacando comida del fondo de un basurero

en la vía pública. Lo poco que encontraba aún en buen estado se lo llevaba a la boca y se podía percibir visiblemente cómo la saliva reseca sobresalía de su boca al masticar algunos restos de palomitas de maíz mientras que con la otra mano buscaba otra cosa qué comer.

Aquel hombre revisaba con esmero las botellas que se encontraban por allí para encontrar, con algo de suerte, algo de beber. Sin embargo, lo que más me causaba impresión era cómo la gente pasaba de largo ignorándolo, riéndose de él o, simplemente, observándolo con desagrado sin que nadie tratara de hacer algo para ayudarlo a pesar de saber, dentro de sí mismos y, muchas veces de manera consciente, que lo que estaban presenciando era un acto inhumano...

También había personas que lo alejaban o lo maldecían sin que él les hubiera dirigido la más mínima mirada o las hubiera insultado anteriormente y, por un momento, llegué a pensar que las pocas personas que aún se encontraban viéndolo probablemente lo hacían sentir como si un fenómeno de circo se hubiese escapado de su función.

Al principio no me sentí mal, después de todo, así siempre había sido; mucho antes de conocer a Miguel, y después de conocerlo, las personas ya se apresuraban a juzgarme y a designarme un estatus sin detenerse a pensar o considerar tener un poco de empatía hacia mí; y era precisamente aquello lo que sucedía con aquel vagabundo.

Sentí tanta lástima por él que deseé tener algo bueno que compartirle, sin embargo, al no tener nada, solamente me alejé convenciéndome a mí mismo de que dentro de todas las personas que nos rodeaban habría alguna

que tuviese compasión y se acercara a él cuando todavía podía hacerlo.

La noche volvió a caer sobre mis hombros con tanta premura que no me di cuenta hasta que el cielo se encontraba completamente oscuro y los autos, poco a poco, dejaban de transcurrir por las calles. Gracias a Dios, el clima había mejorado, así que esta vez no me preocupó dormir sobre una de las aceras de la ciudad; además, yo no era el único que descansaba por allí; había todo tipo de personas a mi alrededor como, por ejemplo, ancianos y pobres que se acurrucaban sobre cartones viejos en los que pedían limosna durante el día y, durante la noche, les servían para protegerse del frío. También observé a una madre y a su pequeño hijo que descansaban junto a un acordeón viejo con el que se dedicaban a cantar para sacar su escaso salario día a día.

Ellos fueron más amables conmigo; cuando el niño me vio, me sonrió de tal forma que no pude evitar recordar a Miguel, y lo que provocó fue que quisiese permanecer a su lado por esa noche; la madre, al principio, se negó, pero, después de ver la sonrisa de su hijo al tenerme cerca de él, simplemente lo permitió mientras que ella lo abrazaba entre su pecho y lo cubría con su rebozo para calentarlo de la fría noche en la ciudad.

Desde que era pequeño, siempre me había dormido casi al instante de pegar la cabeza en el suelo, esta vez no fue la excepción, no obstante, a eso de las 2:00 o 3:00 de la madrugada un olor me despertó de golpe.

¡Era Miguel! o... al menos, su olor pero, ¿en dónde estaba?, ¿por qué olía tanto a él?

Al abrir los ojos y alzar la cabeza con precisión, divisé una camioneta vieja color rojo cobre, que se encon-

traba parada frente al semáforo rojo que se erguía ante ella. Dos hombres iban fumando y escuchando música dentro de la camioneta a pesar de que la noche estaba muy avanzada.

Me levanté en seguida, no hacía falta pensarlo dos veces y, antes de que la madre del niño pudiese detenerme, corrí hacia la camioneta a toda velocidad hasta subir sobre la batea sin que los dos idiotas de adentro se dieran cuenta y, así, aseguré, una vez más, mi victoria.

La camioneta avanzó con rumbo al este, saliendo de la ciudad en cuestión de minutos y dirigiéndose hacia un pequeño pueblito situado a un par de horas de donde partimos. Durante el corto viaje, iba meditando sobre en dónde podría estar Miguel y qué podría estarle sucediendo, sin evitar sentir un pequeño escalofrío cada vez que mi mente lograba imaginar lo peor.

Cuando me percaté de que la camioneta aminoraba la velocidad y se iba deteniendo frente a una casa abandonada, decidí brincar de la batea. Al darse cuenta de mi presencia, ambos hombres trataron de perseguirme para hacerme pagar por mi viaje gratis, sin embargo, al no poder atraparme, no tuvieron otra opción que regresar molestos a la camioneta.

Había corrido tan fuerte y sin saber a dónde me dirigía que, cuando tomé conciencia, ya me encontraba al inicio del gigantesco puente que se levantaba sobre el gran río Blanco y que corría metros debajo de mí con violentas corrientes de agua que hacían un ruido espantoso.

Había estado lloviendo fuertemente desde hacía un par de meses, por lo que no era de sorprenderse de que estuviera tan alborotado y casi lleno hasta desbordarse.

Me quedé hipnotizado un rato perdiendo la vista en sus ráfagas de agua hasta que, de repente, un crujido me hizo volver a la realidad.

Del otro lado del puente se encontraba un muchachito caminando hacia mí con la vista perdida y con lágrimas que le escurrían hasta la barbilla. De pronto, se detuvo en medio del camino, fijó su vista en las aguas y, de un momento a otro, se hallaba intentando subir el barandal de resguardo para terminar con su vida.

Sin mucho que perder y decidido a contemplar el espectáculo lo mejor posible, me acerqué a él lentamente hasta que, por fin, se percató de mi existencia y se detuvo antes de que pudiera lograr su objetivo.

Allí estábamos los dos. Apuesto a que debimos habernos visto como idiotas, ya que ambos nos mirábamos fijamente a los ojos sin decir ni una sola palabra. Al cabo de unos minutos, el muchacho terminó por desesperarse, frunció el ceño y apretando los puños gritó fuertemente:

— ¡LÁRGATE!

Pero no lo hice.

Me quedé, de nueva cuenta, fijando mi vista en la de él hasta que, de repente, entregado a sus emociones, éste se dejó caer a la carretera envolviéndose el rostro húmedo entre sus manos y llorando con tanta vehemencia que sentí lástima por su situación.

No podía obligarlo a que parase de llorar o a que me contara lo que le estaba sucediendo, así que opté por esperar un par de minutos a que se calmara y decidiera por sí mismo abrirse a mí o no hacerlo. Al cabo de un breve instante, se pasó la mano izquierda por el cabello

castaño, mientras que con la otra mano se tapaba la boca frunciendo el ceño con aflicción.

— Perdóname... —susurró entrecortadamente debido a las lágrimas—, no tengo derecho a desquitarme contigo, no. Tu vida no puede ser peor o mejor que la mía, eso se nota... pero... me pregunto... qué tan desesperado debo de estar para toparme con alguien como tú...

El muchacho se hincó frente a mí y, de esta forma, pude notar que se encontraba temblando.

Siempre he sido alguien de pocas palabras, debo admitirlo. Los problemas de los demás son suyos, no míos y, a menos que pueda hacer algo para ayudarlos, lo único que tengo para ofrecerles es mi silencio y mis oídos, tal vez sea muy poca cosa, pero tarde o temprano descubrimos lo bien que se siente la atención de alguien más.

— ¿Cuál... cuál es tu nombre? —tartamudeó.

— Rodri —respondí en voz baja.

— Rodri... —repitió—. Rodrigo ¿no?

Asentí con la cabeza.

— Rodrigo ... je —sonrió tristemente—, yo... yo también me llamo así. He escuchado que los perros no tienen madre ¿eh?, que se las cogen de todas formas... y me pregunto si algo hubiese cambiado si la hubiera tratado por lo que es... por una puta más.

De pronto su rostro se serenó, perdió la mirada en el suelo y juntando las manos comenzó a meditar.

— Mi nombre es Rodrigo, tengo veinticinco años... ¡Hey!, no me mires así... Ya sé, doy asco. ¡Doy asco! Soy un don nadie... una de tantas personas que se quedó estancada; estoy estancado... no sé cómo habrá sido tu vida, pero la mía fue una completa mierda y es en eso en

lo que, precisamente, me he convertido... pero ¿qué más podía esperar?, ¿no? ...

— Agh, pero, ¡Dios!... quería salir adelante, ¡tú sabes que es así! —gritó al cielo mientras gruesas lágrimas volvían a resbalar por su cuello—, tal vez no intenté lo suficiente... tal vez no lo traté con la mayor fuerza posible... y cuando... cuando me veo al espejo no sabes lo frustrante que es verla allí también. A veces no puedo evitar preguntarme... bueno, me pregunto... me pregunto... ¿qué hice mal?...

— ...Mi mamá me abandonó cuando tenía once años... —continuó—. Quería creer que no me importaba, pero no es así... estoy cansado de drogarme, de apantarrarme, de llorar, de estancarme... de vivir. Estoy harto de todo... y los sueños que nunca cumplí me persiguen cada día en la cabeza... Quería ser ingeniero, ¡alguien en la vida! pero, maldita sea, estaba tan ocupado viviendo otras estupideces que nunca me detuve a pensar que el tiempo avanza y ya no regresa... ¡Debería estar en la universidad!, pero ni siquiera terminé la prepa... mi madre andaba con un hombre, luego con otro, y otro más, parecía que en su vida solamente existía ella... y, por una vez, me hubiese gustado que se fijara en mí...

De un momento a otro, un niño estaba hincado frente a mí contándome sus penas y su dolor sin que yo hiciera otra cosa más que escucharlo. No sé si es mi forma de pensar, pero siempre he creído que los que son como yo tenemos una suerte para encontrarnos con personas rotas en nuestro camino; algunas en mayor medida y otras en menor, pero, al fin y al cabo, rotas; y esto es bastante interesante porque no es un mundo disparejo, ni un mundo

injusto... lo que hace a un mundo son las personas que habitan en él. No es el mundo el que está mal... somos nosotros los que lo hacemos pésimo.

La historia de Miguel comenzó con un niño sentado a las afueras de un *Seven* que se encontraba recargado sobre sus rodillas, con la carita sucia y dirigiendo la vista hacia la carretera, esperando a que alguien viniese por él. Al parecer, hacía tres días que su madre lo había dejado allí diciéndole algo tan tonto como “espérame aquí, ya vuelvo” y él, en su inocencia, le creyó; tenía ocho añitos, se le notaba en la cara; apenas estaba mudando los dientes incisivos y tenía algunas chapitas despintadas que se asomaban por sus mejillas cuando, por casualidad, me encontré con él.

— ¡Hola! —fue lo primero que me dijo cuando me vio—. Me llamo Miguel. ¿Cuál es tu nombre?

— ...Rodri...

— ¿Qué, perdón?

— Rodri... —repuse receloso.

— ¡Ah! ¡Rodri!, qué bonito nombre —me dijo con una sonrisa ingenua y arrimándose a donde me encontraba—. ¿Tú también estás perdido? Bueno, no es que yo lo esté. Mi mamá dijo que vendría por mí y aquí la sigo esperando, aunque... ¿sabes? como que siento que ya se tardó mucho.

No sabía cómo decirle que su madre ya no vendría por él. Bueno, en realidad, nadie de los que trabajaban en el *Seven* o en la gasolinera de al lado sabíamos cómo decirle la verdad. La única gran diferencia de la bola de idiotas que nos rodeaba era que yo permanecía al lado de Miguel sin importar cuál fuese la situación. A medida que iban pasando los días, Miguel aprendió lo que

ningún niño de su edad debería de saber; se hizo de una esponjita y de una botella con agua y jabón para lavar los vidrios de los coches que pasaban a cargar gasolina y así sacar día a día lo poco o mucho que las personas le daban más por caridad que por su trabajo. Por lo regular, siempre era menor a \$60 pesos. Pero, Miguel no era tonto; él sabía administrarse. ¿Pueden creerlo?, un niño de ocho años sabía hacer lo que una persona de cuarenta, muchas veces, no llega ni a realizar correctamente. Miguel era pequeño, pero comprendía que de esos \$50 pesitos, \$25 eran para una torta del *Seven*, nuestra única comida del día (y digo nuestra porque la mitad era para mí) y los otros \$25 para una botellita de agua que, si bien le iba, le alcanzaba para el día siguiente y así podía gastarse, de vez en cuando, los otros \$25 pesos que ahorra en otra torta o en alguna chuchería que se le antojara.

Iba sucio a todas partes. ¡A todas partes! Y la gente comenzaba a reconocerlo como “Miguelito el limpia parabrisas”.

Les daba gracia.

Les daba muchísima gracia a los malditos hijos de.... Pero, a nadie le daba gracia su situación y tampoco hacían algo para ayudarlo.

A veces creía que, en el mundo, Miguel sólo existía ante mis ojos y no en los de los demás. Hacíamos todo juntos, incluso dormíamos dentro de los baños del *Seven* gracias a la ayuda de Alfredo, el guardia de seguridad, que era el único que nos había regalado ropa vieja que había dejado de quedarle a sus hijos hacía años y unas cobijas afelpadas que nos servían para acurrucarnos en las noches frías de invierno.

Después de unos cuantos meses, parecía que no era el único que buscaba a Miguel pues, una noche, de repente, no durmió a mi lado, se había subido a la camioneta de un extraño que al siguiente día lo devolvió a mí, bañado, pero con la misma ropa sucia del día anterior. Esa ocasión fue la primera vez que Miguel lloró mucho tiempo aferrado a mí, no entendía por qué... o, tal vez, sí entendía, pero quería ignorarlo. Lo cierto es que, no solamente fue una vez, sino muchas ocasiones en las que sucedió de la misma manera hasta que, hace menos de un mes, por fin consiguieron alejarlo de mi lado.

El muchacho lloraba desesperado frente a mí mientras sacaba todas las preocupaciones que afligían su corazón. Su historia no era muy diferente a la de Miguel... En algunos pueblitos se dice que las perras solamente sirven para tener cuatro o cinco camadas de hijitos; después de ese límite, aunque tengan más, terminan asesinandolos a todos por propio descuido o desapego. No obstante, en el mundo es bien sabido que, naturalmente, también existen numerosas perras que no sirven para ser madres.

Al final, me abrazó precipitadamente, se despidió de mí dándome un beso en la frente y se entregó a las frías aguas que seguían su curso por debajo de nosotros.

No hice nada para detenerlo, no hacía falta.

Si algo debemos de aprender cada uno de nosotros, es que no podemos interferir en el destino de las personas por voluntad propia, ya que son ellos mismos los que pueden cambiar su final.

Tal vez no era mi destino salvarle la vida y, por lo tanto, me quedé toda la noche, y el resto de la mañana, sentado en el lugar del que había saltado el muchacho, meditando en silencio el hueco que había dejado su memoria en la mía. Al llegar la tarde me di a la tarea de encontrar el lugar donde estaba Miguel.

Fue muy difícil, pero las personas que han perdido a un ser amado sabrán que su aroma nunca se olvida y fue, gracias a ello, que confiaba en que, en algún momento, su aroma me guiaría hacia él.

Y así fue... Miguel ya estaba más grandecito y vestía nuevos harapos mientras se encontraba boleando zapatos en el parque de aquel pueblecito. No me reconoció en seguida, pero, después de todo el tiempo en el que estuvimos alejados el uno del otro ninguno de los dos había cambiado en realidad. Seguíamos siendo los mismos por dentro y por fuera. Miguel seguía teniendo unos ojos grandes de un vivaz color café miel y mi pelo seguía siendo de color negro, alborotado y largo. Él había ganado un poco más de peso y, a pesar de que yo estaba tan flacucho como un palo, él corrió a estrecharme entre sus brazos mientras ambos llorábamos y nos besábamos en el rostro.

Miguel tenía muchísimo gusto de verme, pero el patrón para quien trabajaba no parecía contento. Es por eso por lo que, con una patada, me despegó de su lado; sin embargo, ignorando su presencia por completo, volví a acercarme a él, recibiendo así un golpe mucho más fuerte que el anterior que provocó que mi vista comenzara a nublarse y mi sentido de orientación empeorara.

Estaba preparado para correr de nuevo a su lado hasta que, de repente, Miguel dio un grito aterrador y yo

no pude divisar que detrás de mí estaba otro hombre que, con la ayuda de un martillo, se hizo de fuerza para golpearme tan firmemente en la espalda que se me hizo imposible volver a levantarme.

Miguel corrió a mi lado, ignorando los regaños de sus patrones. Cuando llegó junto a mí, me abrazó con más fuerza que antes mientras yo jadeaba con temor, temblaba y aullaba.

Aquí es donde continua nuestra historia.

— Me encontraste... —dijo Miguel llorando y abrazándome la cabeza con sus manitas y besándome la frente— ¡Me encontraste, Rodrigo! ¡Buen chico!

Antes había escuchado hablar de que, en los últimos momentos de vida, uno experimenta una terrible sed y déjenme decirles que es verdad. Miguel estaba parado frente a mí y aunque yo ya no podía demostrárselo, podía sentir su corazón latir al ritmo de mi colita que se meneaba de felicidad.

— ¡NO TE VAYAS! —chilló—. Tú eres mi único amigo. Por favor, no me dejes. ¡TE AMO!

— ¡YO IGUAL! —grité dentro de mí—. Perdón por buscarte tan tarde...

Dirigí, por último, la mirada hacia la ventana donde aún se podía ver al niño jugando con su mascota. Pero, vamos, yo era mucho más que eso para Miguel, éramos familia. Es así que, sintiéndome lo más amado posible, comencé a sentir un sueño fatigante y Miguel fue desapareciendo lentamente de mi vista mientras gritaba, entre lágrimas, que me amaba.

El mundo desde mis ojos no es cruel, en realidad, nunca lo fue. De hecho, es lo más justo posible, porque,

si no fuese así, no habría personas como Miguel y yo destinadas a encontrarse una y otra vez hasta volver a sentir ese característico amor que sólo es posible dar y recibir entre los seres vivos.

El pasajero

Isabela Hernández Gutiérrez

Estoy manejando de noche, el reloj acaba de marcar las tres y cuarto de la madrugada. Voy en camino al trabajo, estoy a tiempo, pero aun así voy rápido, el auto deslizándose suavemente por la carretera, ni una sola alma a mi alrededor o, al menos, eso creí.

Paso por algunos parques, edificios de departamentos y varias casas ostentosas. Nunca me había puesto a pensar todo lo que ocurría en ellas, aunque pasara por ellas a diario, ése era simplemente el camino para llegar a mi trabajo. Además, de noche, la ciudad es distinta, las cosas no son como parecen y los secretos se esconden mejor bajo el abrigo de la oscuridad.

Un auto se acerca por detrás, creo que va a rebasarme, miro por el retrovisor para evitarlo y es cuando lo veo: un hombre sentado en la parte de atrás de mi coche viendo tranquilamente por la ventana. Debe de tener cerca de cuarenta años, aunque parece de cincuenta por la barba; está vestido elegantemente, creo que tiene una gabardina y un sombrero, aunque no puedo distinguir muy bien con las ocasionales luces de la calle. Regreso mi vista al frente, estoy conduciendo y no puedo distraerme con cosas como éstas, no quiero tener un accidente.

Sigo manejando, mirando de vez en cuando por el retrovisor. El hombre no dice una sola palabra, sólo se mueve ocasionalmente en su asiento y mantiene la vista fija en la ventana. Debe ser de los tranquilos, tal vez ni siquiera se da cuenta de que éste ya no es su tiempo. Aun así, me da muy mala espina, pero lo descarto, si hubiera sido algo más, creo que ya estaría muerto, así que decido ignorarlo por el resto del camino. Ésa es mi política: no tienes nada que hacer conmigo ni yo contigo.

Cuando llego al aeropuerto, ya no está, se debe haber desvanecido en algún punto del camino. Bien. No es que me molestara mucho su presencia, pero había algo que me incomodaba hasta cierto punto.

Cuando me bajo del auto y lo cierro, sigo mirando al asiento en el que estaba sentado. Me digo a mí mismo que lo olvide. “Si no puedo deshacerme de la sensación ahora, me va a molestar todo el día, y hoy estoy bastante ocupado, no tengo tiempo para distracciones”. Salgo del estacionamiento y voy a la oficina decidido a dejar el recuerdo en el asiento trasero.

A la madrugada siguiente, vuelve a aparecer; dos días seguidos y significa que se va a quedar por un rato. Tal vez debería preguntarle algo, pero no sé si eso lo haría creer que quiero que se quede, porque no es así. Decido esperar otro día, si mañana también aparece, le haré una pregunta. Lo ignoro por un rato, pero mi curiosidad me gana y me asomo al retrovisor. Hoy está mucho más sólido que ayer, hasta parece que realmente está sentado ahí atrás. Ayer podía ver un poco del asiento y la ventana, hoy sólo pasan las luces de afuera a través de él.

Ya estoy a punto de llegar. Estoy seguro de que ayer a esta altura del camino ya se había ido. Rezo para que no me siga todo el día, no estoy de humor. Entonces, escucho algo.

— Por Dios, Sergio, no estamos dando un paseo. ¿Acaso este auto no va más rápido?

No creo que me esté hablando a mí, además no me llamo Sergio. Debe estar atrapado en un bucle, tal vez el momento antes de su muerte. Es lamentable, simplemente lamentable, a éstos no se les puede ayudar. Normalmente tienen algo que hacer o están buscando algo y con algún objeto, aroma o sonido reencuentran su camino, pero con estos otros no es así; no saben que están muertos, no saben que les faltó hacer algo, pero tampoco pueden avanzar con su vida, se quedan atrapados en un mismo momento, repitiéndose cada día. Supongo que en algún punto deben de desvanecerse, o, tal vez, se quedan sin la energía para seguir manifestándose. Simplemente no pueden descansar, lamentable.

— Diablos, esos malditos están justo detrás de nosotros. Toma esa curva cerrada, posiblemente así los perdamos.

Después de decir esto volvió a reclinarse y a mirar por la ventana. Regreso mi vista al frente y sigo manejando, cuando vuelvo a mirar, ya no está.

* * * * *

Salgo del edificio, tengo prisa, pero no puede parecer que la tengo. El auto me estaba esperando afuera, el chofer sosteniendo la puerta. Subo al auto, el chofer da la vuelta

y sube. Enciende el motor de inmediato, arranca y nos perdemos en la noche.

Me reclino en mi asiento y miro por la ventana, intranquilo. No es que tenga algo de lo que preocuparme, todo salió exactamente como lo había planeado el jefe y la salida fue impecable. Me despedí amablemente de los anfitriones, maravillosa fiesta, como siempre. Caminé tranquilamente por el corredor, recogí mi abrigo y mi sombrero y me dirigí a la salida. El portero me abrió la puerta, le respondí con una inclinación de mi sombrero y descendí los escalones de la entrada. Nadie sospechaba nada, perfecto, tal y como se había planeado.

Incluso la hora era la indicada. Cuando subí al auto acababan de dar las tres de la madrugada con quince minutos. No era demasiado temprano como para levantar sospechas sobre mi partida, y tampoco era tan tarde para que las calles estuvieran desiertas y mi viaje nocturno fuera algo inusual.

Aun así, hay algo que me deja intranquilo. Repaso mis movimientos una y otra vez, buscando la causa de mi malestar. No lo encuentro, así que decido dejarlo pasar para que no me atormente. Miro por la ventana y observo los edificios, perdido en mis pensamientos.

Ya van dos semanas desde su primera aparición. Todos los días se ha aparecido a la misma hora, sin falta. Siempre dice la misma frase, que me apure y que tiene prisa, supongo que le habla a su chofer. También creo que ellos dos son los únicos en el auto, todas las demás frases que

ha dicho (que no han sido muchas) parecen estar dirigidas hacia la misma persona, Sergio, su chofer.

Ahora sí me preocupa que se quede aquí. No da indicios de desvanecerse ni de que esté perdiendo energía. Busco maneras de ahuyentarlo o de convencerlo de que se vaya. Sólo hubo una ocasión en la que había tenido que hacer esto, normalmente no recorro a esta opción porque me preocupa molestarlos de alguna manera, pero creo que en este caso realmente es necesario.

No es sencillo encontrar este tipo de información, no hay libros sobre este tema y no puedes andar preguntando por ahí. Por suerte, tengo una tía que me apoya con esto. No hablamos mucho del tema con la familia, pero me ha dicho que puedo recurrir a ella en este tipo de situaciones extraordinarias. Intento de todo: velas, incienso, agua, limones y rosarios. Ninguno de los consejos que me dio funciona. No quiero intentar nada más, así que ahora estoy resignado a mi nuevo compañero de viaje.

Estoy en el coche, voy a medio camino. Tengo la radio encendida con el volumen alto, me ayuda a distraerme de mi indeseado acompañante, aun así, lo escucho hablar desde la parte de atrás.

— Por Dios, Sergio, no estamos dando un paseo. ¿Acaso este auto no va más rápido?

He estado tentado a contestarle unas cuantas veces, pero me resisto, como siempre. Paso por unas cuantas calles más y lo vuelvo a escuchar, esta vez murmurando para sí mismo; bajo el volumen de la radio un poco para captar lo que está diciendo.

— Un buen chofer, eso fue lo único que pedí maldita sea, un chofer decente —levanta la voz y mira por el

retrovisor, sus ojos vacíos y como canicas coincidiendo con los míos. Un escalofrío recorre mi espalda y regreso la vista al frente.

— La próxima vez usted entra a hacer el trabajo sucio y yo lo estaré esperando en el auto. Ya veremos si le gusta que el auto se mueva a esta maldita velocidad.

Durante todo el trayecto siento su mirada taladrándome el cráneo. No puedo evitar pensar en esos ojos sin vida y en la manera en la que me observaban, fríamente y con un sentimiento que no estaba relacionado del todo con que el hombre esté muerto. Esos ojos debieron verse igual en vida, sin emoción alguna ni calor, los ojos de un hombre con el corazón muerto y frío.

Paso todo el día intentando quitarme esa imagen de la cabeza.

Estoy en medio de la fiesta. La gente baila, las copas vacías se llenan de alcohol una y otra vez, se intercambian secretos y el apetito del hombre es saciado. Estoy seguro de que en algún cuarto de la mansión deben de estar dopándose con opio o cualquier otra cosa. Esto es una fiesta de excesos y lujuria, lo cual solamente facilita mi tarea.

Subo al segundo piso y comienzo a recorrer los pasillos buscando una habitación específica. “La séptima habitación a la derecha, con puertas dobles de madera oscura y un jarrón de porcelana china sobre una mesilla de mármol”. Ésa fue la descripción de la habitación que mi contacto me dio, en donde mi objetivo debería encontrarse en estos momentos.

Cuento las puertas mientras paso frente a ellas. Dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. Me detengo y la observo detenidamente, cumple perfectamente con la descripción dada. Alargo mi mano hacia el picaporte y lo intento girar, pero éste no se mueve, justo esto era lo que me temía. Una cerradura no era lo que me preocupaba, sino la atención que podría atraer al intentar desbloquearla. Me detengo unos segundos pensando cuál es la mejor solución para esta situación. No había nadie en los pasillos más que un hombre pasado de copas, eso significaba que todos estaban en alguna habitación y que podrían salir de ellas. Las habitaciones más cercanas a cada lado estaban a unos seis metros de distancia, por lo que si alguien saliera de ellas estaría lo suficientemente lejos como para fingir que estaba borracho e intentaba abrir la puerta.

Decidí ponerme manos a la obra. Rebusqué entre los bolsillos de mi saco hasta encontrar la herramienta que usaba en estos casos. Me agaché y empecé a moverla dentro de la cerradura, moviendo los pistones y resortes internos, después de unos segundos escuché un satisfactorio clic. Abrí la puerta sólo un poco, lo suficiente para pasar mi cuerpo evitando que se colara la tenue luz del pasillo. Lentamente, intentando no alertar a quien se encontraba dentro, volví a cerrar la puerta y me encaminé hacia la gran cama que se encontraba en el centro de la habitación.

En ella se encontraban recostados dos cuerpos, un hombre y una mujer. Toda la habitación apestaba a alcohol y Dios sabe a qué otras cosas. Me calcé más el sombrero y sacudí el hombro de la mujer, procurando que mi cara se mantuviera en las sombras. Cuando se despertó

le dije que un hombre estaba preguntando abajo por ella. Apanicada, recogió sus cosas y salió corriendo claramente en problemas. Volví a la puerta y la cerré, esta vez con llave. Para lo que estaba a punto de realizar no podía permitirme ningún tipo de interrupción o distracción.

Tomé la mascada que se encontraba doblada en mi bolsillo y un par de guantes. Me los puse y envolví la mascada en mi cuello, subiendo una parte de ella a mi cara, tapando mi nariz y boca. Rodeé la cama y me acerqué al hombre. Giré su cabeza un poco para poder observar su cara. La descripción coincidía perfectamente; tez oscura, cara ovalada, cejas pobladas y bigote tupido. Después de esto alargué mi mano hacia el bolsillo interior izquierdo del saco para sacar una navaja retráctil. Tomé la cuchilla, larga y afilada, y la posicioné sobre el cuello del hombre inconsciente. Con un movimiento rápido hice un corte largo y limpio sobre su piel, la sangre brotó rápidamente de la herida. El hombre abrió los ojos por un segundo y sus manos fueron volando hacia su garganta, pero poco después se detuvo y su cuerpo quedó inmóvil sobre la cama.

Acerqué mi oreja a su pecho y dos dedos a su yugular, buscando un palpitar o una respiración. Cuando no encontré ninguna, limpié la cuchilla en las sábanas de la cama y salí de la habitación, tal y como había entrado. Recorrí los mismos pasillos por los que había pasado hacía unos minutos de regreso a la fiesta. Me despedí de los anfitriones y me retiré, mi tarea cumplida a la perfección.

* * * * *

Al día siguiente decido que le voy a hablar, digo, “qué más daño va a hacer que responda con sus oraciones sin sentido y que le pregunte una u otra cosa. Tal vez esto lo despierte de su estupor y él decida que es tiempo de seguir con el flujo de las cosas”.

— Por Dios, Sergio, no estamos dando un paseo. ¿Acaso este auto no va más rápido?

— Señor, este auto va a 110 kilómetros por hora, ¿acaso eso no es lo suficientemente rápido para usted?

Volteo por el retrovisor para ver su reacción, nada, ni un parpadeo. No me sorprende, es como hablarle a una grabación o a un eco. Sigo manejando, el aire nocturno entra por las ventanas del coche. Después de unos cinco minutos, decido dirigirle la palabra de nuevo.

— Si no le molesta la pregunta, ¿qué hace usted viajando a estas horas de la noche?

Nada, parece que no me escucha, o puede que me esté ignorando total y completamente.

— Digo, yo también estoy fuera a estas horas de la noche, pero yo por mi parte estoy yendo a trabajar. Me fuerzan a unos horarios de locos, pero el trabajo es trabajo, ¿no lo cree?

— ¿Podrías parar ese balbuceo sin sentido? —el hombre por fin está volviendo a hablar—. Ya me tienes harto, Sergio, no te pagan por intentar ser amable.

Y no me hablaba a mí, ni siquiera podía oírme. Me mantengo callado durante el resto del viaje.

Continúo hablándole por unos días, respondiendo con frases breves a sus comentarios. A veces soy yo el

que habla primero, con comentarios tontos del clima o de la ciudad. Siempre le hablaba de usted, no sabía su nombre y no pensaba ponerle uno. A la semana de empezar a hablarle, el hombre comenzó a quedarse por más y más tiempo. Al principio aparecía como a la mitad del trayecto y se esfumaba en algún punto entre diez y cinco minutos antes de que llegara al trabajo. Ahora siempre llega mucho antes de decir: “Por Dios, Sergio, no estamos dando un paseo. ¿Acaso este auto no va más rápido?”, y se esfuma poco antes de que llegue al aeropuerto.

Un día en particular pensé que no iba a desaparecer, estaba a casi dos minutos de llegar y el hombre no se iba. Miraba una y otra vez por el retrovisor, esperando el momento en el que él desapareciera y nada pasaba. El hombre se mantenía viendo por la ventana, de vez en cuando mirando hacia atrás, nervioso. De repente, el hombre volteó hacia delante, los ojos se le abrieron como platos, su cuerpo se lanzó hacia adelante y desapareció, así de simple. Esto se repitió todos los días a partir de ese momento. Creo que presencié el momento de su muerte.

Llevamos cerca de veinte minutos en el auto. Creo que esos malditos ya no nos están siguiendo, no si en algún momento lo hicieron. Aun así, Sergio va rápido por las calles desiertas y mi inquietud no se esfuma.

¡Fue el asesinato perfecto! Uno de mis mejores trabajos diría yo. Aun así, algo me inquieta. Todo está muy silencioso y cualquier sonido es muy fuerte. Hay algo en

el aire que me indica que todo va a ponerse muy mal en cualquier momento.

Sigo volteando hacia atrás, mirando por la ventana, mirando el camino por delante. Mi índice no para de golpear mi pierna, inquieto. Las calles están húmedas, debe haber llovido hace poco.

Sergio da una vuelta cerrada, siento una luz y volteo hacia adelante. Un automóvil viene hacia nosotros en sentido contrario. Sergio intenta girar el auto. Oigo un rechinado de neumáticos. Después todo se vuelve negro.

— Por Dios, Sergio, no estamos dando un paseo. ¿Acaso este auto no va más rápido?

* * * * *

El hombre sigue apareciendo por otros dos meses. Debió haber muerto en un accidente de auto hace ya varios años. Seguramente, pasaba por las mismas calles que yo a las mismas horas, por eso logra manifestarse en mi coche.

Siento lástima por él, parece que no va a poder salir de este ciclo. Creo que es más factible que yo cambie de turno y deje de pasar a esas horas para que él se desvanezca por sus propios medios. Todavía no puedo hacer nada al respecto.

Un día me subo al auto y empiezo a conducir. Cuando alcanzo la mitad del trayecto, espero escuchar el diario recordatorio de que el viaje no es un paseo, pero nada pasa. Volteo hacia atrás y veo que no está el hombre. Raro. Espero un poco más, pero nunca aparece.

A partir de ese día, nunca lo volví a ver. Simplemente dejó de mostrarse y ya. Realmente espero que esté bien y

haya logrado pasar a la otra vida. Es raro que me preocupe por su bienestar, de cualquier forma, nunca estuvo vivo mientras lo conocí, pero de alguna manera siento como si hubiera perdido a alguien. Además, nadie merece un destino como el suyo: estar atrapado en el momento de su muerte por años, sin poder seguir adelante.

Creo que ése es el peor destino para una persona. No es tener una vida corta con una muerte rápida, sino mantener una existencia eterna sin tener nunca un descanso propio. A fin de cuentas, a nadie le gusta sentirse atrapado.

A diez pasos

Ulises Rojas Delgadillo

Me asomo por la ventanilla del avión como si tuviera diez años, estoy emocionado, ya se ve la ciudad, sus límites son imposibles de medir, las luces de las avenidas parecen festejar mi llegada, el Ángel de la Independencia toma formas más definidas a medida que nos acercamos. La azafata dice que ya es hora de colocar correctamente el cinturón porque estamos a punto de aterrizar en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México y eso me hincha el pecho porque soy “chilango”, sí, nací en la mera capital, aquí están mis raíces desde del centro hasta la periferia y en los límites de mi propia piel.

En cuestión de minutos este avión aterrizará muy cerca de la casa de mis abuelos, creo que ellos son, en realidad, la ciudad que llevo dentro; con sus historias aprendo de dónde vengo y el porqué de ciertas cosas, por ejemplo: mamá tiene los ojos azules por herencia de mi abuelo, quien nació en un lugar lleno de tierra, tanta que no se sabía si era parte de la ciudad o del Estado de México, es más, a nadie le importaba eso en aquellos tiempos. La única explicación que Jolalpan tenía para existir era contar cómo fue invadida por los franceses hace cientos de años, de ahí que mi abuela comienza la

perorata de que hasta los gatos tienes los ojos azules en ese pueblo.

Me encanta hablar con mi abuelo, es amante de la música tradicional mexicana, como yo, es un fanático de la guitarra de José Alfredo Jiménez y Javier Solís; al primer acorde, flexiona el brazo derecho para llevar su puño al borde de la barbilla, con el izquierdo, rodea su vientre, aprieta los labios en señal de quien disfruta algo muy sabroso y baila, lo hace con la espalda recta, con ese espíritu de torero que, a pesar de los años, le acompaña todavía; hombre fuerte, valiente, sin miedo de lo que pueda pasar, pero que con canciones como “El novillero” o “Serrana” que suenan al ritmo de “paso doble” se convierte en un joven romántico, como yo. Ya quiero verlo, proponerle ir al pueblo, llevo mi guitarra, sé que lo haré feliz si toco para él, en una de esas, nos ponemos más modernos con Los Panchos, Los Dandys, o Los Tres Ases; quiero imaginarlo de mi edad, partiendo plaza, gallardo, orgulloso y vestido de luces, fuerte, hombre de raíces en esta tierra sólo para valientes. Ahora es viejo, últimamente dedica la mayor parte de su tiempo a ver partidos de fútbol sentado en su silla favorita que está llena de cojines sosteniendo su espalda, pero... sé que ese hombre sigue ahí, lo puedo ver en sus ojos de tigre que me transmiten seguridad, me temo que en cuanto me vea llegar, me pedirá ayuda para anotar en sus incontables libretas color verde todos los marcadores de las jornadas futbolísticas, contaremos una y otra vez monedas antiguas rechinando la superficie de la mesa y, a cambio de mi ayuda, me dará una paleta de cajeta “Coronado”, como cuando era niño.

Es gracioso, voy pensando todo esto mientras espero la figura cuadrada y roja de mi maleta deslizarse por la banda de equipaje, no cabe duda de que sigo emocionado, ya quiero que se entere que hay bandas reinventando el bolero; “Daniel, me estás matando” es mi favorita y sé que le encantará cuando le muestre que hay nuevas formas de ser romántico y defender el bolero y toda la música que nos gusta a pura guitarra. Yo sé que entre los dos hay un pacto: él me enseña y yo a él.

Una vez me contó una historia que no deja de repetir cada vez que llego de vacaciones: “Había un ratón pequeño, apático, sin rumbo, con flojera, todo lo que pasaba a su alrededor lo afectaba, siempre confundido y temeroso de tomar decisiones. Pasaba la vida escuchando historias, reía sin sentirlo, viajaba por necesidad y trabajaba sin descanso, todo lo hacía mientras escuchaba programas de radio bajo la conducción de maravillosos ratoncitos músicos, científicos, artistas, abogados o simples ratones amantes de la vida y del amor que siempre tenían algo qué decir. Las canciones melancólicas eran sus preferidas porque lo convertían en víctima momentánea y esa sensación le fascinaba porque lo hacía sentirse vivo. En fin, él existía fuera de rumbo, distraído y sin propósito; tenía una amiga serpiente a la que asumía casi como su conciencia, los consejos que ella le daba le parecían geniales y divertidos; consistían en olvidarlo todo, no hacer caso de los ratones que amaba y mandar al diablo todo, incluso a los ratones que escuchaba en la radio. La serpiente elegía sus pasos sin que él lo advirtiera para llevarlo a su trampa y devorarlo. Las serpientes no pueden ser amigas de un ratón, la naturaleza de ambos no es igual: ‘Pequeño

ratón, no permitas que la serpiente elija tus pasos”’. A veces me pregunto si yo seré un ratón parecido: no escucho el radio, me gustan los *podcasts* y las canciones melancólicas, no sé cómo manejar mi vida y tengo dudas sobre por qué estoy a punto de ir a la universidad. No quiero equivocarme y necesito el consejo de mi abuelo, necesito que me diga que todo estará bien, aunque sería bueno repetir esos días en los que con sólo veinte pesos, unas papas compradas en la tiendita, dormir, ver televisión y sentirme amado a montones por él daban solución a mis problemas. Él me quiere como si todavía fuera pequeño y me encanta que esa forma de verme no se deteriore nunca, por más años que pasen.

Espero el taxi para ir a su casa, mi casa, bueno, la casa de todos. Apenas tocas el timbre y sale mi abuela con quinientas llaves en la mano, te abraza y grita de emoción, y se asoma la tía abuela Rosa que prefiere que la nombre sólo “tía” porque el “abuela” la avejenta. Respiro el aire de la ciudad y, sí, de aquí soy: el olor de la masa de gente moviéndose de un lado a otro, la cantidad incalculable de autos cuyos escapes aromatizan a combustible: huele a antropología, a gastronomía de banquetas con tortas de tamal. Estoy en el ombligo de la luna, en la mejor ciudad del mundo y qué mejor que aquí están ellos: mis abuelos. Le pido al taxista que me deje una calle antes, quiero caminar, ver los edificios como para creer que es cierto y que ya llegué: todo sigue igual, las noches siguen siendo anaranjadas por las luces de los camellones, me saluda “el Güero”, amigo de todas las generaciones de mi familia por vender tacos en la esquina, platico con él un momento para ponernos al día, “ya estás grande”,

me dice asombrado mientras me despacha mis taquitos al pastor y un “Boing” de mango. Como rápido porque ya quiero dar la sorpresa de mi llegada. Espero que mis primos contesten el mensaje que les acabo de enviar, a ver si pueden venir a saludarme.

La fachada de la casa sigue intacta, es de piedras de río y no le hace falta una sola, parece que es la única que no sufre cambios en esta familia. La puerta está abierta y me desconcierta no escuchar: “Ay, mijito, ¡cuánto has crecido!”, típico de mi abuela. Mis papás y mi hermano llegaron antes, seguro que fueron por pan, sí, eso debe ser. Cruzar el portón es viajar en el tiempo, veo a “la Nena”, la camioneta azul y vieja propiedad de mi abuelo, él asegura que, gracias a sus formas antiguas, en caso de un choque, no quedará como una lata de refresco retorcida y, ahí está, lo puedo ver por la ventana del comedor, fumándose su cigarrito y leyendo el periódico, me abraza y siento amor. Es increíble, se ve más joven, menos cansado, no se queja de nada, al contrario, podemos hablar fluidamente y le cuento de mis planes, de cómo va la preparatoria y un montón de cosas acerca de la carrera que elegí. No puedo contener la emoción y saco la guitarra, he estado preparando este momento desde que abordé el vuelo. La progresión de sol, sol sostenido y si bemol dan paso a “El novillero”, todo transcurre de acuerdo con el plan. Veo que sus ojos se humedecen, pero no llora porque es muy hombre. Hago que con mis canciones y con mis palabras imagine las calles que recorro junto a la tuna universitaria a la que pertenezco, jura que irá a donde yo esté para verme, aplaude y canta. La guitarra sigue cantando junto a mí, junto a los dos, ahora va la de “Diez

pasos hacia ti”, me dice que esos “arreglillos” hacen lucir el bolero más moderno, no obstante, se transportó a su época feliz, yo también lo estoy, nos abrazamos fuerte, hacemos planes. Tenemos un domingo increíble: él y yo hablando de hombre a hombre.

La voz de mamá entra por mi piel como un eco que sacude todo, no logro distinguir mi entorno, es difuso, parece que su voz destruye a mi abuelo, a su radio, a su periódico y hasta dispersa el humo del cigarro; otro escenario se apodera de mí, sólo hay tierra acumulada, flores, cruces salpicadas por una lluvia densa; es un terreno hostil a la vida y amigo de la muerte que no permite despedidas. La voz de mamá insiste: “Debemos irnos, hijo, tu abuelo ya no está aquí”.

Mi abuelo, ya no está conmigo. Estoy a diez pasos de su tumba.

La niña que inspiró a Víctor Hugo

Nicole Mendoza Mora

En primavera de 1885, a la edad de 83 años, el escritor Víctor Marie Hugo caminaba por las doradas calles de París rumbo al parque que se encontraba en los Campos Elíseos.

A Hugo le gustaba pasar sus tardes sentado en un banco con un libro en las manos observando a las familias y personas que llegaban después de haber pasado sus mañanas trabajando en sus muy variados oficios.

Más tarde, cuando Hugo había tomado la decisión de que ya era hora de volver a casa para escribir inspirado en lo que había visto en aquel parque, vio a una niña sentada en las raíces de un árbol tapándose los ojos y derramando lágrimas; poco a poco, se acercó a la niña para no asustarla y lentamente se sentó a su lado colocando sus rodillas hacia el cielo.

— Pequeña, ¿qué es lo que pasa?

La niña se secó rápidamente los ojos y levantó la vista para ver quién estaba detrás de la voz que había hablado unos segundos antes. Al ver al señor de gran barba blanca y traje negro que mostraba que era alguien de importancia, la niña volvió a taparse los ojos y se echó a llorar diciendo:

— Es María, María ha desaparecido.

— ¿Quién es María? —dijo Hugo de manera inmediata al escuchar lo que la niña había articulado.

— María es mi muñeca, pero también es mi mejor amiga, cada día venimos juntas al parque a jugar —la pequeña siguió llorando por su muñeca perdida mientras Hugo sólo procesaba lo que había escuchado e inmediatamente vino a él una idea que no sólo contentaría a la niña, sino que él podría transformar en una gran obra literaria.

— ¿Cómo te llamas, pequeña? —preguntó.

— Mi nombre es Olive.

— ¿Olive qué? —insistió Hugo.

— Olive Noël —dijo la niña.

— Pequeña Olive, escúchame detenidamente y no te vayas a distraer porque te voy a dar información que nadie, nadie más puede saber —le dijo a la pequeña niña con un tono de grave importancia y advertencia.

Olive levantó la vista y dejó de llorar repentinamente ya que su atención se enfocó a lo que el hombre estaba a punto de contar.

— Mi nombre es Víctor Hugo y soy director de la compañía de muñecas espías —fijó su mirada y vio cómo la pequeña se preguntaba a sí misma qué era lo que él quería decir.

— Yo conozco a tu muñeca y estoy contento de informarte que no está desaparecida, sino que partió en una misión muy importante para protegerte a ti, a tu familia, a Francia y posiblemente al mundo entero. María es una de las mejores muñecas que conozco y ella nunca te dejaría a menos de que fuera muy importante.

Olive se quedó sin habla tratando de comprender qué era lo que el hombre le quería decir, también quería saber cómo, mágicamente, el señor conocía a su muñeca y por qué ésta nunca le había dicho nada sobre que tenía que partir en una misión importante.

— Sé que sonará extraño pero mi trabajo es buscar a las pequeñas como tú y asegurarles que sus muñecas no las dejaron de querer. Tampoco creo que deberías estar llorando, a María se le rompería el corazón sólo de verte así de triste y querría volver de su trabajo; es por eso que te pido que seas lo más fuerte posible y resistas su lejanía, ya que ella te necesita para lograr su misión y volver lo antes posible.

La niña, que tan sólo tenía ocho años, se imaginó todo lo que el señor de barba le había dicho y se dio cuenta de que su historia tenía completo sentido con la personalidad de su muñeca, aunque aún dudaba de las palabras del extraño, por lo que preguntó lo que más deseaba saber:

— ¿Y qué es lo que está haciendo María en esa misión?

— No puedo contártelo porque ella aún no termina, alguien podría escucharnos y arruinarlo todo —le dijo susurrándole de cerca y mirando a sus alrededores para asegurarse de que la pequeña no tuviera más preguntas y se fuera tranquila a casa; sin embargo, ella sólo volvió a llorar haciendo a Hugo creer que únicamente era un loco tratando de contentar a una niña con historias desparrramadas.

— Pero no entiendo por qué tuvo que ser ella y no otra muñeca, ella es mi mejor amiga, lo hacemos todo juntas y,

cuando tengo miedo o no puedo dormir, me abraza y comienza a cantar —dijo la niña dejando a Hugo en blanco.

Pensó con rapidez y lo que le salió no le gustó tanto al principio, aunque, poco a poco, la idea se volvió el motor de su día.

— Entiendo que ustedes estaban juntas en todo momento y, aunque no puedo prometerle que volverá pronto, lo que puedo hacer es contarte las historias de sus misiones pasadas. Así podrás sentir como si ella estuviera contigo y podrás repasar las historias en tu mente cuando sientas miedo o quieras irte a dormir.

La pequeña Olive se levantó a darle el más grande de sus abrazos y luego volvió a sentarse abrazándose las piernas y mirando fijamente a los ojos del señor.

Es así como Víctor Hugo le contó la historia de la vez que María había salvado a Francia de la invasión de unos malignos piratas ingleses que viajaban en grandes barcos y con cientos de aves parlanchinas. El hombre siguió contando cómo llegaron y cómo la muñeca los enfrentó con gran valentía.

Al final, María salió victoriosa y, unos segundos después de haber terminado esa historia, la madre de María decidió que era hora de irse a casa.

Víctor se levantó para también dirigirse a casa cuando la niña le preguntó si lo volvería a ver al siguiente día, ella esperaba que pudiera contarle más de las aventuras de su muñeca. Él se quedó helado ya que no había pensado en que eso pasara a ser algo más de esa tarde, pero, aunque pudo haber fácilmente dicho sí y después no volver, se dio cuenta de que nadie lo había obligado a llenar a esa pequeña de historias, así asintió y le dijo:

— Yo regresaré mañana para contarte sobre tu muñeca, siempre y cuando no vuelvas a llorar por ella y la distraigas con eso de su misión.

Olive sólo le dio el más tierno de los abrazos y salió corriendo en dirección a su mamá; llegó el siguiente día y, al dar la tarde, Víctor Hugo se dirigió al parque en donde encontró a Olive y le contó la historia sobre cómo, una vez, María viajó sobre un camello por todo Egipto.

Los días pasaron y nuevas historias se iban contando. Para Víctor, Olive se volvió una inspiración, ya que siempre le preguntaba más y más sobre cada misión de María y, al final, le decía lo mucho que quería crecer para volverse espía y, así, poder viajar y salvar el mundo, como su muñeca lo había hecho.

Cientos de historias se crearon sobre cómo María había ayudado a la Revolución Francesa: la vez en que la muñeca peleó contra una momia en Egipto; cómo una vez tomó té con la reina de Inglaterra; y cuando María había viajado a México para encontrar a una mujer que les lloraba todas las noches a sus hijos perdidos. Los días pasaron y las historias fueron cambiando.

El 22 de mayo de 1883, Víctor asistió a su reunión diaria con la pequeña Olive y encontró a la niña con una muñeca en brazos corriendo hacia él.

— ¡María ha vuelto! ¡María ha vuelto! —gritó ella.

Sorprendido por la noticia, Hugo sólo pudo notar la decepción que le invadía el saber que ella ya no lo necesitaría para contarle sus maravillosas historias; se quedó para pasar la tarde escuchando a la niña contar cómo había encontrado a María escondida al fondo de su clóset y cómo habían pasado horas hablando sobre la misión

a la que la muñeca había ido; la gran misión resultó ser un viaje a Lille en el norte de Francia, en donde tuvo que calmar una disputa entre franceses y belgas.

Una vez que el sol comenzó a descender, Víctor Hugo se despidió abrazando a la niña y diciéndole que era probable que no volviera en un tiempo, ya que tenía que encargarse de la dueña de otra muñeca al sur de Francia.

De camino a su casa, Víctor no dejaba de repasar en su mente cada historia que le contó a Olive sobre María y cómo, después de mucho tiempo, volvió a sentir la felicidad plena, las ganas de escribir y lo puro de la inocencia.

Ese mismo día en la noche, Víctor Hugo falleció dejando un gran pesar en el pueblo francés y en la niña que, años más tarde, encontró un periódico con la noticia que contenía una foto del famoso autor que tiempo atrás fue el director de una compañía secreta de muñecas espías y un gran amigo que iba todos los días a contarle historias sobre su muñeca desaparecida.

El poema de Stinney

Karen Hernández González

En la vida existen dos tipos de personas: aquellas que viven fantaseando, pensando que las cosas suelen pasar porque están simplemente destinadas a pasar; que creen que el universo o Dios, o quien sea en lo que crean, que tiene un propósito de vida para ellos y nunca dudarán porque así será. Luego, están aquellos que se encuentran anclados en la realidad, aquellos que viven cargando el peso de sus vidas día con día, trabajando con el sólo fin de lograr su versión de lo que consideran “la felicidad”.

Yo solía ser de los primeros. Mientras que impartiera bondad, mi destino sería placentero, tendría todo lo que quisiera porque sería bueno, lo que no tiene nada de malo. Conozco mucha gente que utiliza esta misma ideología para sobrevivir, mi madre lo hace. Ella es una mujer con un corazón lleno de amor. Solía leerme todas las noches cuentos de fantasía y saludaba a todas las personas de la iglesia el domingo por la mañana. Cuando las personas le pedían su atención, ella la entregaba completamente, aunque a veces esto no era del todo bueno; era buena con todos los vecinos y en su trabajo era la mejor de todas las sirvientas.

Igual amo a mi papá, él es el que me enseñó mucho de lo que ahora sé. Solía obligarme a leer libros y que después le hiciera resúmenes, creo que eso me ayudó a que me gustara la lectura. Mi hermana es Rosa, como la flor. Tiene la mitad de mi edad y es la consentida de la casa. Y estoy yo, George Stinney, un niño negro que vivía en los barrios del sur en Clarendon con mi mamá, papá, Rosita y mi abuelo Joe con el que casi nunca conviví y, cuando me hablaba, era sólo para que le pasara una almohada o la mayonesa.

Todo eso cambió tan pronto como empezaron las vacaciones de verano. Exactamente el 26 de agosto de 1944, a sólo días de mi cumpleaños número diez, unos hombres uniformados llegaron a mi casa. Después de hablar algunas horas con mis papás, me llevaron con ellos. Cuando volteé a ver a mi familia estaban tristes. Mi madre se cubría el rostro con las manos mientras sollozaba y mi padre la abrazaba fuertemente y yo no entendía por qué. Dimos un paseo por la ciudad como quince minutos hasta llegar a mi estadía, eso me dijo uno de los hombres de azul. Cuando le pregunté qué era una estadía, me dijo que era una especie de hotel. Según lo que había visto en televisión, los hoteles son lugares en los cuales te quedas un tiempo cuando te vas de vacaciones y cuentan con albercas y *spas*. Yo no salía de vacaciones.

Cuando llegué a aquella estadía, me di cuenta de que la televisión realmente miente pues aquél era un lugar muy descuidado y de tonos muy apagados, pero no dije nada. Mi papá solía decirme que a los hombres de uniforme azul hay que tratarlos con extremo respeto, ya que cosas malas pueden pasar.

Después de un tiempo, me dieron un pijama algo grande para mí y procedieron a llevarme a lo que era mi habitación, ésta, al igual que toda la estadía, tenía colores muy apagados y era muy simple: sólo había una cama, un inodoro y un lavamanos. Decidí tenderme en mi cama y me imaginé qué estaría haciendo Charlie en esos momentos. Ah, Charlie es mi novia y es un poco más grande que yo. La conocí hace seis meses cuando fui al trabajo de mi mamá a ayudarle y, aunque en realidad todavía no le pido que sea mi novia, yo sé que nuestro destino fue siempre conocernos y amarnos hasta la muerte. Mi mamá trabajaba para la señora Robinson, una mujer blanca cuyos únicos problemas eran organizar un comité de madres y usar sus perlas blancas, y Charlie era su hija. Me encantaba pasar tiempo con ella porque no era como el resto de las niñas blancas con las que había hablado. Ella me trataba como otro amigo suyo más, aparte de que era sumamente inteligente y fuerte. Recuerdo una vez en que el niño blanco que vivía enfrente, llamado Jaxon, que solía molestarla porque sus juguetes eran mejores, Charlie le aventó uno de sus juguetes directo a la cara, esto causó que empezara a llorar de manera tan irritante que su hermano tuvo que ir a buscarlo.

Una fuerte alarma me sacó de mis pensamientos y me regresó a mi realidad, la puerta de mi habitación se abrió de golpe, me asomé y vi a varias personas salir de sus habitaciones: era hora de comer. Bajé torpemente las escaleras y observé el comedor; éste no era un lugar grande, las mesas eran simples y de metal con sillas pegadas al suelo. La comida era vasta para la cantidad de gente que había, aunque veía que solían servirles muy poco, en mi

opinión. Me formé en la fila y cogí una bandeja. La mujer que me sirvió parecía no haber dormido en días, parecía harta, como si estuviera enojada con la vida. Entré al comedor, había mucha gente ahí, y lo más curioso era que la mujer despreciaba a los niños del comedor, además, todos los que se encontraban ahí eran hombres; y no es que tenga algo contra ellos, sólo lo describo en general.

Cuando procedí a sentarme, vi a un hombre sentado enfrente de mí que parecía más concentrado en su libro que en cualquier otra cosa. Tenía una bandeja entera delante y aun así prefería leer su libro.

— ¿Te vas a comer eso? —le pregunté al hombre. Él, sin siquiera despegar los ojos del libro, arrastró la bandeja hacia mí. Yo la tomé y la junté con la mía. Observaba al hombre y decidí hablarle—. ¿Qué lees? —le dije con amabilidad, y el hombre, sin quitar sus ojos del libro, me dijo:

— Un libro —yo asentí con la cabeza y fui a depositar la bandeja en su lugar; cuando regresé, intenté nuevamente hablar con el hombre.

— ¿Sabes si aquí hay un *spa*? —y el hombre, después de mucho tiempo, quitó la mirada del libro para voltear a verme y, con una sonrisa en el rostro, me respondió:

— No abren los martes.

— Ah —dije sin mucho entusiasmo—, ¿cuál es tu nombre?

— Mr. Tate y háblame de usted.

— ¿Está usted aquí por negocios, señor Tate? —después de la carcajada que soltó, se contuvo y me volvió a contestar.

— Digamos que estoy de vacaciones.

— Entiendo, ¿y cuándo va a regresar?

— Es un tiempo indefinido. ¿Tú que haces aquí, Scout?

— Mi nombre es George Stinney y sinceramente no lo sé —después de que contestara a su pregunta, se puso serio y subiendo el libro a su mirada regresó a su lectura.

— ¿Qué es lo que lee? —pregunté volviendo a crear el hilo de la conversación.

— No lo entenderías, Scout.

— Mi nombre es George y ¿por qué no lo entendería, sí sé leer?

— Es compleja mi lectura.

— ¿Usted es como el señor Grayson?

El señor Grayson era un hombre que vivía por nuestra casa, a unas calles atrás. Era muy inteligente y una persona profunda. Mi papá decía que las lecturas que leía normalmente eran complejas para el entendimiento civil ya que él era un abogado y debía entender textos complejos.

— ¿El señor Grayson?

— Sí, él es abogado.

— No, yo soy maestro —solté una pequeña carcajada pero, al parecer, al señor Tate no le pareció muy gracioso.

— Los hombres no son maestros —dije con una sonrisa en mi rostro.

— Por supuesto que lo son. No porque hayas visto poco significa que no exista algo más.

— Mi papá dice que las únicas carreras de hombre son el derecho, la salud y las ciencias.

— Tu papá está equivocado, Scout. Verás, la sociedad se rige en muchas más ramas que éstas; si no hubie-

ra profesores, ¿cómo podría haber abogados, doctores o científicos? Todas las profesiones tienen una finalidad.

Me empezó a molestar un poco la vista del señor Tate y, a la vez, me intrigaban sus ideas. Era cierto que jamás había escuchado que un hombre fuera maestro, pero también lo único que conocía era a los vecinos y la religión católica.

— Supongo —dije sin saber qué más decirle.

El señor Tate una vez más regresó a su lectura y yo ya no sabía qué más decir, así que no dije nada y me mantuve callado el resto del tiempo.

La alarma volvió a sonar y las personas comenzaron a levantarse y a regresar a sus habitaciones. El señor Tate se levantó y cerró su libro.

— Nos vemos, Scout, espero puedas salir de aquí.

— Adiós, señor Tate.

El señor Tate había sido la única persona con la que había hablado desde que había llegado aquí, además del hombre de azul que me dijo que todo esto era temporal. Había notado un par de cosas desde que había llegado a esa estancia pero, la verdad, no me importaban mucho, sólo quería una pluma y un papel para escribirle a Charlie.

— Disculpa, ¿tienes lápiz y papel? —le dije al hombre de azul que se encontraba afuera de mi habitación. El hombre, sin ponerme mucha atención, se fue. Pasaron unos minutos y regresó con un lápiz y un cuaderno amarillo y simplemente estiró sus manos y, sin rebasar la puerta, me los entregó. Sin decir nada los tomé y comencé a escribir. La verdad, no soy mucho de escribir poemas, pero aquella vez me sentía inspirado.

Hola, Charlie, he pensado últimamente en nosotros y escribí esto para ti:

Aquel día pensé en ti, en tus ojos color miel, el dolor de separarte de mí y los lunares de tu piel. Ayer tenía diez y una espada de madera. Con crayones de cera, un poema te escriba tal vez. Hoy visto de seda con perlas de marfil, mis manos aún esperan una respuesta o un sí. Mañana no lo sé, alguien más fuerte tal vez, comprensivo y justiciero y todo porque te quiero.

Pero no la mandé porque sé que mandarla implicaría que mis sentimientos iban a quedar revelados y, aunque era algo que quería, también era algo que debía hacer en persona. Así que la guardé y me dispuse a entregársela después de que fuéramos novios. La noche caía y fui directo a la cama. El lugar no parecía tan mal al final, me daban de comer, me daban mi propia habitación, tenían *spas*. Así que las cosas iban bien.

Al otro día no pude creer a quién me encontré, era el señor Grayson que estaba llenando unos papeles. Cuando lo reconocí, fue directamente hacia mí:

— George, ¿cómo has estado? —me preguntó no muy contento, como si no le diera gusto verme.

— Muy bien, señor Grayson.

— ¿Has hecho amigos?

— Hice uno, es el señor Tate, es ése de ahí —señalé al señor Tate, quien se encontraba en el comedor leyendo un libro.

— Qué bueno.

—Y, ¿qué hace usted aquí?

— Vine a visitarte, para ver cómo estabas.

— ¿Ha venido con mis padres?

— No, ellos no han podido venir.

— Ah, ¿y sabe cuándo podré regresar?

— Es lo que estoy tratando de saber, pero para eso necesito hacerte algunas preguntas: ¿cuándo fue la última vez que hablaste con Charlotte Anne Robinson?

— ¿Con Charlie? Unas semanas antes de mi cumpleaños.

— ¿Y de qué hablaron?

— Pues le iba a confesar que me gustaba, pero estaba muy triste por algo que le había pasado.

— ¿Qué era lo que le había pasado?

— No quiso decirme, pero, siendo sincero, me asustó un poco, pues ella no es de las que lloran. ¿Está todo bien?

— No quiero que te preocupes George, los temas como el homicidio no son algo por lo que te tengas que preocupar y, descuida, que yo te saco de aquí.

No supe qué responder, no entendía qué estaba sucediendo, ¿por qué el señor Grayson me hacía preguntas sobre Charlie?, ¿cómo me va a sacar y de dónde? y, ¿qué es homicidio? El señor Grayson tomó los papeles que tenía sobre la mesa y los metió a su maletín. Después de despedirse, se marchó.

Habían pasado ya varios días desde que había entrado ahí, no había podido escribir porque había estado mucho con el señor Tate. Él me pasaba los que, según él, eran “los libros memorables de leer” y debo decir que no estaban tan mal, algunos de ellos habían estado muy bien y, a veces, solíamos discutir acerca de cuáles eran los mejores personajes. El señor Tate, aunque en ocasiones parecía frío, era una persona muy buena y en esos días había logrado

conocerle mejor; por ejemplo, tenía dos hijas que vivían en Arizona con su esposa; les enseñaba a niños de color a leer y escribir y le fascinaba su trabajo y adoraba a su familia. Aunque a veces se ponía triste porque no los podía ver, pero nunca quería contarme la razón por la que no podía.

Cuando lo vi en la cafetería, aproveché la oportunidad para conseguir respuestas.

— ¿Le puedo preguntar algo? —le dije sin siquiera saludar.

— Dime, Scout —dijo con el libro enfrente de su cara.

— ¿Qué es homicidio? —el señor Tate se puso serio mientras ponía el libro abajo.

— ¿Por qué quieres saber eso?

— Me intriga, estaba en uno de los libros —le dije mintiéndole y sintiéndome mal por hacerlo.

— Significa matar —dijo el señor Tate. No podía comprender lo que me decía, ¿sería acaso que...?

— Oye —me dijo sacándome de mis pensamientos—, ¿qué te sucede hoy?

— Nada —le dije a punto de soltar una lágrima.

Terminó la hora de comer y la alarma volvió a sonar, así que regresé a mi habitación. Un millón de pensamientos pasaban por mi cabeza y sentía punzadas. Tenía que asegurarme de que todo estuviera bien, así que saqué el lápiz y, al reverso del poema, escribí:

Charlie

Necesito saber de ti y te aseguro que, cuando vaya, nos iremos muy lejos y dejaremos atrás nuestras vidas, sólo necesito que me digas que estás ahí.

Siempre tuyo, George.

— ¿Podrías enviar esto por mí? —le dije al hombre de azul que estaba afuera de mi puerta. Él, sin responder nada, agarró el papel.

Traté de no pensar mucho en ello, podía ser que, en realidad, todo hubiera sido una confusión, así que traté de distraerme un poco. No pasó mucho tiempo cuando el hombre de azul tocó a mi puerta diciéndome que tenía una visita. No podía imaginarme quién era, pero rezaba con fuerzas para que fueran mis padres. El hombre de azul me llevó a una habitación en donde había unas mesas de cemento y me dejó esperando. Mi sorpresa llegó cuando vi quién era la persona que me estaba esperando: Alex, el hermano mayor de Jaxon.

— George, tiempo sin verte —me dijo extrañamente con una sonrisa en su rostro.

— Hola, Alex —dije yo sin ánimos.

— ¿Acaso no estás contento de verme? Supongo que no has recibido muchas visitas.

— La verdad es que no, ¿puedo preguntar qué haces aquí?

— ¿Qué?, ¿así tratas a todos tus amigos? —su respuesta no pudo haberme confundido más.

— ¿Amigos?

— Claro, somos amigos, George. Gracias a ti se evitaron muchos problemas con Jaxon y mi papá.

— Gracias por eso, amigo —sentí muy extraño llamarlo así, ya que las veces que convivimos eran sólo para que se llevara a Jaxon del porche de Charlie.

Continuamos hablando por un tiempo hasta que decidió que era momento de irse. Yo regresé de nuevo a mi habitación con el pensamiento de que Alex era mi amigo.

Era extraño, la verdad es que Charlie era la única amiga blanca que tenía, se sentía muy bien tener a alguien más.

De regreso a la cafetería, me volví a encontrar con el señor Tate que, para ser sincero, se veía un poco más amargado de lo normal.

— Hola, señor Tate.

— Scout —me dijo sin despegar sus ojos y moviendo con el tenedor la comida, pero no comía nada. Estuvimos un tiempo en un silencio total hasta que el señor Tate volvió a hablar.

— Scout, ¿sabes por qué no puedo regresar con mi familia?

— La verdad es que no lo sé, señor Tate.

— No estoy de vacaciones Scout, hice algunas acciones de las cuales no me arrepiento pero que lamentablemente me dejaron varado en este lugar. Las personas que están aquí se encuentran prisioneras, sin poder salir y sin ver a sus familias.

Era muy fuerte asimilar todo lo que me decía el señor Tate. Muchas dudas surgían en mi cabeza y trataba de acomodarlas todas, pero no sabía cómo contestar a eso.

— ¿Por qué me dice todo esto?

— Porque estoy aquí por una razón, me trajeron aquí por la fuerza, igual que al resto. Entonces, dime, ¿qué haces tú aquí?

— Ya le he dicho que no lo sé, ¿está diciendo que yo lo hice?, ¿qué yo lastimé a Charlie?

— Estoy diciendo que te tendieron una trampa, Scout.

Las palabras del señor Tate me atravesaron completamente. Alguien debió equivocarse de persona, yo no

había hecho nada. Mi respiración se hizo aún más fuerte y las ideas comenzaron a surgir en mi mente. Si el señor Tate llevaba ahí cinco años, ¿cuántos años estaría yo? El señor Tate comenzó a notar mi preocupación.

— Scout... —me dijo como si tuviera alguna otra cosa que decirme.

— Me tengo que ir —le dije y rápidamente salí del comedor y me dirigí directamente a mi habitación. Arranqué un pedazo de papel de uno de los libros del señor Tate y volví a escribirle a Charlie, pero comenzaba a perder la esperanza, ya que no me había contestado. No creía nada de eso de que ella estuviera... no, no era verdad. Si fuera verdad, yo no estaría ahí, ¿no es así? Continué dándole vueltas al asunto hasta el punto de quedarme dormido. Desperté con un ruido muy fuerte y, cuando me paré, vi al hombre de azul que estaba golpeando a la puerta, después me dijo:

— Tienes una carta.

Salí corriendo a recibir la carta y, después de agarrarla, regresé a la cama y la comencé a leer:

Hay una casa allá por el río con pisos de madera y muebles viejos. Sobre el estante el recuerdo del ayer y las memorias de verano. Justamente cerca de las injusticias y falsedad se encuentra mi presente que se muestra antes de escribirlo con palabras borradas y tachones. En la puerta se encuentra mi esperanza lejana y semiabierta, tres pasos hacia ella o tres para atrás. Mi fracaso la cierra por completo, encerrado en mentiras. El río no se ve tan grande sino amplio y poderoso, al igual que mi miedo.

*Espero algún día lejano nos volvamos a encontrar, Scout
Firma, Harold Thomas Tate*

No supe por qué el señor Tate me escribía una carta hasta que llegué al comedor. Bajé las escaleras dirigiéndome hacia el lugar en donde el señor Tate y yo desayunábamos todos los días, pero él no estaba ahí. Fue entonces que choqué con el señor Grayson.

— George, qué bueno que te encuentro. Necesito que vengas conmigo.

— Señor Grayson, estoy ocupado ahora, no encuentro a mi amigo.

— Será mejor que vengas conmigo —el señor Grayson hizo mucho énfasis en las palabras que dijo e incluso llegó a asustarme, así que decidí ir con él.

Fuimos a una habitación que estaba repleta de hombres con trajes de todos los colores. Aquella sala era muy grande, con pisos de madera y muchas sillas. El señor Grayson y yo decidimos sentarnos hasta adelante. Pasaron varios minutos y entró en la sala un hombre con una túnica. Debió ser alguien importante ya que todos se pararon cuando él entró.

— Siéntense —dijo el hombre de la túnica.

— Hoy, 18 de junio, abrimos el caso del homicidio de Charlotte Anne Robinson. Señor Grayson, adelante.

— Muchas gracias, señoría. Quisiera empezar a explicar las pruebas ya que, según los estudios forenses, el arma homicida fue una viga que tenía un peso de veinte kilogramos que coincidió con las marcas en el cuerpo y remarcan que la víctima fue brutalmente atacada, algo que mi cliente no podría haber logrado con respecto a sus características físicas. Esto nos indica que el responsable de tal acción debió ser alguien con gran fuerza, un adulto que, con respecto a las pruebas, me atrevería

a decir que tendrá entre cuarenta y sesenta años y con posible sobrepeso.

Más hombres continuaron hablando acerca de elementos que desconocía. Tomé tiempo para observar a la gente que se encontraba detrás de mí. En donde estaba la gente de color pude reconocer a algunas personas, como la señora Grey, quien iba a la misma iglesia que nosotros, pero no logré encontrar a mi familia. Del otro lado se encontraba la señora Robinson con un pañuelo en la mano que no separaba de su rostro. Esto me aclaró todo: Charlie, en serio, estaba muerta.

Cuando salí brevemente de mis pensamientos me di cuenta de que Alex había entrado a la sala y se sentó junto al hombre de la túnica.

— Puede iniciar, señor O’Neil —comentó uno de los hombres de traje que parecía muy confiado en sus palabras. Aunque no tanto como el señor Grayson.

— Yo lo vi todo, no había querido declarar antes porque aún sentía temor —dijo Alex con la mirada en el piso.

— ¿Podría señalar al culpable? —Alex levantó la cabeza y empezó a mirar hacia los lados. Fue después cuando levantó la mano en mi dirección y me apuntó con el dedo. Un largo suspiro por parte de la gente se oyó. Yo no podía creer lo que estaba pasando. Alex me estaba inculcando a mí que era su amigo, ¿cómo podía traicionarme así?

— ¡No es cierto!, ¡está mintiendo! —dije levantándome de mi silla rápidamente y, entonces, el señor Grayson me agarró de los hombros y me obligó a volverme a sentar.

— ¡Orden! —gritó el hombre de la túnica.

— Es verdad, yo lo vi. Siempre era muy extraño que el niño se la pasara todo el tiempo con Charlie y no le dejaba que jugara con los otros niños. Esa tarde lo vi agarrar una viga y matar a la niña —dijo Alex.

Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos. Jamás me había sentido tan traicionado y, hasta ese momento, no había pensado en los hechos: Charlie estaba muerta y nada ni nadie en el mundo podría hacer que las cosas volvieran a ser como eran antes. En ese momento, decidí cerrar los ojos y recordar mi vida antes de todo esto, antes de su fin.

Recordé muy bien un día de verano cuando mi mamá me llevó a trabajar con ella. Charlie estaba viendo por la ventana y la saqué de sus pensamientos cuando entré.

— ¿Qué es lo que miras?

— La casa de los O'Neil.

— ¿Qué tiene de interesante?

— ¿No te parece raro que la señora O'Neil nunca haya salido de la casa?

— Puede que ya haya muerto.

— O puede que el señor O'Neil la haya matado —dijo extrañamente con una sonrisa.

— No digas tonterías, el señor O'Neil no mataría ni a una mosca.

— Pero, ¿qué dices?, si es un hombre sumamente extraño, ¿no has notado cómo suele salir casualmente cuando estamos jugando?

— Seguramente es para que no molestemos a Jaxon.

— Pues di lo que quieras, pero yo creo que el señor O'Neil tiene un secreto oscuro.

Volví a abrir a los ojos y estuve de regreso en esa sala, esa maldita sala. Varias personas habían subido y bajado, otras varias habían hablado. Los hombres de traje se ajustaban las corbatas y recolectaban los papeles, la gente de atrás empezaba a hablar a cuchicheos. Mi mirada viajaba de un lado a otro cuando vi a Alex hablando con la madre de Charlie, parecía que se compadecía de ella. Después de terminar de hablar con ella, Alex fue con el señor O'Neil, quien hablaba muy secretamente con Alex. Era cierto lo que decía Charlie, aquél era un hombre muy espeluznante, sus kilos de más eran notorios y se veía grande y fuerte, sin duda era muy extraño. Las puertas se azotaron y por ellas entraron varios hombres con documentos en sus manos, los que después le pasaron al hombre de la túnica.

— Al presente George Junius Stinney Jr., conforme al caso del homicidio de Charlotte Anne Robinson, se le declara culpable de todo cargo con una sentencia de pena de muerte —entonces, con el pequeño martillo de madera en sus manos, el hombre de túnica dio dos golpes sobre la superficie, también de madera.

La verdad es que no tenía más qué hacer, mis planes fueron cambiados tan repentinamente que no recuerdo haber parpadeado hasta entonces. Para mi familia, lamentaba que tuvieran que ahogarse en un crimen que no cometieron. Esperaba que Dios tuviera misericordia de mí porque ellos no lo tuvieron. Al salir de la sala, noté las miradas de la gente, algunas de alivio y otras de miedo, pero hubo una mirada que se clavó en mí más que las otras: era el señor O'Neil, que tenía una sonrisa macabra que mostraba mientras caminaba. Alex pasaba al lado mío y depositaba una nota en el pantalón.

Me llevaron a otra sala; al verla, me habría gustado mejor regresar a la que estaba antes. Había una caja de madera en donde parecía que se encontraban mis pertenencias; dentro pude encontrar las cartas que le hice a Charlie y el libro del señor Tate, pero no era el que me había regalado, sino el suyo. Los hombres empezaron a atar mis tobillos a la silla y tuvieron que esforzarse un poco más porque mis piernas eran muy cortas. Mientras procedían a hacerlo, entre lágrimas y sollozos, saqué la nota que Alex me había dejado: “*Lo siento, hice lo necesario para proteger a mi familia, por ellos hacemos todo. Tú lo entiendes, ¿no es así?*”

Murales

Hansel Jared Villeda Velasco

Los postes de luz parecen un campamento de estrellas cuando se les ve desde arriba, las verdaderas estrellas están enterradas por un mar de humo, ya nadie las recuerda o las extraña. Los campamentos de estrellas alumbraban las calles rotas y cuarteadas de la ciudad con las fachadas sucias y descoloridas, con las casas cubiertas de algo que era pintura y con sus drenajes tapados y salidos como venas abiertas supurando pus.

No crece ninguna flor por este lugar, pareciera que no hay vida, aquí no existe el sonido del viento. Sólo una presencia se hacía notar entre los colores y las grietas insípidas de las calles: un mural rosa. La pintura estaba pintada al fondo de una calle muerta junto a un altar de la virgen de Guadalupe. Luces navideñas y colores adornaban el altar e iluminaban con un poste de luz amarilla al mural, su color tenía tanta vida que las otras paredes acaparaban un poco de luz para hacerse presentes o para no morir de olvido.

Una niña andaba pintada en medio de un rosa mexicano que contrastaba con su piel morena envuelta en su vestido negro cubierto con pétalos rosas; su cabello lacio y castaño se escondía tras su espalda y caía como casca-

das de chocolate, mientras que en sus manos sostenía un machete manchado con sangre blanca que parecía estar fresca; en su rostro brillaban dos perlas de jade escondidas detrás de una máscara de piedras opacas color verde; tenía una silueta femenina y labios rojos cereza que te besaban y chupaban el alma. Los ojos verdes y la piel morena se comían toda la luz amarilla que les caía encima, el banquete de luz les encantaba y no le dejaban comer a las otras paredes que andaban ya todas flacas y rotas.

Otro par de gemas verdes veían el mural con curiosidad e impresión, estaban en una de las ventanas sucias de la calle, atentas al mural, parecía que se comerían esos colores hasta dejar aquella pared insípida como las demás. Las gemas eran de una niña morena de cabello castaño, de carita rebelde y curiosa. Sin embargo, su mirada no expresaba lo mismo, sus ojos verdes se esmeraban en quitarle todo color al mural, pero no se fijaba en el trasfondo rosa, ni en las cascadas doradas del poste, tenía su mirada fija en las esmeraldas verdes que estaban detrás de la máscara opaca.

Una patrulla pasó de improviso y su estruendoso sonido perturbó a la niña e hizo que quitara su mirada de la pintura; se recostó en su cama, escondió su cuerpo debajo de las cobijas y se quedó mirando la oscuridad de su cuarto: no tenía colores, no tenía formas y ni siquiera había sombras que se movieran por la habitación. Todo era un nido vacío y muerto, incluso ella.

Sus ojos sedientos no aguantaron la tentación de los colores, así que se volvieron a asomar por la ventana para comer más color; sus ojos seguían siendo de piedra y miraban con desprecio al mural, y éste le respondió con una

mirada igual. La oscuridad de la máscara y el brillo de las gemas perforaban los ojos de la niña hasta hacer que el pavor se apoderara de ella. Se escondió bajo sus cobijas, abrazó sus piernas y trató de no llorar. Crujían las paredes agrietadas y las puertas despostilladas de los muebles; las sombras tuvieron miedo y se escaparon como ráfagas de viento que tronaban los vidrios sin romperlos y de las grietas no entraba más que el frío que helaba cada pelo y pedazo de piel de la niña.

La niña no soportó el ambiente, sus ojos se rompieron y comenzó a llorar; sus lágrimas corrían sobre su rostro y sobre sus piernas, mientras que un pequeño susurro de miedo salía de sus labios. Sollozaba, no quería ver de nuevo una luz que viniera de afuera y sus deseos se cumplieron. Sus lágrimas eran de luz blanca, todos los colores que se habían robado sus ojos ahora se habían unido en una luz brillante que tenía forma: pequeños seres corrían de los ojos de la niña hasta juntarse enfrente de ella. Aquellos eran seres del tamaño de una gota de lluvia y brillaban como un poste de luz blanca, sólo tenían un pequeño cuerpecito y un sol blanco como cabeza.

Cuando la niña dejó de llorar, se percató de la luz detrás de sus ojos cerrados, la luz blanca de ese ser empachaba sus ojos hambrientos y le embobaba la cara; su corazón latió más lento y sus respiros se volvieron suaves mientras una última lágrima se cayó de uno de sus ojos y corrió hacia aquel ser con cabeza de sol. Aquel pequeño ser metió entre sus brazos, se acurrucó sobre su pecho y la abrazó. Ella aún seguía perdida en su brillo, pero poco después reaccionó y lo abrazó con la misma calidez y gratitud; su cuerpo se sentía cálido y suave, más suave

que cualquier algodón o tela que hubiera tocado, su luz envolvía su piel morena, incluso las grietas parecían cerrarse y la calma reinaba en la oscuridad. La niña era la primera en abrazar a la luz, sólo sus ojos de jade sentirán lo que es comer de la verdadera luz. Todos los ruidos se habían callado y la habitación tenía color y calma. A la niña le entró sueño y sus ojos decidieron que ya habían comido mucho, así que se cerraron.

De las grietas volvió a entrar el frío y los muebles parecían empezar a despertar. Las sombras regresaban a la habitación y tronaban; los vidrios con sus aires y las paredes de la habitación ya no tenían más color con qué alumbrarse, y la niña tampoco. Cuando despertó por el frío, creyó que aún tenía los ojos cerrados, trató de cerrar y abrir los ojos de nuevo, pero ya no había luz. Revisó sus brazos y el ser ya no estaba con ella, se había esfumado mientras dormía, afuera todavía era de noche y la oscuridad reinaba todo de nuevo.

Se volvió a esconder en su cama, pero ya no podía estar tranquila sin su sol, añoraba su brillo y su calor; su piel sudaba por todos lados y el frío aprovechaba para penetrar en ella hasta que no pudiera moverse pero, aún con el frío en su cuerpo, siguió adelante. Bajó de su cama con cuidado y se puso de pie, observó el dominio de la oscuridad sobre la habitación, su conquista era soberbia, pero en el piso había una breve resistencia. Había manchas blancas, blancas como aquel ser de luz; apenas eran puntitos, pero se movían hacia el pasillo de la casa. Unos crujidos en las tablas del pasillo alertaron a la niña por lo que decidió dirigirse, poco a poco, hacia el pasillo.

Abrió la puerta de su cuarto, asomó la cabeza al pasillo, vio que no había nadie y las manchas se dirigían hasta lo profundo de él hasta llegar a la puerta de la casa. Salió del cuarto y, con la piel muerta, caminó por los puntitos brillantes; tuvo sumo cuidado, ya que podía despertar a sus padres. Los puntitos, poco a poco, se hacían más grandes y brillantes conforme avanzaba a la puerta, sólo sus ojos de gema podían distinguir aquel blanco, sabía que era de él. Llegó a la sala en donde estaba la puerta y vio que las manchas seguían tras ella, revisó la cerradura y estaba abierta, su piel se erizó, su padre siempre cerraba la puerta con seguro.

La niña se sentó un momento en el suelo segura de que el color era de ese ser y no podía ser ningún otro color. Recordó el calor de aquella luz al tocar uno de los puntitos, no podía dejarlo ir. Se puso de pie, limpió su rostro y trató de respirar más lento. Sabía que no podía dejarlo, tomó la cerradura y la abrió lentamente, el aire empezó a entrar muy rápido en la casa y, sin pensarlo, salió. Poco a poco, cerró la puerta para no despertar a sus padres, las manchas bajaban las escaleras de caracol hasta llegar al pasillo de abajo que daba a la calle. Lentamente bajó las escaleras hasta llegar al pasillo, los puntitos se volvieron charcos más y más grandes conforme iba avanzando.

La piel de la niña temblaba, había ruidos alrededor que acariciaban sus oídos como lenguas: sus pies fríos andaban lentamente sobre el pavimento, estaban despistados y, a veces, pisaban en lugares sucios. No quería llegar al pasillo con luz, sabía que alguien estaba allí, pero sus pies no se detuvieron. Antes de dar el último paso

para adentrarse a la luz, su cuerpo se detuvo. Temblaba del miedo y del frío que la atravesaban indiferentes; ni el miedo ni el frío discriminan al entrar en los cuerpos y los atraviesan como si no existieran.

Un charco de luz enorme se reflejó en sus ojos, era la luz de aquel ser, ella lo sabía mejor que nadie, estaba allá afuera y debía encontrarlo; su pie pudo moverse, dio un último paso y entró al pasillo con luz.

Un lago de luz inundaba toda la calle, su brillo era tan fuerte que las paredes recuperaron sus verdaderos colores, se comían cada rayo de luz que salía del lago hasta dejarlo seco. A lo lejos estaba el mural rosa que era el que más comía. Aquel mural ahora se veía como un cuadro entero, tan brillante y bello que por poco se robaba los ojos de la niña. La noche ahora era un campamento de colores.

Sabía a dónde ir, caminó hacia el mural y se acercó poco a poco. Atravesó el lago de luz, se sentía el calor y el brillo de su sol, entendía lo que le habían hecho. Los ojos verdes de la niña y el mural se cruzaron, sabía que ella había matado al ser de luz, comprendía que ella lo había traído aquí para cortarlo y comérselo. El cuchillo que cargaba aún goteaba sangre blanca de cuando lo degolló y lo cortó para crear este lago. ¡Ella se lo robó y lo mató!

Dio unos últimos pasos, estaban frente a frente, ambas mirando con sus ojos verdes a la otra. Las gotas de luz goteaban sobre el machete como pintura fresca, la niña miraba al mural con un profundo y abismal odio. Sabía qué hacer, tenía que cobrar por la luz que le habían robado: su sol blanco.

Tocó la pared donde estaba el mural, aún conservaba la piel empapada del río blanco, pero no lo embarró en la pared, ni siquiera la manchó, su odio era mucho como para sólo rayar, así que entró al mural, ya estaba condenada. La enmascarada volteó a verla con el machete en sus manos, se volvieron a cruzar sus miradas de jade, la luz de ambas se veía apetitosa, querían devorar cada rastro de luz hasta que la otra fuera olvidada, su hambre era voraz y no estaban dispuestas a negociar.

La enmascarada, de pronto, atacó la cabeza de la niña con el machete, pero falló. La niña aprovechó y se abalanzó directo sobre el cuerpo de la enmascarada, puso su rodilla en el cuello y empezó a asfixiarla. La enmascarada tomó el machete y se lo enterró a la niña en la espalda mientras le daba golpe tras golpe en el abdomen con su otra mano. La niña aún estaba encima, pero la enmascarada le seguía dando machetazos en la espalda; la niña gritaba y lloraba por el dolor, pero nadie la escuchaba, nadie escucha el grito de una pintura. Su sangre blanca se salía de su espalda y el ardor consumía todos los gritos. La enmascarada perdía rápidamente las fuerzas, sus machetazos ya no eran tan fuertes y su respiración se dificultaba; su mano no tuvo la fuerza para sostener el machete y, antes de que pudiera hacer algo, la niña se lo arrebató.

Por última vez sus miradas se cruzaron, una tenía miedo y la otra tenía hambre, hambre voraz por consumir cada parte de su ser. La enmascarada pidió misericordia derramando unas pocas lágrimas que salían por encima de su máscara, le pedía que no la matara, que sólo quería un poco de la luz que la niña tenía, que únicamente quería sentir lo que era comer muchos colores, lo que era ver

más colores que los que ella conocía y sentía de la calle muerta.

— Niñita, no me mates, sólo déjame en mi mural y te daré lo que quieras.

La niña sabía lo que quería. Sujetó el machete, su mirada estaba decidida, no sólo quería los colores de las casas, quería la vida entera de la calle... Y fue cuando le enterró el machete.

La enmascarada no pudo ni pensar, se dejaron de escuchar gritos y lloriqueos, su cuerpo se empezó a convertir en charcos de luz blanca, esencia de lo que era la luz. La niña tenía manchada la cara de aquella sangre, por lo que se puso la máscara para ocultar la sangre de la enmascarada y para cubrir sus pupilas dilatadas de sabores. Únicamente el brillo y los colores del mural podrían compensar el calor y brillo del ente de luz. Ahora ella era el mural, la única que merecía tener colores, no, merecía más, merecía la vida entera de la calle.

Los ojos de la niña se comieron toda luz que había hasta dejar todo seco y agrietado, incluso más que antes. No tuvo piedad de la enmascarada, robo toda la luz de su cuerpo hasta desvanecerla por completo, sólo quedó su ropa. Cambió su ropa por la de la enmascarada para que nadie se diera cuenta de quién mandaba en la calle; sus ojos brillaban ocultos detrás la máscara de piedra mientras una sonrisa apetitosa se escondía. Por último, tomó el machete que seguía cubierto de sangre blanca y chorreaba manchando el fondo rosa del mural, tomó la misma pose de la enmascarada y observó su reino. Ahora a ella le pertenecían las luces y los colores, suyas eran las luces de los postes, de los autos e incluso de las estrellas;

suyas eran las sombras y los sonidos, tuyas eran las paredes y las casas, tuya era la oscuridad y sus sombras, tuya era la vida que había en ese callejón y no la compartiría con nadie.

Unos ojos curiosos de esmeralda se asomaron de una cloaca en busca de colores, posaron su mirada en la sangre blanca, fría y fresca del mural que escurría del machete, anhelaban comer de su color...

El reloj “Espacio-Tiempo 3.60”

Udelí Morales Romero

— ¡Enosi! ¡Enosi, despierta!, te tengo noticias —decía Tamara Gallagher, mi mejor amiga, una chica de pelo castaño y ojos verdes—. ¿Ya viste el nuevo proyecto de Industrias Atómicas?

— No, ¿ahora qué están haciendo? —respondí— espero que no sea ese reloj con el que piensan viajar en el tiempo.

— Pues, ¿qué crees?, obviamente lo están volviendo a intentar —contestó en lo que miraba su teléfono y actualizaba su *feed* nuevamente.

— Genial, llevan tres fallos consecutivos y siguen intentando, a este paso Industrias Atómicas caerá... debo hablar con Emilio —le dije a Tamara mientras tomaba mi teléfono y checaba la hora.

— ¿Con Emilio?, ¿Emilio Williams? No sabía que seguía siendo tu mejor amigo, aun así, tienes razón, deberíamos decirle que su industria está a punto de caer —respondió y su rostro se puso rojo.

— ¡Charlata! —grité a mi robot chofer— dejemos a Tamara en su casa y llévame a la mía.

— Entendido señorita Enosi, dejaremos a la señorita Gallagher —respondió y aceleró mi auto volador en el que habíamos pasado toda la mañana.

Año 2050, tenemos autos voladores y robots como choferes, no me explico qué más anhelan... aparte de tener una nana robot que les lleve el desayuno a la cama junto con su ropa recién lavada. Me llamo Enosi Winston y hoy tengo que ir a visitar a mi mejor amigo que está a punto de arruinar la industria en la que ha trabajado tanto. Así es, mi amigo es el dueño de Industrias Atómicas y ha estado tras el sueño del reloj Espacio-Tiempo desde que éramos niños. Sin embargo, se ha obsesionado con la idea de regresar al pasado con aquel reloj. Desde aquel entonces, la industria ha perdido mucho dinero y él ha enloquecido.

Hoy quedé de llegar a las 4:00 pm. Hace mucho que no nos vemos, así que debo ser puntual. Hago lo cotidiano: preparo mi mochila, me hago una trenza y, en seguida, un chongo, uso mis botas favoritas y el vestido blanco que llevo por doquier; tomo mi diario y comienzo a escribir los sucesos de la mañana con lo que estoy a punto de hacer. Es raro traer un cuaderno estos días, o eso decía mi abuela, pero la verdad es que disfruto de la literatura y desconectarme del mundo por un rato. Subo a mi coche y le digo a mi chofer, Charlata, que me lleve a Industrias Atómicas, pero, una vez arriba, las cosas no parecieron ir tan bien.

— Señorita Winston, hay un problema —decía el robot con el mismo tono sin vida de siempre.

— ¿Qué pasó? —pregunté con curiosidad.

— Se me ha informado tras el sistema de comunicación de seguridad 150, que Industrias Atómicas ha incrementado su nivel de seguridad y alerta de un cincuenta a un cien por ciento.

— ¡¿Cien por ciento?! —grité histérica— ¿y eso por qué, Charlata?

— Por lo que alcancé a escuchar en su conversación con la señorita Tamara Gallagher, deduzco que el incremento de seguridad ha de ser porque el joven Emilio Williams encontró la pieza que le faltaba... para terminar su reloj.

— Cállate, Charlata, eso es imposible —respondí en lo que me tronaba los dedos desesperada— ¿Emilio de verdad habrá logrado armar el reloj? Apúrate, Charlata, no me importa si hay tráfico aéreo o si incrementó la seguridad, Emilio me dejará pasar una vez que me vea.

— A sus órdenes, señorita Enosi —respondió Charlata y aceleró la velocidad en un abrir y cerrar de ojos.

Lo cierto es que el lugar estaba lleno y había mucho caos. Aparentemente, la compañía que suele competir con Industrias Atómicas había armado un escándalo con un gran rumor... ellos no querían que la gente comenzara a comprar todo en Industrias Atómicas debido a la gran noticia del reloj Espacio-Tiempo 3.60. Así que hicieron cien robots de ataque con el propósito de atacar Industrias Atómicas. Sin embargo, obviamente eso no es lo que sacaron a la luz, lo que la “Compañía AZ” había dicho era que los robots serían para defensa propia de quien los comprase. Pero nosotros, los del círculo cercano de Emilio Williams, sabíamos que no era así. Los robots que ya habían salido a la venta desobedecieron a sus propietarios y se agruparon justo frente a Industrias Atómicas esperando a que sus puertas abrieran...

— Bueno, eso explica el cambio repentino de seguridad —le dije a Charlata—. Por favor contacta a Tamara,

dile que la veré adentro de Industrias Atómicas por la entrada secreta.

— Entendido, señorita, contactando a Tamara Gallagher... mensaje enviado.

Después de haber pasado por todo ese caos anterior, finalmente llegamos a la entrada secreta que era un túnel abandonado en las ruinas de la ciudad.

— Gracias, Charlata, de aquí en adelante caminaré, asegúrate de que nadie nos haya visto.

— Entendido, señorita Winston —respondió y se llevó el coche.

Charlata, mi robot chofer, es la que me ha estado cuidando desde pequeña... mis padres han estado cumpliendo con su deber todo este tiempo. Así que Tamara Gallagher y Emilio Williams son básicamente mis hermanos.

Una vez en el túnel con olor a sábanas viejas, caminé unos diez pasos y, de repente. escuché un:

— ¡Buuu! —gritaba Tamara— ¿verdad que te asusté? —decía riéndose de mí.

— Pero, ¿qué hace tu coche aquí? —le pregunté a Tamara al ver que lo metió al túnel de escape.

— Ay, ¿acaso no ves en qué situación estamos? De seguro, Compañía AZ sabe algo que nosotras no, probablemente Emilio ya terminó el reloj.

— Ay, no, ¿tú también? —dije molesta—. Charlata me dijo exactamente lo mismo y no lo creo, ¿por qué haría Emilio algo así? Entiendo su interés por crear algo nuevo, pero él sabe más que nadie que jugar con el tiempo podría acabar con nosotros en un santiamén.

— Pues... tal vez haga algo bueno —dijo Tamara.

—¿Por qué? —pregunté y bajó su mirada.

— Enosi, tenemos que apurarnos —dijo mientras veía una notificación que acababa de llegarle—, creo que deberías traer tu teléfono más a menudo.

Me mostró su celular y vi la gran noticia: resultaba que en la Compañía AZ los robots se habían salido de control, ya no atacaban sólo a Industrias Atómicas, sino a todos.

— No puede ser, ¿crees que Emilio haya terminado el reloj? —pregunté desesperada.

— No lo sé, pero debemos apresurarnos —respondió Gallagher y comenzamos a correr. Subimos las escaleras y pasamos por tres pisos diferentes hasta que, finalmente, llegamos al elevador. El edificio estaba vacío, no había trabajadores ni robots, sólo había una luz que resaltaba más que otras en el décimo piso.

— Rápido, presiona los botones —le decía a Tamara una vez en el elevador.

— Ay, pero qué mandona eres —contestaba histérica.

Pusimos en función el elevador y, finalmente, llegamos al décimo piso y, entonces, lo encontramos. Ahí estaba, el mismísimo Emilio Williams que se había encerrado en su laboratorio para cumplir con su deber con el reloj Espacio-Tiempo 3.60; lo tenía en la mano y nos volteó a ver a ambas con una mirada llena de determinación.

— Tamara, Enosi, esta vez lo lograré —dijo y ajustó el reloj en su muñeca.

— ¿Lograrlo? —dije con un tono arrogante—. Disculpa, pero si yo vine aquí fue para salvar tu industria —me quejé en un tono burlón que a él no parecía darle gracia. Emilio Williams, seguía igual que la última vez

que lo había visto: con su pelo castaño, ojos marrones, piel clara y mal humor.

— Déjenme explicarles rápido, no hay tiempo —decía desesperado.

— Pero, ¿cómo no va a haber tiempo? —pregunté.

— Los robots ahora están atacando a los demás, ya no somos el único objetivo —agregó Tamara.

Justo en ese momento, entró una oleada de mini robots por la ventana, eran cuadrados de cada lado, como un cubo perfecto. Para serles honesta, a mí se me hacían bonitos, lo único malo: su objetivo era dejarnos inmóviles o muertos... y, para empeorar las cosas, podían volar.

— ¡Les dije que no teníamos tiempo! —gritó Emilio molesto— ¡muévanse!

Comenzamos a correr como no lo habíamos hecho en años, llegamos al elevador y cerró sus puertas justo a tiempo: los mini robots o, mejor dicho, los Az chocaron con las puertas y cayeron. Nosotros nos dirigiríamos a la entrada secreta que servía como salida de emergencia.

— Pero, una vez ahí, ¿cómo vamos a salir? —pregunté histérica.

— Mmm, eh... ¡ya sé! —gritó Tamara con seguridad—. Mi coche, lo dejé ahí... si nadie ha llegado, lo podemos usar para salir.

— Suena genial, Tam —respondí y, una vez que las puertas del elevador se abrieron, salimos corriendo a toda velocidad.

— Ya llegamos... —dije aliviada una vez en el túnel.

— Lo logramos... llegamos antes —dijo Emilio y suspiró.

— ¿Antes? —pregunté, y lo único que hizo fue abrir la puerta del coche. Nos metimos rápido y Tamara se puso al volante. Sin pensarlo, lo prendió y comenzó a volarlo rápidamente, no tenía completo control, pero mantenía firme el auto.

— Oye, Tamara, compraste tu coche antes de las renovaciones, ¿no? —preguntó Emilio nervioso.

— Eh, no, ¿por qué? —respondió Tamara.

— Pero, si estás demente, los nuevos coches no se pueden manejar solos, es cuestión de tiempo para que los sistemas de seguridad se percaten de que no eres un robot, y deje de volar —dijo Emilio molesto.

—Y eso, ¿qué tiene de seguro? —preguntó Tamara.

— Pues todos acostumbran llevar un chofer robot, si sienten que una persona está al volante, suponen que están robando el coche —respondió más molesto que lo que estaba al principio.

— Ay, por Dios, pero, ¿qué hacen peleando ahorita? —reclamé—. Estamos a 70 metros de altura en un coche volador que puede caer en cualquier momento y lo que ustedes hacen ¿es pelear?

Hubo un gran silencio, aunque el sonido de los Az persiguiéndonos nos presionaba. Y, en lo que ellos discutían, comenzó un conteo... 3, 2... Nos quedamos callados y nos observamos unos a los otros, pero, cuando llegó el “1”, todo fue gritos...

Los asientos del coche salieron volando y nosotros tuvimos una larga caída... o eso se suponía que era... porque, en lo que yo gritaba, vi el reloj Espacio-Tiempo 3.60 pasar frente a mis ojos. Sin pensarlo, lo tomé justo antes de caer y presioné sus botones alocadamente sin detenerme...

— ¡Auch! —grité al caer de una cama, pero si eso se sintió como si hubiera sido una gran caída... qué ¿lo debí haber soñado?, me preguntaba mientras intentaba convencerme de que todo había sido sólo un sueño. Observé la habitación en la que me encontraba, no era mi cuarto, pues no tenía una vista falsa sino una espléndida y asombrosa vista con árboles reales. El cuarto era pequeño y sólo tenía una cama y, para mi suerte, la persona cuya habitación le pertenecía no se encontraba.

— ¡Ya estoy harto de tus tonterías! —gritaba un hombre desde el piso de abajo.

— ¡Pero si es tuyo! —gritaba una mujer a su vez—. ¡No puede ser que no quieras a tu propio hijo!

— ¿Mi hijo? ¡Yo sólo tengo un hijo y está donde debe de estar! —respondía el hombre furibundo.

Salí silenciosamente de aquella habitación que se encontraba en el segundo piso. En las escaleras, en un ángulo que no era visible para ellos, me senté y me quedé observando. Los que peleaban eran marido y mujer y vestían raro. El hombre traía un traje de piel, de los antiguos... y, en cuanto a la mujer, ella traía un vestido con corsé. La razón por la que peleaban era un bebé que aquella mujer tenía en sus brazos y acariciaba con cariño. No había oído mucho de su pelea, pero podía entender lo que pasaba: el bebé era de ellos, pero el señor no lo quería.

— ¡Ni siquiera tenemos suficiente para nosotros y todavía quieres mantener un bebé!—. Continuaron peleando hasta que la mujer notó un brillo que provenía de las escaleras, justo en donde yo me ocultaba.

— Oye, Joseph, ¿qué es eso? —preguntó y señaló hacia mí—. Su marido volteó, me recorrí rápidamente y no

alcanzaron a verme. El esposo se molestó más al pensar que ella le mentía para cambiar el tema de conversación y gritó:

— ¿¡Intentas engañarme!?! ¿¡En serio piensas que mantener a un bebé es simple!?

Siguieron discutiendo y, entonces, me pregunté qué era lo que brillaba. Observé detrás de mí y no había nada a la izquierda y, mucho menos, a la derecha. Iba a levantar un brazo para largarme de ahí, pero pesaba más que antes. “¿Cómo pude engordar más de un brazo que de otro?”, me pregunté y saqué la mano del bolsillo derecho. Y, entonces, lo vi: traía puesto el reloj “Espacio-Tiempo 3.60” y estaba atrapada en el pasado, en aquella época cuando las mujeres no podían usar pantalones y su opinión no era de gran importancia.

“¡Oh, por Dios! Entonces no fue un sueño, Tamara y Emilio... no puede ser. ¡No pueden estar muertos!”, pensé recordando lo recién vivido y, para colmo, ni siquiera le puse seriedad a ninguna de las explicaciones que me había dado Emilio sobre su reloj. No tenía ni la más mínima idea de cómo usarlo y, aparte, había un lío justo frente a mí: una familia pobre y violenta en una casa desgastada y vieja y con el gran problema de haber tenido un hijo no deseado... Los observé desde las escaleras mientras intentaba encender el reloj, pero éste no servía, mantenía su pantalla oscura y no parecía que fuera a prenderse pronto.

— ¿Papá? —dijo un chico de aproximadamente 17 años al entrar a la casa por la puerta principal—. Pero, ¿qué hacen peleando? ¿Cuándo volviste Mamá? —preguntó entusiasmado.

— Tu madre llegó justo en la mañana, pero ya se iba —dijo molesto el señor.

— ¿Qué?, ¿así que éste es tu gran plan, Joseph? Me echaste de la casa cuando supiste que estaba embarazada, y ahora que vuelvo con tu hijo en mis brazos... ¿me echas de nuevo? —dijo la mujer desesperada. El bebé tenía ojos marrones y era realmente tierno. El problema, a mis ojos, era su padre, lleno de arrogancia y sin tener ni un poco de vergüenza.

— Papá, mamá tiene razón. No la puedes echar, tenemos que cuidar de mi hermano —dijo el chico de un metro y setenta centímetros.

— Podemos ser una familia nuevamente —agregó su madre con un tono amable y dulce.

Hubo un silencio vacío, su padre bajó la mirada y miró al bebé:

— Hijo... déjanos a solas, por favor —el chico salió de la casa y el hombre cambió su mirada de inmediato—. Mira, mujer, puedes engañar a nuestro hijo con tus palabras dulces, pero a mí no me ves la cara. ¡Sé que sólo quieres deshacerte de ese bebé! —el señor cerró la puerta con seguro para que su hijo no pudiera entrar en lo que discutían.

— No, Joseph, en serio quiero que el bebé sea parte de nuestra familia —respondió la mujer con ojos llorosos.

— Bien... entonces te daré un ultimátum —agregó el señor—. Dejas a ese bebé y formas parte de nuestra familia, o te vas con él e inicias otra.

— ¿Qué? ¡No puedes hacer eso! ¡Por favor, Joseph, sólo es un niño! —suplicaba su mujer con angustia, mas lo único que hizo el señor fue tomar las tijeras de costura de su esposa y dárselas—. Ahora, mátalas —dijo serio.

— ¿Qué?, dijiste que lo abandonara, no que lo matara —respondió temblando con las tijeras en sus manos.

— Pues, cambié de opinión. Ahora, quiero que lo mates.

La señora sostenía las tijeras temblando y lloraba con tan sólo pensar en el destino de su hermoso bebé...

El otro hijo se encontraba golpeando la puerta bruscamente intentando entrar para detener tal acto:

— ¡Por favor, papá! —gritaba desde afuera, pero al no recibir respuesta alguna, se asomó por la ventana y vio a su madre con las tijeras—. ¡Detente, mamá, por favor!

Cuando la mujer estaba a punto de cometer aquel acto inhumano, alcanzó a escuchar la voz de su querido hijo suplicándole, se detuvo y observó a su marido fijamente a los ojos:

— No lo voy a hacer —susurraba.

— Pero, ¿qué dices? —respondió el hombre con tono arrogante.

— ¡Que no lo voy a hacer! —gritó y le encajó las tijeras a su marido una y otra vez hasta que su corazón dejó de latir—. Ay, pero mi pobre bebé —decía observando su pequeña cara—, te prometo que un día alguien te amará tanto como yo —se puso de pie y se fue corriendo de la casa. Yo me encontraba paralizada y no podía dejar de temblar. La escena que acababa de presenciar era traumante y tenía un mar de emociones atoradas. Me puse de pie y bajé por las escaleras; lo primero que vi fue el cuerpo sin vida de aquel hombre y, en seguida, al bebé... la mujer lo había abandonado y se encontraba huyendo.

Me puse de rodillas y acaricié su pelo castaño, no pude evitar soltar unas cuantas lágrimas ante él.

Oí un ruido proveniente de la puerta trasera, me escondí en un clóset que estaba justo enfrente y, entonces, vi al chico de diecisiete años, quien, mientras su madre mataba a su padre, él se encontraba abriendo la puerta trasera. Por lo tanto, se llevó una gran sorpresa al ver todo eso: la sangre en el suelo, su padre sin vida y aquel bebé recién nacido; soltó en llanto y tomó al bebé en sus brazos:

— No te preocupes, estás con tu hermano mayor —dijo tomando un papel del bufetero. Escribió el nombre que más le gustaba para su hermanito en el papel, fijó la nota entre su cobija y, finalmente, lo dejó al frente de la puerta—. Lo lamento tanto, no sé qué nombre te haya puesto mamá, pero yo te pondré éste —dijo en lo que lloraba—. Serás un hombre inteligente y guapo, justo como yo, nunca dudes de ti —se levantó y abandonó a su hermano recién nacido con remordimientos en su corazón.

— Lo siento, pero debo buscar a mamá.

Salió corriendo y no supe más de él. Sólo sabía que no podía dejar a ese bebé ahí, que, por cierto, comenzó a llorar una vez que todos se habían ido. Una vez en mis brazos, se calmó y sonrió.

— Conque Emilio, ¿eh?... —dije al ver la nota que había dejado su hermano mayor y salí de la casa con él en mis brazos—. Tenemos muchas cosas que hacer, no eres el Emilio que buscaba, pero no puedo dejarte aquí...

Pasaron días y yo estaba viviendo en la calle de una ciudad comiendo de lo que me obsequiaba un amable panadero, hasta que escuché una voz familiar:

— ¡Enosi! ¡Enosi! —gritaba Tamara Gallagher.

— ¡Tamara! Pero, qué alivio, por un momento pensé

que estaban muertos —sentí cómo perdía una gran carga y abracé fuertemente a Tamara.

— ¿Tienes el reloj? —me decía, al ver mi muñeca—. Pero, qué suerte, por fin te encontré, ahora vámonos de aquí.

— No, espera, Tamara, el que te hayas teletransportado conmigo... significa que Emilio también debe estar aquí. No lo podemos abandonar —dijo con un tono seguro—. Aparte, tenemos otro problema...

Le señalé al bebé que había dejado en un escalón de las afueras del restaurante y lo tomé en mis brazos.

— Se llama Emilio, lo abandonaron sus padres.

— Ay, pero qué bonito —dijo Tamara con tono dulce y me lo quitó—. Pero, ¿qué se supone que hagamos? —dijo preocupada. A lo que respondí:

— Mira, deberíamos intentar viajar a una época más moderna para dejarlo con una familia que tenga lo suficiente...

— Tienes razón, a este paso sólo se nos morirá —dijo Tamara—, volveremos por el otro Emilio luego o, si no, el Emilio de nuestra época nos ayudará.

— Bien —respondí y toqué los botones del reloj al azar nuevamente, pero me aseguré de que fueran al futuro. Algo que me había enseñado Emilio era que los botones de la izquierda van al pasado y los de la derecha son para el futuro. Antes me encontraba muy confundida porque no sabía cuáles había tocado, pero ya le estaba entendiendo al reloj.

Pasaron segundos... y desaparecimos con el bebé. De repente, ya estábamos en una ciudad moderna muy similar a la de nuestra época.

— Disculpe, señor, mi amiga ha estado tomando mucho, ¿nos podría decir en qué año estamos? —preguntó Tamara Gallagher a un extraño que pasó enfrente de nosotras.

— Estamos en el año 2031... cuida mejor de tu amiga —respondió.

— Argh, yo no tomo, pero te la pasaré —le dije a Tamara con tono arrogante—. Por cierto, va a estar complicado regresar...

— ¿Por qué? —preguntó.

— Por Dios, usa tu cabeza Tamara, estamos en el año 2031, nosotras aún no nacemos, tenemos 18. Y en este año, Emilio es apenas un recién nacido.

— Genial, y ¿qué vamos a hacer? Por ahora, sólo dejemos al bebé en una casa que parezca de ricos —respondí.

— Buena idea —dijo Tamara y comenzamos a caminar. Lo dejamos en la puerta de un *pent-house* grande de una familia rica con la nota que le dejó su hermano mayor en su cobija. Tocamos el timbre y nos fuimos rápido para no ser vistas.

— Bien, ahora tenemos que regresar —dije cansada.

— A ver, déjame intentar —dijo Tamara y tocó un botón del reloj.

Lo hizo tan rápido que ni pude reclamarle y, en un santiamén, volvimos a estar en la época anterior. Pero, esta vez, aparecimos directamente en la ciudad y no en un bosque.

— Ay, pero sí le atiné —dijo Tamara con un tono burlón—. No sé dónde estamos, pero esto debió haber sido suerte.

— Sí que fue suerte... —dije en lo que señalaba un rincón de la calle. Tamara volteó y gritó:

— ¡Pero si es Emilio! Las dos sonreímos e íbamos a cruzar la carretera para llegar a él, pero pasaban muchos carruajes y no nos cedían el paso y, aparte, todos nos veían raro por la forma en que vestíamos. Y, para empeorar las cosas, como Emilio iba bien vestido, llamaba mucho la atención; fue cuestión de segundos para que comenzaran a quitarle el dinero de sus bolsillos.

— ¡Ay, no! —gritó Tamara preocupada y cruzó la calle corriendo.

— ¡Tamara, cuidado! —grité y la seguí. Sin embargo, cuando llegamos, Emilio ya había echado a los ladrones; por eso es que no entendía por qué Tamara estaba tan preocupada si ella sabía que Emilio era capaz de defenderse.

— ¡Tamara! ¡Enosi! —gritó Emilio y vino corriendo hacia nosotras—. Qué bueno que están bien.

— Lo mismo decimos, ahora vayámonos de aquí —dije apresurada y le mostré el reloj.

— Ay, pero qué alivio. Pensé que se había roto al viajar —respondió y lo tomó.

— Tamara y yo asimos del hombro a Emilio para que apareciéramos en el mismo lugar. Y, entonces, comenzó: oprimió los botones de la derecha y nosotras cerramos los ojos; al abrirlos, sólo vimos los botones del reloj caer.

— No puede ser... —dijo Emilio angustiada.

— ¿Qué?, ¿por qué no funcionó? —preguntó Tamara confundida.

— No me digan que ustedes ya habían intentado viajar —dijo malhumorado.

— Mmm... pues, sí, viajamos, pero regresamos por ti —respondí recogiendo los botones del reloj—. Pero, por favor, dínos, ¿por qué se descompuso?

— Pues, verán, el reloj no es tan avanzado como ustedes creen. Sólo soporta tres viajes largos y, después de eso, se tiene que esperar dos semanas.

—¿Dos semanas? —dije angustiada— pero, ¿y la gente de nuestro presente? Si no arreglamos las cosas, muchos morirán.

— Sobre nuestro presente no se preocupen ahorita —respondió fríamente—. Se encuentra en trance, ya que lo que sea que hagamos aquí puede cambiar todo lo que está sucediendo.

— ¿A qué te refieres?, ¿cómo sabes tanto de esto? —pregunté confundida y él me dijo:

— Enosi, ésta no es la primera vez que realizamos este viaje.

No supe cómo reaccionar, lo único que se me ocurrió fue actuar normal y dar ideas.

— Entonces... en vez de aferrarnos a volver, hay que buscar a los predecesores de la Compañía AZ. Si los podemos eliminar... podemos salvar nuestro futuro.

— Pero, ¿cómo vamos a hacer eso? —preguntó Támara—, estamos muchos años atrás. A lo que yo respondí:

— Sí, pero tanto la familia Williams como los Zamb fueron dejando su legado de generaciones en generaciones, ¿no, Emilio?

— Sí, es verdad... sin embargo, esta misión puede ser más complicada de lo que piensan —respondió serio—. ¿Saben?, no creo que sea realmente un problema encontrarlos. Por lo que he notado rondando por aquí, se habla

mucho sobre dos familias muy poderosas, de sus mansiones y sus hermosos carruajes y estoy seguro de que sus niveles de seguridad tampoco son bajos.

— Tiene sentido, pero dado que venimos del futuro, podemos idear un plan... —respondí con algo en mente y comenzamos a caminar.

— ¡Esperen! —dijo Tamara— o sea, si logramos entrar a su gran mansión, ¿qué vamos a hacer?, ¿amenazarlos?

— No... —dijo Emilio al bajar su mirada intentando ocultar algo. Esa mirada, yo la conozco.

— ¡¿En serio, quieren entrar y simplemente matarlos?! —dijo Tamara molesta.

— No creo que podamos negociar... —respondí triste— después de todo, aquí no existe el legado de ninguno.

— ¡Pero, por lo menos deberíamos darnos más tiempo para pensar! —exclamó Tamara desesperada. Ella realmente no creía que fuera lo correcto y, para serles honesta, yo tampoco lo sabía.

En seguida, Emilio le contestó algo que me dejó pensando...

— Tamara, guarda silencio, por favor —respondió molesto—, como te dije antes, ya pasamos por esto...

Pero Tamara sólo reclamaba intentando hacernos cambiar de opinión.

— ¡Ya intentamos negociar y no funcionó! —dijo Emilio y levantó la mirada. Pudimos ver unas cuantas lágrimas recorrer su rostro.

Después de eso, estuvimos callados hasta que llegamos a un lugar abandonado y, durante todo ese tiempo lleno de tensión y silencios que gritaban, sólo una pre-

gunta rondaba por mi cabeza: ¿qué era lo que había pasado? Y, si ya había hecho este viaje antes, ¿por qué no lo recordaba?

Más tarde, Tamara y yo fuimos a una biblioteca para investigar sobre las tecnologías presentes.

— Oye, Enosi... —me hablaba Gallagher con un tono de voz bajo—. ¿Así vamos a estar todo el tiempo?

— ¿Así cómo?, ¿te refieres a los vestidos y a lo incómodo que es el corsé o al hecho de que vinimos a la biblioteca? —respondí y tomé el libro que ella estaba usando—. Tenemos que informarnos correctamente sobre esta época. Así que sigue leyendo.

Año 1888, el presidente actual de nuestro querido México, Porfirio Díaz, iba por su cuarto mandato. Ya había ferrocarriles y la tecnología apenas estaba avanzando. Nos metimos en un capítulo difícil de nuestra historia.

Emilio no había tenido problemas por el momento, mas Tamara y yo, por ser mujeres, debíamos permanecer en casa para aprender a ser perfectas amas de casa. Para nuestra suerte, nos topamos con aquel amable panadero que nos había estado cuidando no sólo a nosotros, sino también a Emilio.

Volviendo al tema de la tecnología: aquel año apenas inventaron la cámara fotográfica para aficionados, los cilindros de cera para grabación, el motor eléctrico de corriente alterna y las ondas de radio. Esos inventos no se encontraban precisamente aquí, lo que nos sacaba de quicio. ¿Cómo se suponía que arregláramos el reloj?, ¿tendríamos que quedarnos dos semanas? Imposible, pues Emilio nos informó el otro día que, si no logramos regresar antes de que se acabe la primera semana, nuestro

presente seguirá avanzando y será como si nosotros simplemente hubiéramos desaparecido por haber caído de nuestro auto volador. Y, no, no podíamos quedarnos atorados en el pasado, no con todo lo que estaba sucediendo y, más que nada, porque, si fallábamos, volveríamos al mismo lugar en el mismo bucle.

— Tamara, Enosi —dijo Emilio mientras entraba a la biblioteca—, descubrí algo.

— Ay, pero qué bueno, ya me había cansado de leer tanto —respondió Tamara aliviada y Emilio se sentó enfrente de nosotros.

— Bueno, me metí a un bar por un trago y escuché a unas personas hablar sobre el Club Zamb —dijo en voz baja y serio—. Aparentemente, es un club secreto, pues los señores que hablaban de él tenían una marca en la mano y escuché que era su pase.

— Espera, espera —dijo Tamara confundida—, ¿tú fuiste a tomar?

Emilio giró la mirada, pero se vio forzado a prestarle atención nuevamente una vez que ella preguntó:

— ¿Qué no los Zamb eran los de la mansión?

— Igual creí eso —respondió—, sin embargo, la mansión parece que no pertenece a nadie.

— Eso es imposible —agregué—, ¿por qué una mansión tan linda seguiría a la venta? Tal vez, a simple vista, parezca que no pertenece a nadie, pero, puede ser que sea lo que intentan aparentar.

— ¿Qué insinúas? —preguntó Emilio.

— Yo creo que ahí se encuentra su club, ¿no te acuerdas? —dije y expliqué—. Cuando comenzaste con tu industria dejando atrás a la de tu padre, nos escondíamos

en su antiguo *pent-house* y de ahí salía el túnel secreto por el que escapábamos.

— Cierto, tienes razón, Enosi, ¿cómo lo pude olvidar? —respondió y nos volteó a ver.

— Entonces, tenemos que entrar a la mansión o, bueno, al menos uno de nosotros —dijo Tamara y nos miró fijamente.

— Sí, tenemos que entrar, sin embargo, sólo estamos suponiendo, pues no hay nada que nos confirme que de verdad sea ahí —agregué y bajé la mirada.

— No te preocupes, Enosi, tus instintos suelen dar en el blanco —dijo Emilio y sonrió—. Iremos a buscar una entrada por la parte trasera esta noche.

— Estoy de acuerdo —dijo Tamara nerviosa—, aunque, si encontráramos la entrada, creo que sólo debería entrar uno.

— ¿Por qué? —preguntó Emilio.

— ¿Cómo que por qué? —respondí con un tono burlesco—. No hay nada que nos garantice que sea seguro. Si dos de nosotros se quedan afuera o entran por las ventilas, serían capaces de ayudar en caso de que el que se encuentre dentro estuviera en aprietos.

— Tiene sentido —respondió serio—, entonces, entraré yo.

— ¡No!, ¿cómo crees? —dijo Tamara—. Si te pasa algo, ¿qué vamos a hacer con el reloj? No seremos capaces de volver y arreglar las cosas, así que iré yo.

— ¿Qué? —dijimos al mismo tiempo sorprendidos, pues era raro que Tamara tomara la iniciativa.

— No, Tamara... si vas tú, el plan de seguro fallará —dije y comencé a reír.

— Te dará miedo y saldrás corriendo en un dos por tres —agregó Emilio y comenzamos a bromear recordando nuestras aventuras de pequeños.

— Bueno... como decía —dije y los volteé a ver fijamente—, iré yo, fue mi idea y, aparte, soy la más astuta.

— ¿Qué? Pero, Enosi, sigo pensando que es mejor que yo vaya —dijo Emilio y se levantó.

— No, no es así —respondí mientras reía—. Tú más que nadie sabes que soy la mejor fingiendo e improvisando. En cambio, tú... eres muy flexible.

Volvimos a reír y llegamos a un acuerdo, si de verdad había una entrada secreta, yo entraría como una persona común y corriente, preguntaría por el jefe y pediría acceso a su gran club. Si las cosas se tornaban turbias, Emilio y Tamara, que estarían escondidos, me echarían una mano.

— Toma, Enosi —dijo Emilio y me dio el reloj—. Aún no está completamente arreglado, pero te servirá por si tienes que dar un pequeño salto en el tiempo. Ya sabes, por si las cosas pintan peor de lo que podemos imaginar.

— Pero, ¿y ustedes? —pregunté con el reloj en mi mano.

— De eso no te preocupes —contestó Emilio—, será como la última vez, aunque no estemos pegados nos teletransportaremos a la misma época.

— Ay, pero qué alivio, ya me había asustado —agregó Tamara. Y, finalmente, comenzamos nuestro viaje. Caminamos cuadra tras cuadra hasta que llegamos a la mansión. Ésta era grande, hecha de ladrillos y cemento y con muchas plantas a su alrededor. Durante la noche hubo gente yendo a escondidas.

— Esto me recuerda a nosotros —dijo Tamara y rio.

— Shhh —susurré y señalé a las personas—. Si se percatan de nosotros, estaremos perdidos.

— Parece que tenías razón —dijo Emilio y me volteó a ver—, la gente se dirige a la parte trasera de la mansión, de seguro entrarán por ahí.

— Bien, comencemos —respondí y me separé de ellos, caminé detrás de dos señores que iban delante de mí. Conservé la distancia para que no hubiera sospechas y, de pronto, los escuché hablar:

— Ya abre, el jefe se molestará si llegamos tarde —dijo uno de los señores con un tono arrogante.

— ¿Crees que no lo sé? —respondió el otro y quitó unos cuantos ladrillos de la pared. Entonces, pude ver la puerta escondida justo detrás de una pared falsa. “Lo bueno es que en esta época la tecnología aún es mala”, pensé y entré después de ellos.

El interior estaba oscuro, pero muy limpio, había demasiada gente, por lo que no fue un problema esconderme entre ellos. Había mujeres con niños y hombres en fila.

— Veo muchas caras nuevas —dijo un hombre al salir de un cuartito—, ¿conque todos ustedes se quieren unir?, ¿eh?

— Antes de que pasen a la prueba, deben saber que no hay vuelta atrás.

— Una vez que pisaron este suelo no tienen de otra más que pasarla —agregó otro y nos miró fríamente a todos.

“Parece que llegué el día perfecto”, pensé, ya que justo estaban reclutando nuevas personas, la prueba no debería ser tan complicada.

— Tú, el niño que sigue agarrando a su mami de la mano, pasa con el jefe —exclamó uno de los hombres y, el otro, lo guio hasta la puerta.

Al principio, su madre se notó insegura de dejarlo ir, sin embargo, el chico tomó la iniciativa y se separó de ella; entró a aquella habitación cuya puerta tenía tres seguros y dos hombres cuidándola. La puerta se cerró fuertemente en un abrir y cerrar de ojos.

— ¿Cómo sería el jefe?, ¿estaría bien el chico?, ¿pasaría la prueba? —murmuraba la gente. Había unos que sonaban muy seguros de sí mismos y otros que se arrepentían de haber ido. Todos susurraban hasta que un grito nos calló por completo.

—¡Ahhh! —se escuchó desde adentro—. ¡Por favor, no! —gritaba y gritaba el niño. Todos queríamos saber qué estaba sucediendo y esperábamos con ansias que el niño saliera para ver cómo se encontraba. Sin embargo, él no salía... su madre estalló en llanto al ver sangre escurrirse por un hueco de la puerta; intentó entrar, pero fue detenida por los hombres y, posteriormente, se la llevaron a otro cuarto.

— Mmm... a ver, ¿quién sigue? —dijo un hombre alto y con barba, era el mismísimo jefe que se había aburrido con el niño de apenas nueve años—. Ah, y saquen a ese mocoso de mi oficina —ordenó a sus guardaespaldas y nos miró fijamente a cada uno. Nos pasaba la mirada de arriba a abajo, como si nos estuviera examinando detalladamente.

Mientras tanto, yo no podía evitar observar detrás de él, sólo miraba la gran cantidad de sangre que había en el suelo y a aquel chico con una mano destrozada y la otra cortada.

“Creo que debería salir de aquí...”, pensé y suspiré de miedo, sin embargo, el jefe se me quedó viendo y me dirigió la palabra.

— Tú serás la siguiente, señorita, pasa por aquí —dijo y me cedió el paso a su oficina—. Espero que tú no me decepciones.

Mientras caminaba, observé cómo sacaban al niño, él tenía marcas de mordidas en la mano y temblaba. Yo no lo podía creer. ¡El chico seguía vivo!

Se lo llevaron al mismo cuarto en el que estaba su madre y me quedé sola con el jefe; mientras tanto, Emilio y Tamara se encontraban cruzando por la puerta delantera.

— Hay mucha gente de este lado —dijo Tamara y miró a Emilio.

— Sí... pero hay algo extraño, ¿no crees? —respondió y se metieron entre un pequeño grupo.

— ¿Por qué extraño? —preguntó Tamara.

— Logramos entrar sin que se percataran de nosotros, sólo esperemos un poco para buscar a Enosi y ya está.

— No creo que sea tan sencillo —contestó—, de hecho, deberíamos ir por ella de inmediato.

— ¿Qué?, pero, ¿por qué? —contestó Tamara confundida—. El lugar está bonito y hay mucha comida.

— Tamara, usa tus ojos —respondió y la tomó de la mano—. Toda la gente de nuestro alrededor está extraña, y no lo digo por insultarlos o algo parecido, sino que a todos les falta una parte del cuerpo.

Tamara se fijó bien en la gente que los rodeaba y se percató de lo que había estado intentando explicarle su querido amigo: había mujeres a las que le faltaba una

mano, niños sin un ojo y hombres sin brazos. Entonces, un viejo extraño se les quedó viendo y se dirigió a ellos.

— ¿Ay, pero qué emoción, no creen? —les dijo el viejo con bastón—, dicen que este año tocan las manos.

Emilio y Tamara estaban sumamente espantados, era cuestión de segundos para que la gente se percatase de que ellos no formaban parte del club.

— Esperen, pero si ustedes están completos —dijo el viejo y se puso serio.

— Venga anciano, ya cálmese —dijo un joven de alrededor de diecisiete años con tono cortés—, ellos son mis invitados, tienen un encargo especial del jefe.

Se los llevó a una habitación y les preguntó: — ¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

— Por favor, ayúdanos... —dijo Tamara.

— ¿Qué es lo que sucede aquí? —agregó Emilio.

— Vaya, pero si ustedes no saben nada —respondió el muchacho—, ¿cómo creen que gana dinero el jefe? Es cuestión de cabeza... —su tono de voz se entristeció de repente y les mostró su muñeca—. Cuando yo entré, a diferencia de los demás, el jefe quiso que me comiera mi propia mano... no pude hacerlo a pesar de intentarlo. Sin embargo, me perdonó la vida y me prestó de sus ganancias. Pero eso lo hace muy raras veces, si los ve a ustedes los asesinará sin dudar.

— Eso es cruel —dijo Tamara abrumada.

— Si las pruebas son tan crueles, entonces, ¿por qué la gente viene? —preguntó Emilio y el viejo le contestó desde la puerta de la habitación:

— Porque todos necesitan algo... ¿ven a esos niños?, lo único que les esperaba allá afuera era ser comidos por lobos de invierno.

— ¿Y tú por qué viniste aquí? —preguntó Tamara confundida:

— Pues, mi familia siempre ha sido pobre —respondió— y, cuando me enteré de que mi madre estaba embarazada, intenté conseguir dinero... pero, muchas cosas han pasado.

El joven guardó dinero y bajó su mirada:

— Gracias a que no me uní a tiempo, mi hermanito ahora está... —murmuró y soltó unas cuantas lágrimas.

— Tu hermano está bien —dijo Emilio y lo abrazó—. Hay mucha gente buena por aquí, de seguro alguien lo ayudó.

El joven le devolvió el abrazo y le preguntó:

— Pero, ¿cómo sabes lo de mi hermano?

— Sólo era una suposición... veo que le atiné —respondió y le sonrió honestamente a aquel joven.

— Ayúdanos, por favor, nuestra amiga está a punto de pasar por la prueba de tu jefe. Tenemos que sacarla de ahí. —Aunque Tamara no entendía nada de lo que hablaba Emilio con ese joven, se dirigieron con su ayuda hacia mí, con la esperanza de llegar a tiempo. Mientras tanto, yo me encontraba cara a cara con el jefe, a punto de comenzar la prueba.

— ¿Nombre? —me preguntó el jefe serio.

— Ah sí, claro, soy Enosi, Enosi Winston —respondí nerviosa.

— ¿Winston?, ¿como la familia del sur? —preguntó confundido.

— Ah, no señor, yo soy de esta ciudad —respondí esperando que no viese nada raro en mí.

— Está bien. Ahora señorita —dijo en lo que me miraba de arriba para abajo—, generalmente les digo que lo

hagan con su boca, pero puedo darme cuenta de que usted es toda una dama. Así que le dejaré usar el cuchillo.

— ¿El cuchillo?, ¿para qué? —pregunté nerviosa.

— Para la prueba —respondió serio—, debes cortarte la mano.

— ¡¿La mano?! —grité—, ¡pero usted está loco si piensa que haré eso!

— Entonces, no tuviste que haber venido —respondió riendo—. Si no pasas la prueba, no sales de aquí —señaló detrás de mí y recordé a sus guardaespaldas. Ellos estaban detrás de la puerta esperando para sacar mi cadáver o para darme la bienvenida.

“¿Pero en qué lugar me he metido?”, pensé y tomé el cuchillo. “Sólo es un corte”, me decía a mí misma en lo que intentaba calmar mis nervios.

— Te recuerdo que hay fila —exclamó el jefe—. Si no vas a hacerlo, dilo de una vez —abrió uno de sus cajones y sacó un arma de fuego. “Rayos..., pensé, de verdad voy a tener que cortar mi mano”.

En ese momento, la puerta se abrió fuertemente y entraron Adam, el joven que había accedido a ayudar a mis amigos, Tamara y Emilio.

— Señor, permítame un segundo —exclamó Adam y el jefe bajó su arma, nos guiñó y entendimos que ésa era la señal.

— Enosi, ¿estás bien? —susurró Tamara. Asentí con la cabeza y comenzamos a caminar lentamente hacia la puerta. Todo iba perfectamente, íbamos a tener tiempo para hacer otro plan y acabar con esto; sin embargo, de repente, una voz gruesa y seria nos dejó inmóviles:

— Espere, jefe, no los deje ir —dijo el viejo que antes había detenido a Tamara y a Emilio— porque vengo si-

guiendo a estos chicos desde que entraron a la mansión, su propósito es matarlo.

— ¿Qué? —respondió el jefe molesto.

— Y eso no es todo —agregó el viejo—, él es el enemigo que se ha infiltrado.

Estábamos inmóviles, no teníamos ni la menor idea de qué hacer, aparte de que ahora sabíamos que Adam era un Zamb, lo cual significaba que él comenzaría con la compañía AZ en un futuro.

— ¡Adam Zamb! —gritó el jefe molesto—, ¿cómo te atreves a traicionarme!?

Adam salió corriendo por la ventana dejándonos a nosotros dentro y mandaron un grupo distinto detrás de él. En cambio, a nosotros nos perseguían sus guardaespaldas.

— ¡Corran rápido! —decía Emilio.

— ¡Nos mataran! —agregó Tamara en lo que corría con todas sus fuerzas. Cruzamos puerta por puerta de la mansión, hasta que llegamos a una parte peculiar: cada habitación era completamente oscura, sin ventanas y únicamente con un foco en el centro; el cuarto al que entramos tenía nada más que cuatro puertas, tres estaban delante nuestro y la cuarta era la que acabábamos de usar. Con la desesperación que teníamos, lo primero que llegó a nuestras mentes fue cruzar por dichas puertas, cada vez nos perseguía más gente. Cuando, de golpe, nos dimos cuenta de que el club entero nos tenía como objetivo, pues se amontonaban para atraparnos y pensaban que el que lo lograra se llevaría un aumento en su salario.

Al ver a la multitud detrás de nosotros, nos separamos por aquellas puertas cruzando cuarto por cuarto, es-

perando encontrar aquel destello de luz que nos otorgaría esperanza.

En lo que cruzaba las puertas, finalmente di con Tamara Gallagher, con quien me escondí en una habitación esperando que nos dieran por perdidas.

— A ese chico lo vi antes en la cabaña abandonada en la que aparecí —dije seria.

— ¿Hablas de Adam? —preguntó Gallagher.

— Sí, sus padres discutían.

— Ya veo —dijo Tamara y bajó la mirada. Adam nos había contado que sus padres eran muy pobres y, por eso, accedió a ayudarnos.

— Pero, si es tan amable, ¿por qué nos abandonó? —pregunté molesta—. Sin embargo, gracias a esto, ahora sabemos que es un Zamb.

— Sí... pero, Enosi, ¿qué vamos a hacer? —agregó Tamara.

— Primero, saldremos de aquí —contesté—. Y por más rápido que sea, no creo que el dichoso jefe salga ileso.

— Tienes razón —respondió Tamara—, pero a lo que me refería era a qué le vamos a hacer a él si logramos atraparlo.

— Oh —respondí seria—, de eso todavía no estoy segura...

Tamara me observaba con disgusto, ella se había encariñado con Adam Zamb y pensaba que podíamos hacerlo cambiar. Por lo tanto, intentaba hacerme volverlo a pensar.

— ¡Ya te dije que no sé qué vamos a hacer, Tamara! —exclamé y ella guardó silencio—. Cuando encontremos a Emilio, le preguntaremos a él.

Me levanté y tomé el diario que guardaba en mi bolsillo, saqué una pluma y comencé a escribir los sucesos que no había alcanzado a anotar antes de salir y los recientes. De pronto, alguien irrumpió y la puerta salió volando.

— ¡Oh, no! —grité al observar el hoyo que habían hecho—. ¡Traen armas de fuego! ¡Tenemos que salir de aquí!

Volteé para jalar a Tamara, pero, la bala había penetrado en su cuerpo tal cual como lo había hecho con la puerta.

— Una menos —dijo un señor con barba y cabello oscuro.

Corrí con todas mis fuerzas y crucé por otras puertas, todo había sucedido tan rápido que no había sido capaz de procesarlo debidamente.

Tamara estaba muerta y su cuerpo seguía ahí, por culpa de esos infelices y despreciables sujetos.

Mil lágrimas corrían por mi rostro al recordar todos aquellos momentos que pasé con mi querida amiga. En aquella mansión en donde no había más que puertas y un foco por habitación había fallecido, era como si mi niñez me abandonara porque Tamara representaba esa etapa de mi vida, además, estuvo en el proceso que me había convertido en toda una mujer.

Me detuve al haberme separado mucho de aquellos tipos, iba a tomar de mi bolsillo la pulsera que me regaló Tamara, pero sentí el reloj. Exacto, el reloj “Espacio-Tiempo 3.60”.

Y, entonces, fui capaz de recordar. Emilio dijo que nosotras ya habíamos pasado por todo esto porque era un tipo de bucle. Y, antes de salir, me explicó que, si toco

el botón rojo del reloj, entonces volveríamos al comienzo, aunque no recordaríamos todo esto.

— Pero, sólo es en caso de emergencia, Enosi —me había advertido al dejarme el reloj. Y ésta era una emergencia. Si reiniciábamos, existía una posibilidad de que Tamara sobreviviera esta vez... y podríamos ir desde el comienzo por ese tal Adam, matarlo y terminar con eso.

Así que tomé el reloj “Espacio-Tiempo 3.60” y lo observé detalladamente.

Y, cuando mi dedo índice estaba a punto de tocar aquel botón rojo color sangre, lo escuché:

— ¡Espera, Enosi! —gritaba Emilio Williams corriendo hacia mí—, ¡no toques el botón rojo!

— ¿Por qué!? —respondí desesperada—, ¡dijiste que lo podíamos usar en caso de que todo estuviera perdido!

— No, pero, Enosi, hay que hablar sobre esto.

— ¿Hablar sobre qué? —respondí confundida—. Las cosas están más que claras. Aquel chico es el que comenzó la Compañía AZ y, si regresamos a matarlo, entonces todo estará bien.

Emilio me miró fijamente y con lágrimas corriendo por sus mejillas murmuró:

— Por favor, no lo mates.

— ¡Gracias a él el mundo entero está a punto de destruirse! —grité fúrica—. ¿Por qué quieres salvar a alguien como él, si sabes que en poco tiempo enloquecerá y creará lo que hoy nos atormenta? —bajó su mirada y dio un paso atrás:

— Deberías entenderlo, Enosi... —su voz cada vez tenía menos fuerza y lucía más decaído.

— Pero, ¿qué? —pregunté más confundida y en aquel momento en que tenía el reloj en mi poder, mil recuerdos retornaban y yo sabía que ya había pasado por todo eso. Sin embargo, esta vez ya no tenía dudas, recordaba todo—. ¡Oh!, ya entiendo... finalmente, lo comprendo —dije seria.

Lo toqué del hombro e hice que levantara su mirada.

— Dime, Emilio, ¿aquel hombre es tu hermano?

Al escuchar estas palabras, Emilio retrocedió rápidamente y abrió los ojos como unos platos.

— Así que sí lo es —dije firmemente—. Entonces, ¿yo fui la que comenzó con esto verdad? —me senté en el suelo y comencé a analizar la situación que nos había llevado hasta ahí—. Así que todo esto es por ese error mío...

— ¿Qué?, ¿cuál error? —me preguntó sin comprender—, ¿qué recordaste, Enosi?

— Ay, Emilio —respondí mientras sonreía—, yo fui la que creó el primer reloj “Espacio-Tiempo 3.60”. Tú tan sólo fuiste una herramienta que encontré.

— ¡¿Qué?! —gritó histérico—, pero si una mujer adulta fue la que salvó a mi yo bebé.

— Como dije, todo esto fue por aquel error mío —respondí seriamente mientras miraba al suelo—. La primera vez que viajé tras investigar todo sobre los Zamb, cometí un error en mis cálculos. Se suponía que me desharía del último Zamb, pero al llegar a su casa sólo había encontrado a un bebé. Supuse que era él a quien buscaba, pero no lo quería matar, así que, simplemente, me lo llevé al futuro para que arreglase todo lo hecho. Verás, los Zamb son muy inteligentes, su IQ suele sobrepasar los 148. Aunque

eso ya deberías saberlo —al escuchar tal explicación, Emilio cayó de rodillas y me preguntó:

— El que en verdad te ibas a llevar... era mi hermano, ¿verdad?

— Sí, sí lo era —respondí triste—. Lamento haberte metido en esto, sin embargo, yo no fui la que creó el bucle.

— Eso lo sé... —respondió— ése fui yo cuando no pude soportar sus muertes.

Emilio había estado creando el reloj una y otra vez para intentar conservar lo que le pertenecía, su legado y sus amigas, y para intentar detener a su hermano sin tener que matarlo.

— Parece que compartimos la culpa —dijo Emilio.

— Sí... pero arrastramos a mucha gente con nosotros —contesté, lamentando la muerte de Tamara—. Por cierto, ¿cómo es que te acuerdas de todo, si una vez que se toca el botón rojo perdemos los recuerdos?

— Oh, gracias a esto —respondió y sacó un cuaderno de su bolsillo.

— ¿Un diario? —pregunté.

— No es cualquier diario —respondió serio—, es el tuyo.

Con eso entendí por qué, cada vez que viajábamos, Emilio robaba mi diario en el que tenía escrito todos los sucesos desde la mañana en la que Tamara Gallagher y yo decidimos ayudarlo.

— ¿Por qué lo tomaste?, si me lo hubieras dejado, ya habría solucionado todo —dije molesta.

— Te lo quité porque la paz que creaste no me convenía a mí —respondió.

— ¡Entonces, lo habría logrado, todo esto es obra tuya! —grité furiosa—. Es gracias a tu egoísmo que el mundo está por explotar y que nosotros estamos atorados en este bucle.

Tomé los diarios, el actual y el anterior, y los lancé hasta el otro lado de la habitación.

— Lamento que hayas terminado así, Emi —dije con una lágrima recorriendo mi rostro y, aunque él vio mis intenciones e intentó detenerme, fui rápida y toqué el botón.

El suelo se comenzó a desprender, el techo se caía y las paredes se desmoronaban. Después sólo éramos nosotros cayendo en la nada; todo estaba oscuro a nuestro alrededor, no sabía lo que iba a pasar o si se iba a arreglar todo, pero con Emilio y sin esos recuerdos, probablemente el reloj no se pudiera armar correctamente. Tal vez nunca lleguemos aquí y sea nuestro fin o el comienzo de otro bucle. pasaría lo que tenía que ser, dando final a esta serie de eventos catastróficos.

Caímos y caímos, nuestras memorias iban desapareciendo junto con nuestras historias... hasta que llegamos a un profundo sueño. Cerré los ojos, todo estaba oscuro y tranquilo... Hasta que escuché una voz:

— ¡Enosi!, ¡Enosi, despierta! —gritaba alguien, era una voz femenina y la mujer me jalaba del hombro. Abrí los ojos y vi a Charlata manejando, estaba en mi auto volador, junto a Tamara Gallagher, mi mejor amiga.

— ¿Ya viste el nuevo proyecto que están haciendo en Industrias Atómicas? —me decía emocionada.

— No... ¿cuál es? —pregunté confundida, pues acababa de despertar y aún veía borroso.

— Pues el reloj, Enosi, pensé que ya sabías —dijo con

tono de sabelotodo mirando su teléfono y actualizaba su *feed* nuevamente.

— ¿Otra vez? —respondí. Me asomé por la ventana y me quedé admirando a mi alrededor, observando aquellos autos voladores y la infinidad de edificios...

— ¿Cómo que otra vez? —preguntó Tamara Gallagher, me miró con el ceño fruncido y guardó silencio.

— Vámonos, Charlata —dije sonriente—, vayamos a ayudar a Emilio Williams con ese reloj.

Tamara asintió y Charlata aceleró, saqué el diario de mi bolsa y comencé a escribir...

Super... ¿man?

Paola Guadarrama Magdaleno

26 de agosto de 1976

El lugar no está mal. No me atrevo a decir que es perfecto, pues tiene sus desventajas, pero creo que cumple con las condiciones que más me son importantes para desarrollar de la mejor manera lo que tengo en mente; se encuentra aislado del centro del pueblo y las construcciones más próximas están en un radio de dos y medio kilómetros, lo que es un factor extremadamente útil porque, de esta manera, nadie se mete en lo que no le incumbe y me ahorra el sufrimiento que me provoca convivir con la gente... ¡Los humanos son tan inútiles! Además, este sitio tiene un aspecto lúgubre que me encanta: es frío, oscuro, tenebroso y lleno de misterio. El hecho de que me provoque escalofríos a mí, el Rey del Infierno, es un recordatorio de lo macabro que puedo llegar a ser. La única desventaja que le encuentro es el hedor a humedad que desprende, pues, por más que he tratado de acostumbrarme a él, parece que, en vez de disminuir, se incrementa exponencialmente. De cualquier manera, espero encontrar alguna solución para erradicar tal hedor, aunque eso lo colocaré como una necesidad de segundo plano por el momento, por ahora es imperativo fijar mi atención en

preparar todo minuciosamente para no dejar cabos sueltos y que todo salga a la perfección.

Ahora que lo pienso, ese apodo me gusta: “El Rey del Infierno”. Claro que no soy el auténtico rey del infierno, pero recuerdo que la gente a mi alrededor solía llamarme así al verme entrar o pasar por algún lugar: “¡Miren, ahí viene el Rey del Infierno!, ¡corran todos!”. A la fecha, sigo sin comprender por qué me llamaban así, y lo que alguna vez fue un apodo que consideré despectivo, ahora se ha vuelto algo característico de mi persona.

Lo que tengo en mente no puedo confiárselo a nadie porque corro el riesgo de contar mi secreto y que algún traidor incompetente termine exponiéndolo, así que estoy solo y plasmaré mis pensamientos en este diario. Escribir en este cuaderno implica un sacrificio por varias razones: primero, jamás me he considerado un experto en lo que se refiere a la escritura y redacción, entonces, se entenderá lo mucho que me cuesta organizar mis ideas para que al plasmarlas tengan sentido; segundo, ¡es mucha responsabilidad!, es decir, tengo que cuidarlo como a mi propia vida porque, si lo extravío, será mi perdición. Asimismo, jamás he sido lo suficientemente responsable y perseverante como para dedicarme a una actividad que implique esfuerzo diario y, a pesar de que veo sumamente difícil que pueda escribir aquí todos los días, intentaré hacerlo periódicamente.

1 de septiembre de 1976

Ha pasado una semana y poco ha cambiado. He dedicado día y noche a investigar arduamente en cientos de libros para ver si encuentro algo que pueda ayudarme a

avanzar significativamente en mi experimento, pero todos tienen la misma información que, en este punto, ya me sé al derecho y al revés. Si en un mes sigo en el mismo punto, temo que me daré por vencido... Claro que rendirme no es algo que quiera ni de lo que estaría orgulloso, pero jamás me había topado con algo tan enredado y complicado, lo que me frustra inmensamente, porque no es algo que lleve investigando un par de insignificantes semanas o meses.

Por otro lado, sigo en mi tarea de recolectar vísceras de animales y considero que mi progreso es bastante fructífero. Es decir, he conseguido relativamente pocas especies, pero tampoco puedo apresurar el paso o levantar sospechas. Confieso que el otro día que entré a robar vísceras y partes de animales a un taxidermista ubicado en las orillas del pueblo, por poco y soy descubierto, pero gracias a mi astucia y mi mente superior, logré salir sin siquiera ser reconocido. A pesar de que tal acción representó un peligro potencial para el desarrollo exitoso de mi plan, fue un riesgo que valió la pena correr porque de ahí logré sacar un corazón de lobo, garras de oso, piel de camaleón, estómagos de vaca, riñones de puerco, patas de jaguar..., entre muchas otras partes que no enlistaré por mantener la confidencialidad de mi plan.

La verdad, ahora que lo pienso de manera más consciente, no sé por qué habría de enojarse el señor taxidermista si me hubiese encontrado robando. Me refiero a que no tendría por qué molestarse si, incluso, le estoy haciendo un favor al llevarme lo que él no necesita, pues a la mayoría de los de su clase sólo les importa la estructura externa de los animales para poder crear bellas represen-

taciones de lo que alguna vez tuvo vida. En fin, no tiene caso tratar de comprender a la sociedad de hoy en día, ¡la gente está realmente loca!, yo, en cambio, soy el modelo a seguir para crear una sociedad mejorada.

12 de septiembre de 1976

Ayer decapité a una gallina; no por el hecho de que su cabeza me fuera a servir de algo.

Tontos pollos con plumas, no sirven más que para poner huevos, pero me gusta verlas correr despavoridas una vez que les cortas la cabeza. Fue mi dosis de diversión diaria porque, a pesar de estar inmerso en este proyecto, hay que tener en cuenta que uno necesita entretenerse de vez en cuando en algo que le produzca placer y serotonina y, ¿qué mejor que deleitarse con una gallina desorientada cuando estás tratando con animales?

Por cierto, hubo noticias acerca del taxidermista, las que extrañamente fueron a parar hasta mi aislada locación y, gracias a que el pueblo está lleno de gente chismosa y la noticia se pasó de boca en boca, llegó a mí. Resulta que lo hallaron muerto... y los sospechosos son miembros de un grupo activista defensor de los derechos animales, ¡odio a esas personas!, son tan “amor y paz, hermano”, es decir, no tengo nada en contra de que defiendan a los animales, es más, tienen todo mi apoyo pero, ¿es realmente necesario que sean tan... raros?

Además, desgraciado fue el destino que sufrió el señor que ejercía la tan honorable profesión de la taxidermia... me lamento por su muerte. Por otro lado, una vez apartando todo este escándalo y viéndole el lado bueno a la situación, significa que podré entrar a saquear ab-

solamente todo lo que me plazca y requiera, dejando a un lado el estrés que me provoca el evitar a toda costa ser descubierto por un señor —probablemente armado y listo para disparar antes de preguntar— a medianoche.

13 de septiembre de 1976

No podía dejar pasar más tiempo de la muerte del taxidermista, pues aún estaba fresca y necesitaba aprovechar que el edificio siguiera sin limpiarse ni examinarse minuciosamente.

Para mi satisfacción, puedo felizmente plasmar en mi registro que ¡mi operación resultó un éxito total! Entré a la casa del taxidermista sin mayor problema y pude darme el lujo de llenar las bolsas que llevaba hasta el tope con órganos de todo tipo de animales e, incluso, me permití traer conmigo algunos ejemplares que —aunque en terribles condiciones— aún permanecían vivos.

El recuento de mi fortuna se resume en que ahora tengo gatos, perros, ratones, reptiles, anfibios e insectos encerrados en sus respectivas jaulas y cajas para consumirlos después y el refrigerador repleto a más no poder de frascos etiquetados con diferentes nombres para su fácil identificación: cerebro de búho, corazón de lobo, hígado de cerdo, ojos de águila, orejas de conejo, etc. No las escribiré todas porque, en verdad, son demasiadas. ¡Rico y dichoso que soy yo!

1 de octubre de 1976

Descubrí que la música representa una inmensa ventaja a mi favor, puesto que ayuda a que me concentre e influye en el comportamiento de los animales: he notado que

permanecen más tranquilos y apaciguados. Es curioso, he probado con varios géneros y, en definitiva, el que se lleva el premio por mucho es el rock progresivo, ya que les he puesto excelentes piezas de música clásica, pop, metal, jazz, blues, country y puedo afirmar con certeza que lo único que los mantiene quietos es el rock progresivo. De tener tiempo, me encantaría hacer un estudio más profundo sobre este tema, después.

Llevo poco más de un mes escribiendo en este diario y debo ser sincero al confesar que lo estoy disfrutando sobremanera. Incluso considero que me está ayudando a reflexionar sobre aspectos en los que ni siquiera hubiera pensado de no ser porque me desahogo en este preciado cuaderno... me ayuda a organizar mis pensamientos, a analizar y a evaluar cómo ha sido mi progreso, a estar en paz con mi conciencia al saber que lo que hago está bien —a pesar de lo que la gente pueda pensar— y a no perder de vista que todos los impactos negativos que esto pueda tener son por causa de un bien mayor, pues estoy seguro de que la recompensa será más que gratificante.

Por otro lado, a pesar de que tengo cientos de animales que me acompañan y hacen ruidos en mis noches más solitarias, me siento más demacrado, inútil y solo que nunca, hasta me atrevería a decir que siento cómo la enfermedad avanza progresivamente y me carcome lentamente por dentro.

Aquí es en donde radica la importancia de mi experimento: si el resultado es satisfactorio, jamás tendré que volver a preocuparme por ninguna enfermedad que me aqueje en el futuro, pues seré inmune a prácticamente todo. Asimismo, podría fácilmente cobrar inimagina-

bles cantidades de dinero por el simple hecho de compartir la clave secreta para mantenerse sano de manera vitalicia, pero es una alternativa que me lleva a pensar: ¿por qué tendría que compartir mi sabiduría con aquellos que fueron crueles y despectivos conmigo? Además, ¿de qué me serviría el capital acumulado? Por tanto, creo que la clave la guardaré para mí mismo y que la humanidad se pudra como lo merece, su inutilidad, soberbia, vanidad, indiscreción y falta de respeto serán su perdición.

19 de octubre de 1976

¡Seré yo un completo tonto!, ¡lo único que he estado haciendo es perder el tiempo los últimos dos meses!, ¿cómo es que no lo noté desde antes?, ¡qué frustración!

Ayer, mientras revisaba el enorme librero que descansa en mi alcoba, me topé con un libro muy peculiar que describe justamente lo que planeo hacer. Al principio vacilé en si valdría la pena leerlo, pues creí que tendría la misma información que todos los demás... ¡qué equivocado estaba!, de no haberlo leído, seguiría igual de perdido que como cuando empecé este proyecto.

Aquel libro significó un parteaguas para mi investigación: me dio la clave que necesitaba para, finalmente, poner en marcha el plan. Lo que yo estaba haciendo era juntar animales vivos con las partes de animales muertos, lo que significaba un dolor de cabeza porque, si quería usar a una simple rata, tenía que matarla y, después, abrirla para extraerle lo que me interesaba, pero descubrí que a los únicos que tengo que matar de esa forma son a mamíferos muy grandes, pues a ellos no me los puedo simplemente comer; los insectos, reptiles y mamíferos

pequeños, en cambio, puedo consumirlos como materia prima sin problema alguno.

De haber sabido antes este dato, hubiera empezado con el plan mucho tiempo atrás. ¡He estado desperdiciando mi tiempo! En fin, basta de lamentos y manos a la obra.

27 de octubre de 1976

Me siento vigilado. Estoy casi seguro de que alguien está detrás de mí y no precisamente con intenciones de ayudarme. Hoy salí a comprar comida —sí, desafortunadamente sigo siendo humano y necesito alimentarme con comida “normal”— y podría jurar que dos figuras altas, fornidas y de ropas anchas me seguían a cada paso que daba... ¿serán acaso los famosos *Deepers* que se encargan de perseguir a sujetos como yo? Confieso que había oído hablar sobre ellos, pero me parecían una leyenda, pues jamás habían sido lo suficientemente tontos como para meterse conmigo y lo poco que se rumora sobre ellos en la comunidad de nigromantes y hechiceros a la que pertenezco es que son personas comunes y corrientes, pero con capacidades y habilidades físicas que los hacen temibles. Ya veremos si los supuestos *Deepers* son tan audaces como para tomarme por sorpresa y hábiles en combate cuerpo a cuerpo, como dicen ser. ¡Vengan por mí, malditos!

6 de noviembre de 1976

Durante la última semana, me encontré ante una terrible decisión: no sabía si arriesgarme a ir al refugio de animales que se encuentra en Kansas Street por un par más de

criaturas, en caso de que hicieran falta para la ejecución final, o quedarme en mi zona segura sabiendo que cuento con los animales necesarios, pero teniendo en mente que siempre existe el riesgo de que alguno se haya escapado y, entonces, me harían falta.

Después de analizarlo mucho, decidí bajar al pueblo para saquear el refugio. Todo iba perfecto, hasta que una equivocación de mi parte —verdaderamente estúpida, he de añadir— me costó ser advertido por el perro guardián que estuvo a punto de ser devorado por un servidor, pero el astuto no perdió ni un segundo en dar aviso al dueño, quien, a su vez, llamó a las autoridades y, bueno... lo que pretendía ser un robo sin complicaciones, por una u otra eventualidad, derivó en que me topara cara a cara con los *Deepers*, quienes, encima de todo, ¡trataron de acabar conmigo! Afortunadamente, había desayunado cerebro de búho que hizo que mi capacidad intelectual fuera diez veces más eficiente y pude salir de ahí antes de que siquiera pudiesen mover un pie. Sé que esta vez escapé, pero no tardarán en volver a encontrarme y necesito estar lo más preparado posible. De hecho, espero que me busquen, pues será la prueba perfecta para probar mi inmunidad ante situaciones que escapen de mi control.

17 de noviembre de 1976

¿Alguna vez he dicho por qué decidí trabajar con animales? A pesar de que nunca lo he manifestado, la respuesta es simple: los admiro. El mundo animal es inmensamente superior a la sociedad humana; ellos no se complican con cosas insignificantes y tienen dotes que los humanos sólo podríamos soñar con llegar a tener: camuflaje, velo-

cidad, vuelo, increíbles mecanismos de defensa, olfato sumamente desarrollado, vista mejorada, oído que detecta frecuencias que los humanos no pueden detectar, agilidad superior y mejor memoria a corto plazo, entre muchas otras. Asimismo, podríamos argumentar que la raza humana es superior porque posee inteligencia, capacidad de deliberación, racionalidad, conciencia y... pulgares —sí, es importante mencionarlo porque he de decir que la mayoría no suele pensar en ellos como algo esencial o como una ventaja, pero la realidad es que lo son—; es por lo que yo pretendo lograr, como objetivo final, mezclar los mejores atributos y cualidades de los dos mundos, literalmente hablando.

Es decir, imaginemos a cualquier ser humano, ya sea uno perfectamente racional, inteligente, con pulgares y conciencia o uno que sufra de enfermedades mentales, crónicas, fatales o discapacidades físicas, ¡eso es lo que menos importa!, ahora agreguémosle las mejores cualidades de cada animal... ¡se convierte en un ser invencible y superior a todos los demás! Lo mejor de todo es que no es una condición que adquieres permanentemente —no, si te comes un grillo no te quedarás como grillo el resto de tu vida—, pues puedes adquirir cuantas habilidades diferentes quieras, mientras consumes los órganos específicos del animal deseado y el efecto se pasará en menos de treinta y seis horas.

Claro que no todo es tan fácil como suena porque, evidentemente, toda buena recompensa implica algunos sacrificios y esfuerzos extras: el primero, y más evidente, es la muerte de especies animales; el segundo, antes de proferir un conjuro en latín que debes aprender de

memoria sin fallar ni una sola palabra, requiere que en la mezcla incluyas sangre fresca de la planta de tu pie; y, por último, pero no menos importante, puede surgir un efecto adverso conforme más se haga uso de los atributos del reino animal; la naturaleza —con el paso de las décadas— te irá reclamando como suyo, pero eso jamás me ocurrirá a mí, pues soy el difusor de la idea y nunca seré lo suficientemente ingenuo como para dejarme ganar por la madre naturaleza.

22 de noviembre de 1976

Aún no me atrevo a probar con las grandes especies, pero he probado con un par de insectos y es digno de resaltar lo fascinante que me pareció el efecto que se provocó en mi organismo al ingerir una “insignificante” mosca. Aunque fue realmente asqueroso, el resultado fue verdaderamente impresionante y el proceso relativamente simple: corté la planta de mi pie derecho y dejé que escurriera un finísimo hilo de ese preciado líquido sobre un caldero de peltre, al que agregué la mosca y, una vez pronunciado el conjuro indicado en voz alta, ingerí hasta la última gota de aquella mezcla que comenzaba a cobrar una tonalidad rojo carmín.

Lo confieso, fue necesario repetir el proceso dos veces, pues la primera vez que lo intenté no funcionó porque me faltó decir una oración al pronunciar el conjuro; claro que eso no lo supe hasta un par de horas después cuando caí en la cuenta de que el efecto ya debería estar produciéndose en mi organismo y, para mi desgracia, no había señal alguna de que estuviera siendo así; eso es lo que pasa cuando no te tomas la delicadeza de aprenderte

el conjuro de memoria: pierdes tiempo y es necesario repetir el proceso.

Para asegurarme de que esto no me vuelva a ocurrir y sólo desperdicie ingredientes y tiempo, plasmaré el conjuro en las páginas de este diario, con el objetivo de leerlo día y noche hasta que quede plenamente grabado en mi memoria, pues es justo el castigo que merezco.

Animalis regnum voco te. Carmine quo mente ponitur solum ad usum huius potestatis; Ego levavi manum meam ut bona faciam, propter quod non postulatis neque enim posteritatem, sed omnes. A laqueo adducam libera me. Oro ut libertas, ut a te audire.

Después del desafortunado incidente con el conjuro incompleto, decidí realizar un segundo intento (cuidando no fallar en ninguna palabra esta vez) y, como era de esperarse, el resultado fue completamente satisfactorio.

Como bien he mencionado, aún no he probado con las grandes especies, pero sí con insectos, lo que me lleva a describir mi experiencia con la mosca. Desafortunadamente una sola mosca no es suficiente para lograr elevarme en vuelo, pero tiene muchas otras habilidades que me dejaron muy impresionado. Lo primero que noté fue la visión fragmentada que tienen estos insectos —algo que representa una clara desventaja, pues limita mucho el campo de visión— y la extraña forma en la que captan la luz exterior porque, si lo que percibí fue correcto, captan únicamente el espectro de luz rojo y azul, por lo que los colores de los objetos se ven muy diferentes. Asimismo, el otro aspecto que capté fue la manera en la que estos

curiosos insectos perciben el tiempo, ¡es realmente impresionante!, es decir, lo que para nosotros significa un segundo, para ellas significa el triple; he ahí cómo se explica por qué son tan ágiles y hasta parece que anticipan nuestros movimientos: mientras los humanos vemos todo en “tiempo real” —entrecomillado porque ha quedado claro que esto es un concepto relativo—, las moscas perciben lo mismo, pero en cámara lenta. Es increíble darse cuenta cómo uno puede permanecer en un estado de total perplejidad ante estímulos que nos provocan intriga... las moscas me han puesto a pensar.

Así, pues, cada descubrimiento significa progreso. La habilidad previamente descrita será sumamente útil al escapar de situaciones que atenten contra mi seguridad e integridad. Mientras esté prevenido y cuente con esta habilidad en mi organismo, ¡jamás podrá tomarme por sorpresa un ataque! Por primera vez, dejaré de ser el sujeto lento y torpe como el que siempre me etiquetaban.

30 de noviembre de 1976

Aquellos que se hacen llamar *Deepers* definitivamente están buscando cazarme y asesinarme. Bajo ninguna circunstancia dejaré que eso suceda. Tengo poco tiempo antes de que encuentren el búnker en el que me escondo, por lo que es momento de dejarse de tonterías y poner en marcha EL plan.

2 de diciembre de 1976

Estoy listo, pueden venir por mí cuando deseen, pero advierto que jamás podrán acabar conmigo, pues, en este

punto, soy el ser más poderoso y con más habilidades sobre la faz de la tierra.

Estos insignificantes humanos no tienen la más mínima idea de lo que les espera en caso de que sean lo suficientemente valientes como para venir a enfrentarme. En mi organismo está presente lo mejor de cada especie animal, por lo que puedo hacer lo que me plazca a voluntad... ¿camuflaje?, ¿vuelo?, ¿súper fuerza?, ¿velocidad extrema?, ¿flexibilidad ósea?, ¿agilidad?, ¿veneno?, ¿inteligencia superior?, ¿mordida mortal? Lo tengo absolutamente TODO.

Justamente es esto a lo que me refiero cuando expreso mi deseo por crear una sociedad mejorada: humanos genéticamente modificados para ser invencibles por la recopilación de las cualidades de distintos animales; claro que esto será posible sólo para aquellos que realmente lo merezcan, esperando así que la desafortunada parte de la sociedad a quienes no le serán otorgados estos beneficios, recapaciten y cambien su comportamiento con el objetivo de ser mejores. En el mejor de los casos, se ejercerá la selección natural: ésa sería la solución ideal. En caso de que lo que he creado actuara como un estímulo con tal de obtener la recompensa, representaría una total decepción.

5 de diciembre de 1976

Las sensaciones que estoy experimentando son indescribibles, mas me permito plasmar aquí un par de observaciones con objeto de que sean lo más apegadas a la realidad.

A pesar de haber dudado tanto de mí mismo, la ejecución final salió perfecta; en toda la amplitud de la pala-

bra. Ahora carece de relevancia el hecho de haber mantenido el asunto de manera tan “secreta”, pues las situaciones que me rodean dejaron de representar una amenaza. Es decir, los *Deepers* están cada vez más cerca de mí —de hecho, podría jurar que no están a más de un par de kilómetros—, pero es momento de enfrentarlos y dejarles en claro las cosas inimaginables que puedo hacer...

¡Al diablo!, sé que en las páginas anteriores presenté una justificación para mi proyecto, pero lo que estoy por revelar es completamente diferente, y es la verdad. Primero, un poco de historia de trasfondo: hace dos años me detectaron una rara enfermedad degenerativa crónica, lo que supuso un fuerte golpe psicológico y emocional. Comencé a verme involucrado en malas relaciones y en el uso de sustancias ilegales con tal de alejarme de la realidad en la que estaba inmerso. Así pues, descuidé a la familia que tenía, lo que provocó que mi esposa se alejara llevándose consigo a mi pequeño. En concreto, a pesar de que fue una cadena de circunstancias, ese acontecimiento en particular, fue el que me marcó... estaría completamente solo de ahí en adelante.

Después de que mi cerebro, con tamaño de bellota, analizó todo el daño que le había hecho a mi familia y a mí mismo, juré hacer algo al respecto para, al menos, “equilibrar” las cosas. Me volví un estudioso y, con el objetivo de realizar mi propio descubrimiento científico que ayudaría a la sociedad y me proporcionaría el respeto necesario para recuperar a mi familia, pasaba todo el día con la nariz metida en los libros que, he de aclarar, fueron de temas variados: historia de la ciencia, comportamiento animal, avances científicos recientes,

tejidos regenerativos, mitosis celular, estudio del latín para principiantes e, incluso, me di el lujo de leer aquellos que no tenían nada que ver con el tema, sólo por el placer que me provoca la lectura. Claro que al principio me daba una extrema pereza levantarme todos los días teniendo en mente que mis planes para ese día eran los mismos que el día anterior —algo así como si estuviera en alguna clase de cuarentena— pero, con el tiempo descubrí lo interesante que podía ser y, después de un par de meses, me enamoré del mar de conocimientos que me proporcionaban los libros.

Así, entonces, un día, entre las tantas páginas de un libro, hallé un texto que me pareció sumamente interesante que presentaba una teoría que, de ser cierta, beneficiaría a mi estado de salud y me haría posible recuperar a aquellos que tanto amaba y que por imbéc... descuidado, perdí de la manera más dolorosa.

Como un fiel creyente del método científico, decidí poner a prueba esta teoría. Anteriormente he explicado un poco acerca de esto pero, para disipar el enigma que pudo haber significado, lo detallaré un poco más a continuación. La tarea consistía en recolectar la mayor cantidad de organismos que me fuera posible para, después, al combinar partes específicas de cada uno fuera posible crear un súper humano. Ahora bien, ¿a qué me refiero con “partes específicas”? Imaginemos esto: ¿qué es lo que hace que un búho sea inteligente?, su cerebro; ¿qué es lo que hace que los camaleones tengan habilidades de camuflaje?, la adaptación que tiene su piel para cambiar de pigmentación; ¿qué parte del lobo podríamos usar para tener una mordida voraz y unas garras feroces?, el cora-

zón. En fin, ejemplos como éstos hay muchos, pero considero que con los anteriores basta para comprender lo que se pretendía lograr.

Con ello en mente, me empeñé durante meses en buscar la mayor cantidad de especies posibles y, hoy, el día en que finalmente culmina mi experimento, no podría estar más satisfecho con el resultado. Al escribir esto estoy poniendo en práctica las nuevas habilidades que tengo, pues ahora soy mentalmente más ágil, percibo mejor lo que ocurre a mi alrededor y puedo retener mejor los conocimientos. Si bien a nivel mental me siento pleno, mi aspecto físico es incomparable; tengo todas las habilidades que podría desear e imaginar.

Aun así, ¿de qué sirvió? De NADA. Todo el esfuerzo que invertí en este proyecto ha sido en vano. Hace dos días llegó a mis oídos la noticia de que habían identificado dos cuerpos a la mitad del bosque, aparentemente destazados por un animal. Era el cuerpo de una mujer joven y un niño de entre cinco y siete años; eran mi mujer y mi pequeño. Ellos eran el motor de mi investigación.

No sé cuál es el siguiente paso, pero no quiero afrontar la realidad. Es decir, estoy consciente de que al consumir partes animales podía adoptar ciertos comportamientos “negativos”, pero no quiero aceptar que sea mi culpa.

No sé cómo seguir con mi vida o si siquiera debería seguir con ella. Creo que hubiera sido mejor aceptar mi condición desde un principio porque, al menos así, ellos seguirían con vida. Lo que me atormenta durante las noches es que podría jurar que aún escucho la risa de mi pequeño cuando solía columpiarlo en los juegos del par-

que, o el dulce y cálido abrazo de mi esposa como señal de buenas noches.

FIN DEL DIARIO

— Es todo, Fleitcher, ahí termina el diario. Al parecer ésas fueron sus últimas palabras escritas. ¿Acaso somos nosotros los *Deepers* que tanto mencionaba?

— Al parecer sí, Charhliea, es decir, el nombre me parece lo menos creativo que puede existir, pero creo que así es como somos reconocidos ahora. Patético...

— Concuero, pero ahora que encontramos su diario, me cuestiono: ¿hicimos lo correcto en perseguirlo y asesinarlo?

— ¡Por supuesto que sí, Charhliea!, nunca dudes de eso. Personas como él jamás deberían existir, pues son monstruos y su existencia en la tierra representa un peligro potencial para la humanidad, aunque él siempre haya creído lo contrario.

— Pero, pero... tenía buenas intenciones.

— ¡Por Dios, Charh, nada de *peros*! Pareces un chillón compadeciéndote de él. Hicimos lo que teníamos que hacer y fue lo correcto.

Charhliea se quedó pensando unos instantes en aquello que le acababa de decir su hermano; a veces odiaba que fuera tan rudo con los demás. Él no consideraba que todos fueran monstruos si tenían una buena razón por la que lo habían hecho, pero decidió aceptar el punto de vista de su hermano para no meterse en más complicaciones.

— Ahora, vamos a llevar a este humano-animal al tiradero o ¿será mejor quemarlo?, ¿qué opinas tú? —agregó Fleitcher en un tono desesperado.

— Está bien, lo que decidas hacer con él está bien. Tienes razón, de cualquier manera, si no lo hubiéramos matado, él habría acabado consigo mismo.

— ¡Ése es mi hermano! Ahora, ayúdame a llevarlo al auto.

De camino al auto, Charh no pudo evitar pensar en la tristeza y el dolor que sufrió aquel hombre, pues él no podía imaginar una vida sin su hermano o su familia. Asimismo, consideró que su experimento era una cosa sumamente interesante y digna de replicar, pero ¿por quién? Claro, él lo haría: deseaba ese poder. Le demostraría a su hermano que no todos son monstruos o, ¿acaso se atrevería a dispararle a él también? Una vez analizado los errores del investigador anterior, Charhliea estaba seguro de que él podría hacerlo mejor.

Fontana di Trevi

Renata Rodríguez Oteiza

El sol irradiaba su ira al amanecer y se reflejaba en las voluminosas e imponentes figuras de mármol de hombres llenos de grandeza, de reluciente blancura e inmensa hombría.

Las sombras, pacientes y tímidas, empezaban a socializar con sus alrededores. El fontanal, siempre previendo a aquellos locos con insomnio, hacía que su mecanismo crujiera desde las altas horas de la madrugada despertando a todo aquel que se encontrara cerca y acompañando con un agudo vals al que ya lo estuviera.

Me aproximé con cautela a la orilla, rocé el agua cristalina con la punta de los dedos y vislumbré una figura. La figura reflejada en la diáfana agua era equiparable a una efigie de biblioteca, inamovible y estática, casi humana, con aires de grandeza pretérita tallada *post mortem*; tenía ojos dorados como monedas encantadas en el fondo de un estanque, manos largas de pianista y tez que se asemejaba a los dioses albos de roca.

Esa vista abrillantada estaba perdida, como si estuviera vagando por los interminables recovecos de un laberinto, como si estuviera recorriendo los callejones infinitos de la mente. Al igual que yo, sus manos prolonga-

das estaban tocando con delicadeza la superficie del agua semejante a la piel de un recién nacido.

Al poco rato de estar mirando las quebradizas facciones del hombre con detenimiento, él se dio cuenta de mi presencia, dejó de acariciar el agua y se alejó lentamente en dirección a la calle contigua de la fastuosa fuente.

Calle de vacilante longitud.

Calle de colores reflejados en el adoquín.

Calle de tonalidades vestida de tortuosa y triste soledad.

Calle de posibilidades y caminos destinados a converger.

El ritmo de sus pasos, al alejarse, se degradaba paulatinamente dejando como eco preguntas sin respuestas, la memoria del hombre y una canción hipnótica.

Siempre me encontraba con aquel extraño, como si nuestras almas estuvieran enlazadas al espíritu de la fuente.

Siempre era la misma rutina: mojarnos las manos y tener un poco de tranquilidad dentro de las posibilidades de la ciudad caótica.

El extraño, que volvía con puntualidad férrea, tocaba el agua como si le estuviera hablando, como si fuera el dios de los océanos, como si estuviera coqueteando con el líquido. Siempre veía a ese hombre, pero al corto rato se alejaba por mis miradas indiscretas.

En el momento de su partida, yo perdía el interés en la fuente, ya no tenía nada que me incitara a mirar ni que me enamorara barbitúricamente.

Caminaba a través de las calles pigmentadas. Al caminar, golpeteaba los pies al ritmo de los engranes de la fuente, subconscientemente bailando esa canción hipnótica.

Regresaba a la tediosa sociedad, a cumplir con tareas, prejuicios y un horario contractual. Llegaba a sentarme a un cubículo claustrofóbico de oficinista en el que sentía que mi vida y juventud lentamente desaparecían. Mi personalidad y mi sentido de individualidad morían dejando en mí solamente pedazos cortantes de lo que solía ser antes de adentrarme en la colectividad.

Otra vez me encontraba con el extraño, con sus ojos dorados iluminados por la luz diurna, con su piel nívea, con sus irresistibles labios voluminosos, y yo lo seguía con la mirada, como una tonta.

Algo era extraño, ese hombre era una visión. Estaba segura de que lo había visto antes de nuestros encuentros mudos. En algún momento, él se había manifestado en mis sueños o en mis pensamientos.

Cada mañana, sentía un deseo interminable de volver. Algo mágico pasaba alrededor de esa maravilla de la escultura y la ingeniería. Algo seductor giraba en torno a ese humano tan hermoso y frágil.

Me pregunté: “¿por qué no me dejo llevar por las fantasías infantiles y los cuentos que siempre eran partícipes de un ejercicio de constante locura mágica?, ¿y si lanzo una moneda?”.

Saqué de mi bolsillo una resplandeciente y fría moneda que chocaba con los haces de luminiscencia. Le di la espalda al artefacto tan conocido, sin miedo, reafirmando mi fe y la familiaridad de ese lugar recurrente. Antes de su naufragio, le dije adiós con la mirada, la lancé sin apego. La moneda llegó a su destino, al fondo de un ente lleno de misterios, en donde, al pasar el tiempo, se iría transformando en un pedazo insignificante de óxido.

Deseé, casi sin pensarlo, deseé conocer los misterios de ese hombre y del transportador de agua. No esperaba que mi donación monetaria se me devolviera, ni que haberla lanzado me otorgara algún tipo de conocimiento, sólo esperaba que me diera paz y que saciara mi curiosidad inamovible.

Regresé, al día siguiente de mi acto de fe, al reaparecer el sol en el cielo coloreado de acuarela en tonos tierra. Conforme recorría las calles, angostamente empedradas, con edificios diminutos pintados en colores altisonantes, el cuerpo se me llenaba de la tan deseada paz, una paz cordial que ahogaba mi curiosidad felina. De reojo, avisté al hombre que se encontraba esperándome, a mi antiguo compañero taciturno de intrigas italianas.

Por primera vez nos vimos directamente a los ojos, nos leímos el alma.

Leyó hasta mis pensamientos más ocultos, les encontró significado. Los devoró con ansias, como si nunca hubiera mirado otros ojos.

Casi instantáneamente continuamos con nuestro camino acordado y, de nuevo, las calles eran espectadoras de algo que todavía no terminaba de entender.

El agua estaba fría. En mis manos se formaban cortantes cristales de hielo (el hielo con calor latente de fusión de cien grados centígrados, esta cifra necesaria para hacer bullir la sangre). Temblaba, el frío al recorrer mis extremidades y articulaciones cartilaginosas me dejaba petrificada y aturdida.

El ser sin nombre, el hombre que me había acompañado al destino desconocido e incierto que yo ignoraba, me miró nuevamente con intensidad, alertándome de un peligro invisible con desesperación cutánea.

Mi humanidad se convertía en mármol inerte, mi corazón se transformó en una pieza de una estructura inanimada de piedra. Por fin, entendí el significado de sus miradas desesperadas. Por fin entendí los secretos y la peligrosidad de lo íntima que mi relación había sido con la fuente.

Quedé atónita por los sucesos y las revelaciones que estaban ocurriendo. Las historias infantiles que previamente había dejado que guiaran mis acciones y deseos tenían verdades ocultas en sus palabras: la magia hechiza, seduce y lleva a un destino horrorosamente extraordinario.

El hombre, que intentó salvarme, sabía de mi ínfimo destino pétreo, en el que por cada segundo que pasaba un centímetro más de mi piel se convertía en una criatura fija; mi corazón se transformaba en una pieza de una estructura inanimada, mi humanidad se convertía en mármol inerte. Una fusión bella entre fuente y humano.

Y, con mi último aliento de humanidad, susurré un melancólico adiós.

Natalia

Isamara Arámburo Martínez

Salía todas las noches, dormía todo el día, nadie la veía llegar, pero sí la veíamos salir; en una colonia tan pequeña en donde todos se conocían y nada era un secreto, se rumoraba tanto sobre ella y había tantas quejas que horrorizaban a cualquier ama de casa altamente católica, a nadie le parecía que Naty fuera una mujer de la vida galante, a mí realmente me importaba poco, pero era inevitable no escuchar a mi madre hablar con horror y sorpresa sobre esta mujer y lo que hacía.

Nadie se metía con ella, pero le tenían asco; admito que vivir en un lugar en donde todos son tan cerrados resultaba molesto.

Naty era transgénero, nació en el cuerpo erróneo y decidió cambiarlo, su nombre pasó de ser Armando a Natalia y no le molestaba ser así, pero los comentarios homofóbicos se hacían presentes día a día, y esos hombres que le hacían tan repugnantes comentarios eran los mismos que solicitaban sus servicios. Recuerdo muy bien un día en que decidí salir con mi novia, estábamos en una plaza pequeña que quedaba cerca de donde vivía ella, vi a Naty entrar en un carro e irse, “ojalá que le vaya bien”, pensé.

Si bien no me llevaba con Natalia, cada noche que yo salía a fumar, la veía salir de su casa y sólo con un gesto, me saludaba y yo le correspondía, lo único que ella y yo habíamos interactuado fue aquella vez en que me salí sin el encendedor y ella me prestó el suyo. Un tanto ridículo, pero fue lo que pasó; al terminar la cita que tuve con mi novia fuimos a su casa y pasé la noche allí.

Al día siguiente, me regresé temprano a mi casa a seguir con lo que solía hacer diariamente: la escuela, el trabajo y las tareas; antes de dormir. Ella salía a fumar un cigarrillo usualmente a la hora en la que yo salía a fumar. Natalia se iba a trabajar y ganarse la vida de la única forma que sabía. Aquel día no la vi salir y pensé que quizá se había quedado dormida.

No entendía cómo es que podía pensar tanto en ella y, para ser honestos, no quería saberlo. Le resté importancia y, hasta la mañana siguiente, me enteré de que uno de sus clientes le había golpeado tan fuerte que tuvo que ir al hospital por ayuda médica.

No la vi en semanas y no pasó nada interesante, pero seguía sin acostumbrarme a fumar mi cigarrillo sin verla pasar. Luego de un tiempo, mi relación amorosa se fue esfumando, ya no hablábamos, sólo discutíamos, hasta que llegó el día en que mi novia decidió decirme el gran motivo de su enojo: estaba embarazada. Eso no me agradó, nunca estuvo en mis planes tener un hijo pero, desafortunadamente, sucedió y nadie podía hacer nada al respecto.

El día en que me dio la noticia llegué a mi casa, saqué un cigarro y me puse a llorar sentado en la banqueta, en lo único que podía pensar era en lo que le depararía a ese pobre bebé que llegaría al mundo en unos meses, con pa-

dres que se odiaban, que no tenían estabilidad económica, que no tenían nada. ¿Qué le podría dar yo?, nada más que miserias; a la mitad de mi llanto, escuché una voz desconocida para mí y, al alzar la cabeza, me encontré con Nat, se veía mal, pero esa mirada de preocupación provocó en mí un sentimiento desconocido, eran cerca de las dos de la madrugada. Las únicas luces encendidas eran las de la calle y lo único que se podía ver era a dos personas que discutían sus problemas como amigos que se conocen de toda la vida...

— Alguna vez estuve en buenos lugares: Francia, Madrid, Nueva York, viajé y fui plena y feliz —se notaba la melancolía en su voz mientras me platicaba sus hazañas.

— ¿Cómo terminaste en un lugar tan bajo como éste?, no lo digo con ánimos de ofender, pero, hiciste tanto...

— Todo lo bueno tiene un final —me interrumpió—, en mi caso fue mi expareja; en su momento me hizo sentir especial, pero lo nuestro era un chiste, cuando me percaté de eso, era tarde; se quedó con nuestra casa, el carro, más de la mitad del dinero que teníamos, y, al final, me despojó de todo lo bueno que tenía. Eso ya no importa ahora, uno sana con el tiempo y busca la forma de ganarse la vida, al menos me queda el saber que el amor juvenil sigue vigente, ¿cómo se encuentra tu novia?

No voy a negar que aquella pregunta, sumada a la bomba humana de emociones que era y la triste y dolorosa historia de Naty, me hicieron sentir un golpe de realidad que me remontó a la nula posibilidad de quedarnos hablando más horas, más días...

— Ha terminado conmigo, resulta que está embarazada y, al parecer, le he jodido la vida o eso fue lo que ella me dijo.

— Lo siento, creí que estaban bien, de cualquier forma, piensa más en la criatura que en el odio que te tiene, ese bebé no tiene la culpa de lo que ha pasado —abrió su bolso y me extendió un billete de 200—. Sé que con esto no mantienes de por vida a un bebé, pero me gustaría ser la primera que le compre algo bonito y, como me marcho mañana, no podré comprárselo, por eso te he dado el dinero, élígelo tú, pero hazlo bien, me gustaría que fuera una cobija estampada o un mameluco color amarillo.

— No era necesario, con el simple hecho de poder contarle a alguien sin ser juzgado me bastaba. Por cierto, ¿a dónde irás?

— Tengo negocios que atender en otro lugar, es algo de un par de días. ¿Qué puedo decirte muchacho?, negocios son negocios.

Estaba a punto de hablar, cuando un auto muy viejo y ruidoso se paró frente a la casa de Naty, bajaron unos sujetos con una pinta de ser malandros, ella se levantó y se despidió de mí, pidiéndome que me cuidara y que cuidara a mi bebé. La observé marcharse y un sentimiento adormecedor invadió mi cuerpo, era muy parecido al sentimiento que tuve cuando mi primer amor aceptó salir conmigo, pero multiplicado por un millón, rechacé ese sentimiento y me fui a dormir. Sorpresivamente, dormí muy bien y me costó levantarme porque me negaba a tener que enfrentar un día tan pesado como el que tendría, más aún sabiendo que Naty no me acompañaría.

Tengo que admitir que la semana que dejé de ver a Naty no pasaron muchas cosas, de vez en cuando iba a casa de mi exnovia a llevarle alguno de sus antojos o simplemente a hacerle compañía; ni sus padres ni los

míos sabían que habíamos terminado y que tendríamos un hijo. La rutina era la siguiente: me levantaba, iba a la escuela, luego al trabajo, regresaba a mi casa y hacía mi tarea, después le ayudaba a mi madre y salía a fumar un largo rato para después irme a dormir, y repetir esa rutina al día siguiente, y el siguiente, y el siguiente, y todos esos días pensaba en ella, no podía evitarlo, cuando salía y no la veía pasar, me invadía un sentimiento de melancolía.

Los días pasaban y el sentimiento que tenía hacia Naty sólo crecía y no había poder humano que lo detuviera. Durante su ausencia me puse a pensar en lo que me hacía sentir y las consecuencias que esto podría tener, era claro, no había forma de que ella sintiera lo mismo, ¿eso me convertía en *gay*?, ¿bisexual?, ¿importa? En cuanto mi madre se entere, es seguro que me corre y, ¿qué pensará Natalia?, seguro dirá que estoy demente y no me corresponderá... Me vuelve loco aceptar lo que siento y creer que es buena idea gritarlo a los cuatro vientos.

Pasé todo un día encerrado en mi habitación pensando en lo que me sucedía, lo que, de la nada, Natalia provocó en mí, lo que mi exnovia nunca provocó en los tres años de relación que llevábamos. En unos meses conocería a mi hijo o hija y eso significaría dejar la escuela a muy poco tiempo de graduarme para mantener a ese bebé y, como extra, mi madre era una mujer católica y altamente conservadora que me desconocería como su hijo en cuanto se enterara. No sabía qué diría mi padre, siempre me ha considerado un raro fracasado y creo que esto sólo confirmaría sus creencias.

Natalia... ¿en dónde te encuentras?

Natalia POV

Aquella noche en la que subí a ese carro, me arrepentí en seguida, conocía al sujeto, fui tan ingenua al creer que, largándome a otro estado, a otra casa, en un lugar de mala muerte sería feliz...

— ¡Hola, cariño!, ¿necesitas algún servici...eres tú...

— No sé a quién más esperabas, sube.

— No puedo, tengo que trabajar, ¿sabes?, algunas personas trabajan y buscan la forma de ganar dinero sin que los mantengan.

— La manera en la que tú te ganas la vida no es muy honrada, querida, sube ya, por favor, es la última vez que te lo pido, estoy siendo amable.

No tuve otra opción más que acatar sus órdenes, sabía de lo que era capaz y no quería pasar por ello una vez más. Todo iba bien, en la radio se escuchaba un buen jazz, algo relajante, él no hablaba y yo tampoco, había sido una semana pesada, pero esperaba con ansias el fin de semana para descansar, me dejé llevar al ritmo del jazz y perdí la noción del tiempo, ¡qué gran error! Se estacionó en el callejón más oscuro y tenebroso, se me erizó la piel al ver llegar a más personas...

— Baja, querida, tus servicios son requeridos.

— ¿Qué es esto?

— ¿No me escuchaste?, ¡que te bajes! —no lo pensó dos veces cuando me soltó el primer golpe—. Ahora, Armando, podemos hacer esto de dos maneras, a la buena o a la mala, tú decides.

Me quedé paralizada, no quería bajar porque sabía perfectamente lo que me iba a pasar y, aunque ya había atravesado por eso tiempo atrás, él y sus amigos siempre encontraban la forma de superarse. Y eso hicieron, no pude bajar porque mi cuerpo no me lo permitía y cada segundo que pasaba era un golpe más que agregar a la lista. Al final, abrieron la puerta del copiloto, me jalaron del pelo y a rastras me llevaron a una esquina de aquel callejón para empezar a patearme, escupirme, golpearme e insultarme, sus insultos no son nuevos, las personas homofóbicas no saben insultar, repiten siempre los mismos argumentos y comentarios para después pedirme que les haga compañía y hacer conmigo todo lo que a sus esposas no hacen.

Esto era diferente, esta vez no se trataba del señor de la tienda que me veía con asco, pero que todos los viernes se escapaba de su esposa para llamarme y pedirme que lo atendiera porque ella ya no lo hacía y, una vez terminado el trabajo, me llamaba “maricón” y se iba. Esta vez no sería así porque ellos mantenían a raya su honradez y se demostraban el uno al otro que eran “normales” haciéndome daño; me llamaban a mí enfermo (cuando era todo lo contrario), siempre he creído que los enfermos son ellos al insultarme, golpearme y, al final, violarme como una muestra de su hombría.

Cuando se fueron, me quedé en el suelo en posición fetal llorando de impotencia y dolor. ¿Cuándo sería el momento en que me dejarían tranquila?, mi orientación no le hacía daño a nadie, yo no le hacía daño a nadie, trataba de ser amable y condescendiente todo el tiempo ayudando a los de mi colonia, viendo a los niños que

salían a jugar sin la supervisión de aquellos padres desinteresados, arreglando los espacios que quedaban cerca de donde vivo, y nada bastaba porque no importaba qué hiciera siempre seré un adefesio humano para todo aquel que me mirara. Pasaron las horas y seguía en el suelo... hasta que un grupo de adolescentes me vio y, asustados, llamaron a la policía, quien, a su vez, llamó a una ambulancia.

Una vez internada en el hospital, empezaron a llenarme de preguntas, no fui capaz de delatar a quienes me dañaron porque soy muy cobarde y no quiero que mi denuncia termine con su visita; sólo dije que un cliente, cuyo rostro no pude ver por la poca luz que había, solicitó mis servicios con el objetivo de dañarme, cosa que, si nos detenemos a pensar, es cierta. Me preguntaron por mi familia, pero mis padres no quisieron saber más de mí en cuanto se enteraron de mis preferencias y gustos; la única que me quedaba era mi hermana, pero ella se encontraba fuera del país, aun así prometió visitarme en cuanto su trabajo se lo permitiera.

Una costilla y una pierna rota, restos de semen en mi cuerpo y ropa, moretones en todo el cuerpo, un ojo morado, ligero golpe en la cabeza y cortes en el cuerpo representaban mi estado actual en el hospital, fue una pesadilla. A los dos días de mi estadía en aquel lugar, recibí una llamada, aquellos machitos responsables de que terminara en el hospital me querían ver para ajustar cuentas, si bien yo no había hablado, al lado del callejón había una tienda que tenía cámaras de seguridad y captaron cada parte del tremendo acto que hicieron conmigo. Me amenazaron y me dijeron que, en cuanto saliera del

hospital, me recogerían en mi casa para llevarme al lugar donde arreglaríamos cuentas.

Al llegar a mi hogar, vi al joven que vivía enfrente de mi casa, muy decente y buen muchacho, desafortunadamente, muy joven para mí. Se encontraba solo en la banqueta con un cigarro en la mano, se escuchaban sus sollozos, realmente me preocupó y me llenó de tristeza ver aquella escena, me acerqué y él me platicó sus penas, me rompió el alma en mil pedazos; estaba soltero, eso por una escasa cantidad de segundos me hizo feliz, pero mi felicidad se esfumó al recordar lo que soy y lo que él es, quizá el hecho de saber que es la única persona que ha sido amable desde el día en el que me mudé, me hace sentir esta atracción hacia él, y a todo esto vamos a agregar que tendrá un hijo, lo más que pude hacer por el pequeño fue entregarle mis ganancias del día anterior a la paliza que me dieron. Seguimos platicando de lo mal que estábamos esperando que esa conversación nunca llegara a su fin. Inevitablemente pasó, llegaron más rápido de lo que esperaba y no me quedó otra opción más que irme y dejar a aquel joven una vez más en soledad.

Me fui por una semana, y ésa fue quizá la semana más pesada de mi vida, resulta que regresé a mi vieja casa, y durante esa semana fui su sirvienta y objeto de burlas, al final se aburrieron y me dejaron ir, pero me pidieron que dejara de ser tan fácil y usara los huevos con los que naturalmente había nacido, “compórtate como lo que eres y deja de aparentar algo que nunca podrás ser”.

Natalia, ¿en dónde te encuentras?

Como de costumbre, salí a fumar, pero algo esa noche era distinto, una mujer de pelo castaño, estatura promedio y ropa extravagante se encontraba tocando con desesperación la puerta de la casa de Nat, “¿será alguna mujer que vendrá a reclamarle por haberse acostado con su esposo?, ¿cómo podía molestarle más con la mujer, que con el esposo?... mujeres... ¿quién las entiende?”; y, mientras ella seguía tocando la puerta con tanta exasperación, yo sólo la observaba con melancolía por saber que Nat no saldría...

— ¡No se encuentra!, lleva casi una semana fuera de casa, cualquier cosa que le tengas que decir, reclámase la a tu esposo, él es el culpable.

— ¿La viste salir? —su mirada mostraba un brillo y un aire de esperanza.

— Sí.

— ¿A dónde fue?, ¿sabes cuándo va a regresar?

— No y no, ¿por qué tanto interés?

— Soy su hermana, me hablaron del hospital, pero en ese momento no pude visitarla, he tratado de contactarla, pero no responde, estoy empezando a preocuparme.

Me sorprendió y al mismo tiempo me molestó y entristeció que ella no me hubiera contado sobre su hermana, pero realmente no tenía por qué sentirme así, después de todo, la plática que tuvimos no llegó a mucho debido a aquellos malandros que vinieron de visita.

— No dijo a dónde iría y no creo que sea de ayuda, sólo mencionó que se marcharía un par de días por

negocios. Si la ves, dile que la extraño —me levanté y regresé a mi cuarto, me sentía triste y ni siquiera entendía por qué.

Al día siguiente, como de costumbre, fui a ver a mi exnovia, nos quedamos platicando y, dentro de esa plática, mencionó a Nat. Yo traté de mostrarme indiferente, pero no pude, parecía que sus palabras escupían veneno, era igual que escuchar a mi madre hablar de ella, sólo que esta vez de una manera más ruda y cruel.

— Escuché a tu madre decirle a la mía que se acuesta con cualquiera y que, gracias a eso, una de las esposas de un cliente la golpeó y terminó en el hospital, me alegra, esos seres ni siquiera deberían de existir.

— ¿Por qué no deberían de existir?, no le hace daño a nadie.

— ¿La defiendes?, ponte a pensar que son monstruos, van en contra de lo que ya está establecido: hombre y mujer, no existe ni la más remota posibilidad de que esa cosa pueda volverse mujer por más que lo intente, sigue siendo hombre, así son las cosas.

— Cómo digas, me tengo que ir, te veo mañana para ir con la ginecóloga.

— ¿En serio te enojaste?, que patético eres, tu padre tenía razón cuando me dijo que debía tener cuidado contigo, eres el fracaso andando, y por la cita de mañana, no te preocupes, no te necesito, una amiga me va a acompañar.

— No lo entiendo, estuviste molestando y exigiendo que me involucrara para que, al final, me hagas a un lado, eres increíble.

— Adiós, te veo pasado mañana.

Salí hecho una furia, no podía creer que fuera tan irritante, últimamente se comportaba muy rara, me pedía demasiadas cosas que, lejos de ser para el bebé, eran para ella; tenía que depositarle cantidades inmensas de dinero que apenas lograba conseguir y, cuando estábamos juntos, todo lo que hablaba tenía cantidades industriales de veneno.

Llegué a mi casa agotado, ya no daba más, no podía tolerar ni un segundo estar rodeado de personas tan insoportables; quería escapar, fue entonces cuando una idea muy loca llegó a mi mente, “podría escaparme con Natalia”, sólo ella y yo conociendo el mundo, ella ya ha estado en varios lugares, sería mi guía; aquella loca idea fue mi felicidad instantánea hasta que recordé que eso no sería posible porque yo iba a tener un hijo y, por más insoportable que sea su madre, es mi obligación cuidar de él. Esa noche no salí a fumar, estaba muy cansado y no serviría de nada si Nat no me hacía compañía.

A la mañana siguiente, me tomé las cosas con calma y decidí salir a comprar algo para el bebé y aproveché para comprar lo que Naty quería para él: encontré una cobija con estampado de animales muy tierna, así que la llevé conmigo. Al regresar, encontré un puesto de flores que tenía un bello ramo de tulipanes y dalias, me pareció tan bello que me recordó a Naty, lo compré y, aunque sabía que no la iba a ver, dejar el ramo en su ventana no estaría tan mal. Estaba a punto de colocar el ramo ahí cuando escuché una voz detrás que me dijo:

— ¿Entonces, me extrañaste?

No pude evitar sonrojarme, era ella, se veía cansada, pero el oír su voz, de cierta forma me reconfortaba.

— Eres buena compañía en las madrugadas.

— Me fui poco más de una semana y apenas compraste mi regalo para tu bebé.

— ¿Te gusta?

— Es tal y como lo imaginaba, ¿ahora podrías explicarme qué estás haciendo en mi ventana?

Genial, ahora iba a creer que soy un acosador.

— Son de agradecimiento, ya sabes, por escucharme el otro día, me hiciste sentir mejor —mentira, eran para decirle lo que sentía y no lo pude hacer.

— No era necesario, las flores son muy lindas, gracias, ¿cómo sigue tu exnovia?

— Cada día se vuelve más insoportable.

Naty se rio, nunca la había escuchado reír, su risa era tan, dulce...

— Supongo que es normal, el milagro de la vida es tan maravilloso, es una pena que no todas sepan apreciarlo.

— ¿Piensas en tener hijos?

— Me encantaría poder hacerlo, pero hoy en día es difícil encontrar alguien que te acepte tal cual eres, y en los centros de adopción todavía existe la discriminación.

— Lamento tanto que tengas que pasar por todo eso.

— No te sientas así, uno se acostumbra.

— Quizá no sea pertinente, pero, ¿te gustaría salir a cenar?, digo, podríamos platicar como amigos...

— Me encantaría, ¿hoy a las ocho te parece bien?

— Perfecto, es una cita... de amigos, cita de amigos —creo que pudo notar el tono nervioso de mi voz.

— Sí, es una cita de amigos —rio, estaba empezando a amar a esa Naty risueña, era tan dulce...

Regresé con la sonrisa más grande que mi rostro pudo esbozar, las cosas al fin marchaban bien, al carajo los demás, hoy tenía una cita y era lo único que valía la pena, hice todo lo que pude para verme bien, estaba decidido, hoy le diría; no sabía si Nat se volvería a ir y, si eso pasaba, jamás tendría la oportunidad de decirle lo que siento por ella. Quizá nosotros podamos formar esa familia que ella tanto anhela. Esa noche, en punto de las ocho, empezó lo que yo tenía planeada como una maravillosa velada; fue increíble, toqué a su puerta y ella salió luciendo bella, realmente bella, siempre la veía muy extravagante (por su trabajo), pero esa noche lucía espectacular, lo digo en serio, me dejó impactado, la invité a un restaurante de comida italiana muy elegante porque tenía en mente llevar esa cita a otro nivel.

Todo iba perfecto hasta que mi exnovia me marcó preguntando en dónde estaba, le respondí que había salido con unos amigos a un restaurante y que no podía atenderla en este momento, colgué y me pregunté si fue correcto mentir sobre con quién estaba porque, si así sería cada vez que yo saliera con Nat, tendría un problema. ¿Me daba pena estar con ella?, decidí no darle tanto peso a lo que pasó y continué hablando con ella, estábamos en la terraza del restaurante riendo y pasando un buen rato cuando, luego de unos tragos de vino, me sentí más relajado para decirle cómo me sentía, aunque esa vez el alcohol habló por mí.

— Las flores, esas flores no son de agradecimiento, eso fue una mentira.

Nat se veía un tanto confundida, y no la culpo, no supe cómo decirlo y dejaba que las palabras salieran de mi boca como mi cuerpo me lo permitiera.

— No sé cómo, ni en qué momento me empecé a sentir atraído hacia ti, no sé qué me has hecho, pero ¿sabes qué?, me encanta, porque en mi miserable existencia nadie me hizo sentir de la misma manera en la que tú lo haces, y no quiero que se detenga; no me interesa lo que los demás piensen o tengan que decir, yo sólo quiero saber qué es lo que tú piensas, qué es lo que tú tienes que decir. Vamos a escaparnos, en cuanto mi hijo nazca, te prometo llevarte lejos de todos los que te han hecho daño y comenzar de cero una nueva vida, sólo tú y yo, cuidaré de ti, no tendrás que volver a trabajar, podemos tener un buen futuro juntos.

Ella estaba sorprendida y no decía nada, yo tomé su mano y seguí hablando.

— Ahora entiendo que no es cuestión de tiempo, es cuestión de química y nosotros tenemos mucho de eso, déjame ser el hombre que tú necesitas, te prometo no hacerte daño y tratarte como el maravilloso ser que eres —dejé de entender qué demonios estaba haciendo, ya no era yo el que hablaba, era un ser dominado por el alcohol que le declaraba su amor a alguien que quizá lo rechazaría—. Eres la única persona que me hace sentir que mi vida tiene propósito y eso me hace feliz —en este punto, yo ya estaba llorando. “Qué patético eres”, pensé.

— Yo no sé qué decirte, a ti no te interesa lo que los demás piensen, pero a mí sí, ¿has pensado en la diferencia de edad que hay entre nosotros?, no es algo que se tome a la ligera y tampoco puedo permitir que abandones a tu hijo...

— No lo pienso abandonar —la interrumpí— lo llevaré con nosotros, su madre no va a cuidarlo como lo haré yo.

— Necesito pensarlo, no puedo hacerlo, te pido tiempo para que pueda reflexionar sobre lo que está pasando.

Nat se levantó y se fue. Yo, sin saber qué hacer, me quedé pegado a la silla, no entendía qué pude haber dicho que le provocara tal sensación.

— Amigos, claro.

— ¿Tú que haces aquí?

— Si yo te llamo y te pido que vayas a verme, no puedes rechazarme, te prohíbo que me vuelvas a colgar y, más aún, que me mientas, mira que dejarme para ir a cenar con tremendo monstruo, pero no te preocupes, estás enfermo, pero tiene cura.

— ¡No te atrevas a llamarle así!, no la conoces y no tienes ningún derecho a mandarme, no soy de tu pertenencia.

— Yo te recomendaría que acataras mis órdenes y te olvides de la basura que tienes por vecino, tengo bastante evidencia que le encantaría ver a toda la escuela y a tus padres.

— Y, ¿quién dice que me interesa lo que ellos piensen?

Me levanté, pagué la cuenta y me largué del restaurante directo a mi casa, pero las cosas esa noche no mejoraron para mí. Al llegar, mi madre empezó a gritarme diciendo que no podía creer que me atreviera a tomar la mano de aquel engendro, y yo sólo pensé que si haber tomado su mano les provocaba un escándalo qué hubiera pasado si la hubiera besado. Luego, escuché el discurso de mi padre que sólo repetía el, “no creí que mi único hijo me saldría maricón, algo estoy pagando, me gustaría saber qué hice mal”.

Dejé que hablaran y se desahogaran lo que quisieran, yo ya sabía lo que haría, las cosas no habían terminado, todo empezaba esta noche.

Me encerré un par de horas esperando a que mis padres se acostaran y el efecto del alcohol que había ingerido, disminuyera; no me podía permitir visitar a Natalia y que el alcohol volviera a hablar por mí porque eso no resultó bien la última vez. Las fotos que me habían tomado con Nat ya se encontraban en todas las páginas de la escuela y no me molestaba, quizás el que saliera llorando en una foto, sí, pero estar con ella, jamás.

Escribí lo que creí que sería un buen discurso para Nat, pero siempre he sido pésimo con las letras, no pude escribir un discurso de amor lo suficientemente bueno como para que me aceptara, y me negaba a dejar de escribirlo porque entonces tendría que recurrir al plan 'b' que era hablar conforme las palabras salieran de mi boca, y, alcoholizado o no, sabía que sería un desastre total. Decidí arriesgarme.

Alisté mis cosas y me dispuse a tocar su puerta, Nat abrió y, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, le insistí para que me dejara explicarle lo que pasó en el restaurante, al final aceptó y me dejó pasar. Hablamos un buen rato y le aclaré que, en ese momento, me dejé llevar por el alcohol, pero que, aun así, todo lo que le había dicho era cierto, no sabíamos mucho el uno del otro, pero con el tiempo nos iríamos conociendo. Ella me expuso que, aunque se sentía halagada y le gustaría poder estar conmigo, seguía pensando que no sería una buena idea por la llegada de mi hijo y nuestra diferencia de edad.

— Creí que lo que los demás pensaran te daba igual —estaba un tanto molesto y desanimado, y ella lo notaba.

— Estás demente si crees que esto va a funcionar, por más que queramos no existe un final en donde podamos ser felices.

— Pero lo podemos crear, ¿¡qué te impide estar realmente conmigo!? —estaba empezando a desesperarme.

— ¡Nada!, es... bueno... no quiero que nada malo te pase, ¿ok? Mi visita espontánea al hospital no fue coincidencia, y es algo que eventualmente se repetirá, y cuando eso pase, si tú estás ahí las cosas no mejorarán para ninguno.

— ¿A qué le temes tanto?, estoy dispuesto a aceptarte tal y como eres, sin condiciones, estoy dispuesto a estar a tu lado sabiendo tu pasado y a lo que te dedicas, ¡yo puedo darte lo que necesitas! —dejé de pensar en el supuesto discurso romántico de persuasión y, de pronto, nuestra plática era más una discusión.

— Eres demasiado joven e inmaduro, lo lamento, pero no puedo hacerlo —su voz era fría y poco expresiva.

— ¿Fue lo del restaurante?, puedo cambiar, realmente lo puedo hacer, ser una mejor versión de mí.

— ¡Yo no siento lo mismo que tú!, ¡lo lamento!, pero es así.

— Tú... pero tú dijiste...

— Lo que dije fue momentáneo, y me arrepiento de haber dado pie a este juego de niños, me halaga lo que sientes por mí, porque no es algo que me digan todos los días, y no me hace sentir lo mismo que tú, sólo llena mi ego.

— Entonces... entonces yo dejé que me gritaran y me humillaran por horas, te rogué, te extrañé tanto cuando te fuiste, esperando ansioso tu regreso, te defendí mil y una veces, ¿y esto es lo que obtengo?, tenían razón...

— No te molestes, lo que dije...

— Ya no hables, mi exnovia tenía razón y yo no la escuché, estoy enfermo por sentir esto, y, más aún, por creer ingenuamente que me corresponderías, es muy probable que todo esto haya pasado por tu culpa.

— ¿De qué hablas?

— Ya me escuchaste, eres una fácil, una resbalosa que se dedica a coquetear con todo el que se encuentre a su alrededor para atraerlos y así sobrevivir, porque de eso vives, y esto me gano yo por no haber pensado en lo que hacía con claridad, me lo tenía merecido, ojalá el próximo cliente que llegué a tu telaraña sea tan ingenuo como yo para que puedas divertirme todo lo que desees y, cuando él se dé cuenta, te dé la misma paliza que hace unas semanas te llevó al hospital, eres una malagradecida.

Mientras me iba pude escuchar pequeños sonidos de lamentos viniendo de ella, pero realmente no me interesaba, si ella sólo me había usado para sus negocios, ¿por qué yo debía de volver y pedir perdón?, ya me había humillado bastante. Al día siguiente, reuní a mi exnovia, mis padres y amigos, les pedí disculpas por cómo me había comportado y acepté que estaba enfermo y necesitaba ayuda. Por suerte, mi familia y amigos fueron empáticos conmigo y me llevaron a una terapia de reorientación sexual que me ayudó mucho, me convertí en otra persona y ahora era feliz, me reconcilé con mi exnovia y estábamos listos para formar una familia. Mis padres aceptaron que me fuera a convertir en padre considerando el episodio de mi enfermedad, me había superado y, en vez de salir a fumar, me reunía con personas que habían pasado por algo similar para compartir mis experiencias.

Durante un mes dejé de verlo, y me alegraba, ahora entendía todo lo que me dijeron alguna vez, durante esos meses llegué a escuchar algún pleito que los vecinos provocaban para orillar a Armando a que se largara de la colonia. Y yo, a veces ayudaba a planear esos pleitos, ¿qué puedo decir?, se había convertido en un peligro para todo el mundo y yo no quería que ninguna otra persona pasará por lo que yo pasé.

Una noche, mi novia y yo nos encontrábamos terminando de ordenar mi habitación que pronto sería del bebé, cuando escuchamos unos gritos provenientes de la casa de Armando...

— ¡Sal de una buena vez! ¡Arpía barata, ven aquí y enfrenta las consecuencias de tus actos!

Mi novia me miró y yo sólo pude decirle que ignorara lo que estaba pasando afuera, cualquier cosa de la que le estuvieran reclamando, era seguro que se la había ganado y, a la buena o a la mala, alguien le tenía que dar su merecido. Esa misma noche decidí salir a fumar, porque ya tenía tiempo que no lo hacía y comenzaba a extrañarlo.

— Tenía mucho que no salías... ¿podemos hablar?

Jamás lo había visto tan mal, demasiados golpes le habían destrozado el rostro y su mirada ahora era triste, rápidamente recordé lo que aprendí durante mis terapias y evité a toda costa el sentimiento que empezaba a tener.

— No tengo tiempo para ti.

Regresé a mi casa cuando le escuché hablar.

— Sé que fuiste a una terapia de reorientación sexual, sé que te hicieron una especie de lavado de cerebro para que lo olvidaras todo, pero si en su momento lo sentiste

tan real, nada de lo que te digan y ninguna terapia será suficiente para ayudarte.

— Si eso pasó contigo es porque eres un error de la naturaleza, pero eso no implica que será lo mismo conmigo, deja de buscarme, si necesitas dinero, búscalo con alguien más. Hay demasiadas personas igual de enfermas que tú.

— Sólo quiero que hables con tu madre, sé que ella, sus amigas y tú organizan todas esas peleas y broncas hacia mí, ¡yo no le he hecho daño a nadie!

— ¡Me hiciste daño a mí!, ¿lo olvidas?, es el precio que tienes que pagar por tus errores.

Entré a mi casa y me quedé recargado sobre la puerta, algo sobre mí se sentía mal, era como si las personas a mi alrededor hubieran creado algún tipo de utopía en donde yo era el protagonista y todo me salía bien.

Entré en pánico y corrí al consultorio del terapeuta con el que iba, estaba a punto de irse y le rogué que se quedara, le dije que era un asunto de vida o muerte, quizá me vio muy asustado o muy paranoico, porque decidí quedarse y ayudarme.

— ¿Y a ti qué te pasa, muchacho?

— Lo mismo que me pasaba cuando llegué hace unos meses a su consulta.

— ¿Volviste a hablar con esa cosa?

— ¿Por qué está mal?

— No es natural.

— Eso ya lo sé, pero, ¿quién dicta lo que es o no natural?

— Hay demasiadas personas afuera que desapruaban ese tipo de acciones y conductas... te daré un ejemplo

muy simple, estás a punto de tener un hijo, ¿qué sucedería si tu hijo a la corta edad de los seis años te pregunta si puede ser una niña?, ¿qué le dirías?

— No sabría qué decirle.

— Cometes un grave error, tú, como padre, tendrías que decirle que eso no está bien y llevarlo a terapias de reorientación, como las que estás tomando tú.

— ¿Y si eso no le hace cambiar de idea?

— Entonces, tendrás que obligarlo a actuar como lo que es, y cuando tenga la edad suficiente, si sigue creyendo lo mismo, entonces lo llevarías a algo de una noche con alguna mujer, para que sepa cuál es el papel que desempeña en esta sociedad, tiene que saber qué es correcto y qué no lo es.

— Pero, si él no quisiera, eso contaría como una violación...

— Nosotros no lo vemos de esa forma, todos quieren hacerlo, es lo normal.

— Fue una mala idea venir con usted.

— No me obligues a llamar a tus padres, no puedo dejarte ir, hasta que estés curado, incluso si eso implica quedarnos toda la noche aquí.

— Haga lo que quiera, yo no puedo quedarme aquí, ¡todos ustedes están dementes!, nadie les hace daño, y ustedes sólo piensan en dañar a los demás por no pensar de la misma forma, malditos intolerantes.

Durante unos minutos, el terapeuta y yo nos encontramos forcejeando en su oficina, hasta que me pude zafar de él y salí corriendo de ahí. Mi novia me llamó, y al contestarme me dijo que en dónde me encontraba, se escuchaba preocupada, había mucho ruido de fondo...

- ¿Qué te pasa?, te escuchas alterada.
- ¿En dónde estás?
- Salí a comprar unas cosas para cenar.
- Tienes que volver, rápido, tengo miedo...
- ¿Qué ha pasado?

— Unos sujetos vinieron a tocar a la casa del monstruo de enfrente, gritaban y lanzaban cosas a la puerta, pero nadie abría y todas las luces estaban apagadas, uno de ellos le empezó a amenazar diciéndole que no lo obligara a entrar o las cosas se pondrían peores. Al final, dos de ellos lograron forzar el cerrojo de la puerta y entraron, pero no estaba solo...había una mujer con él...

Ésa debió de ser su hermana.

- ¿Te hicieron algo a ti?

— No, pero, me he llevado un buen susto, se oyó el sonido de dos armas y acaban de sacar el cuerpo de Armando y la chica que lo acompañaba... a la chica le dieron dos disparos y ahora está... bueno, ya se la han llevado... fue algo terrible de oír, estoy realmente asustada, tu madre ni siquiera puede creerlo... ¿hola?, ¿me estás escuchando?

- Sigo aquí, ¿qué pasó con Natalia?

— No lo encontraron, pero escuché que hay señales de forcejeos y manchas de sangre por toda la casa, ¿puedes venir?, tu familia te necesita.

Las siguientes tres noches no pude dormir, no sabía qué pasaría con Nat, ni siquiera si se encontraba bien. Me mataba haberme comportado como un imbécil y el no saber si tendría la oportunidad de poder disculparme no hacía las cosas mejores.

Dos semanas después de su desaparición, una mañana de lo que creí sería un cálido sábado me hallaba

desayunando con mi familia cuando, en las noticias, un sujeto se encontraba reportando desde una de las carreteras que se encuentran fuera de la ciudad que descubrieron tres bolsas tiradas, cada una con distintas partes de un hombre identificado como transgénero que había sido descuartizado. Encontraron su cabeza, torso, una pierna y un brazo, algunas señas de que había sido torturado y seguían en busca de las partes restantes. Los grupos y activistas a favor de los derechos de la comunidad LGBTQ+ se hicieron presentes para exigir justicia. Yo no quería ver más noticias y salí a caminar, estuve fuera de mi casa todo el día, me encontré en un puente peatonal, me quedé recargado en el barandal, reflexionando sobre lo que sucedía a mi alrededor. Cuando moví mi brazo pude leer algo escrito en el barandal con la leyenda... “ánimo, ¿qué podría pasar?, si estás aquí es porque no tienes nada que perder”, y unas flechas apuntaban hacia donde los carros pasaban. De repente, me encontré pensando en lo que había pasado en los últimos meses; no había sido tan feliz desde aquella noche en que platicamos Nat y yo un par de horas... aquella cena, las flores, su sonrisa, después recordé todo lo que le dije, el haberla abandonado mientras lloraba; actué como un completo imbécil y provoqué que los demás le hicieran daño y él me dijo una sola cosa: “No le hice daño a nadie”; sus palabras no dejaban de habitar mi mente, pensé en lo que me esperaba al volver a mi casa: dos padres conservadores que creen que su hijo está “enfermo”, una novia homofóbica a quien no ama realmente y con la que tendría un hijo al que tampoco amaría.

Y, al final, la idea del barandal no sonaba tan alocada...

